

Folleto de «EL LABARO»

CLEMENCIA

POB

FERNAN CABALLERO

TOMO II

SALAMANCA

Imprenta de Calatrava, á cargo de L. Rodríguez

Plazuela de Carvajal, número 5

—
1901

CLEMENCIA

FOR

FERNAN CABALLERO

TOMO II

SALAMANCA

Imprenta de Calatrava, á cargo de L. Rodríguez

Plaza de Cervantes, número 5

1901



CLEMENCIA

PARTE SEGUNDA

(CONTINUACIÓN)

CAPITULO VI

No conocía D. Martín el cambio que por grados se había efectuado en Pablo, ni era capaz de comprender el punto de cultura á que le habían ascendido la enseñanza de los libros, la dirección de su tío y la influencia del amor hacia una mujer como Clemencia. Los primeros habían enriquecido su entendimiento; la segunda formado su juicio y su gusto, y el ter-

cero ennoblecido y afinado sus sentimientos, dotes que unidos forman la cultura de alta esfera de que muchos presumen y á que pocos alcanzan. Así era que seguía ejercitando en él su facundia, benévola y denigrativa; era este un desahogo natural en D. Martín, de que todos eran víctimas, menos su mujer, su hermano y su Malvarosa.

Pero con quienes esto subía á su apogeo, era con las viejas pordioseras, las que tenían á D. Martín constantemente sitiado. Había-las entre éstas sumamente insolentes, y los coloquios entre ellas y D. Martín eran seguramente dignos de haber sido recogidos por un taquígrafo.

Figuraba entre las primeras una tía Latrana, que ya conocemos, á quien D. Martín no podía sufrir por lo osada, exigente y desagradecida; lo que no impedía el que siempre la estuviese socorriendo. Llamábala D. Martín la baratera de las viejas de Villa-María. Era este femenino Cid, chica, delgada por naturaleza, y enjuta á un tiempo por su mal genio y por los años. Tenía los ojos tiernos, pero la mirada arrogante; su boca se había sumido como para hacer más notable la prominencia

de su picuda nariz, que era de aquellas de que se suele decir que pueden servir para sacar espinas.

Databa la ojeriza que la tenía D. Martín, de una ocasión en que un sobrino de ella, que era un calavera de lugar, muy listo, muy despierto, vicioso y pendenciero, habiendo caído soldado, había venido su tía á empeñarse con D. Martín para que lo libertase; en cuya ocasión tuvieron el siguiente diálogo:

—Señor, dijo la tía Latrana, haciendo las más espantosas muecas y dando los más furibundos soponcios, á mi Bernardo le ha tocado la suerte.

—Que manden repicar, contestó D. Martín.

—Señor, no sea su mercé *asina*, y tenga compasión de su prójimo. Me envía aquí el alma mía á decirle á su mercé que le dé los dineros para pagar un *préfulo*, más que sean prestados, que él se los pagará á su mercé con puntualidad en cuantito saque la lotería.

—¡Miren la hipoteca! Vaya con el mostrenco ese, que es como los plateros, que barren para adentro! *de casta le viene al galgo el ser enjuto y rabilargo*. ¡Vea Vd., prestados! Todavía me está Vd. debiendo el dinero que me

pidió para sembrar el habar; ¿y ha soñado usted acaso en pagármelo?

—Señor, *el que no tiene, ni paga ni niega.*

—¡Hola!

—¡Pues si es verdad, señor... *al que no tiene, el Rey lo hace libre.*

—Pues en cambio, al que no tiene, le hace el Rey soldado; ainda mais, su sobrino de usted no tiene oficio ni beneficio; es un vago, no es del campo ni del lugar, á esos flojonazos costillones, que se pasan la vida sosteniendo las esquinas, les viene la *casaca* como el aceite á las espinacas.

—¡Flojonazo mi Bernardo! ¡Señor! Pues sí es más vivo y más dispuesto que un ajo.

—Sí, sí; señor Corrin, que corriendo va, que siempre corriendo, y nunca hace *ná.*

—Señor, no se chancée su mercé; sino vea de libertármele, como hizo con el hijo del tío Gil.

—¡Yo libertar á ese arrapiezo! ¡En eso estaba pensando! ¿Y va Vd. á sacar á Gil, que es criado honrado de la casa desde que Adán pecó? ¡Pues dígole á Vd!.... Bastante me cuesta Vd. ya con cada enfermedad que le costeo, que canta el misterio.

—Señor, por eso no se apure su mercé, que ahora estoy tan buenecita y tan gordita....

—¡Gorda, sí! Parece Vd. el espíritu de la glotura.

—Señor D. Martín, considere su mercé que mi sobrino, el *probecito*, está malito de la desazón.

—Mejor; que *hijo malo, más vale doliente que sano*.

—Señor, *á borrica arrodillada no le doble usted la carga*. Crea su mercé que mi niño tiene el pecho desgarradito de suspirar y en la carita surcos de llorar.

—No me venga Vd. con aleluyas. ¡Ya!..... *el burro que no está hecho á albarda, muerde la atafarra*.

—Señor, su mercé que es tan buen cristiano, tan caritativo..... que es el paño de lágrimas de los desdichados....

—No me venga Vd. con gatatumbas.

—El hijo de mi alma, no tiene chichas para el servicio del Rey; es endeblito.

—¡Endeblito! ¡Por vía de sanes! Y tiene un rejo como un toro.

—¡Si lo viera su mercé! ¡Está tan escuchado, tan flaquito!

—Sí, sí; lo que está es rajado de gordo,

—Pero, señor, es muy pulido y muy fino para pisar lodo.

—¡Fino, sí!.... si le apalean, echa bollotas. ¡Fino! ¡Vea Vd., que se zamarrea de ganso!

—¡Ganso! ¿Mi Bernardo ganso? Si es un moralista, señor.

—¡Moralista! ¿Y qué es un moralista, tía sátira?

—Es un estudiante de estudios muy hondos, que se aprenden en un libro que se llama *el moral*.

—No diga V. *sinfundos*, tía sabijonda; moral no es ningun libro.

—¿Que no? ¿pues qué es, señor?

—La moral es una buena doctrina sin Dios, como dice mi hermano el Abad.

—¿Sin Dios?... ¡Ave María Purísima, señor!

—Pues sí señora, por eso es para el entendimiento; así como la doctrina con Dios es para el alma. Entérese Vd. para que no vuelva á decir despropósitos en tono de sentencias.

—Pues sea lo que fuere la doctrina, mi Bernardo sabe *laitines* y estudiaba para escribir, y lo hubiese sido, sino hubiesen faltado los cuartos.

—¡Ya! porque tuvo usted presente aquello de

Pájaros con muchas plumas
No se pueden mantener;
Los escribanos con una
Mantienen moza y mujer.

—Ello es, señor, que mi Bernardo sabe más que *Séneca*.

—Más valiera que se hubiese atendido al *arache* y al *cavache* (1).

—Pues yo he querido que *aprienda*, señor, que el saber no estorba; y que siempre se ha dicho que el pobre puede ser rico, y el rico no compra ciencia; eso no quita que el hijo mío sea un pan de rosas.

—¡Sí, un pan de rosas! ¡Por vía del atún salado! ¡Con un genio *bragado* y *pintado por el lomo*! ¡Pan de rosas! que cuando no está preso lo andan buscando, y al que el año pasado se le formó causa por una riña, y en este por una pendencia.

—Falsos testimonios que le han levantado, señor; lo que tiene es que unos echan agua en caldera y no suena; y otros en lana, y suena.

(1) Es decir, á arar y cavar.

—Se le cogió *fragantelito*, yo lo ví.

—Eso fué allá en *años témporas*. ¿A qué, sin venir á cuento, saca su mercé títulos de ayer? *Cada uno en este mundo tiene su ventanita, los unos grande, los otros chica*.

—Lo he sacado para decirle que se largue su pan de rosas de sobrino de Vd., y cuanto antes mejor; y que Dios le ayude y á nosotros que no nos olvide.

—Señor, crea su mercé que mi sobrino es una prenda; lo crió Dios con mucha atención; y sobre todo, señor D. Martín, es mi ayuda.

—¿Qué había de ser ese mamantón su ayuda, cristiana? Es la cuerda que la ahorca. Déjele Vd. ir bendito de Dios.

—¡Ay! no señor; que *vale más comer grama y abrojos que traer capirote en el ojo*. Con que... ¿nada hará su mercé por ese desdichado?

—Desearle buen viaje.

—¡Señor, hágalo por Dios, que es buen pagador!...

—De obras buenas, tía Cansina.

—¡Señor, por María Santísima!...

Don Martín se puso á tararear en tono de bajón, acabando por imitar el toque del tambor.

¡No hay remedio! ser soldado
y marchar al batallón,
en que avivan á los flojos
con el pan de munición.
R rrrran, tan, plan, plan:
un cabo loco te amansará.

—Entonces, señor, dijo abispada la tía Latrana, ¿á qué le sirven á su mercé esos dineros?

—¡Caracoles con la rala de la vieja esta! exclamó colérico D. Martín. ¡Pues qué! ¿se ha pensade Vd., so insolente, que me habrán dejado mis abuelos mis mayorazgos para invertir sus rentas en sustitutos para los vagos y macarroños de Villa-María? Ea, déjese de cuentos; deje ir al moralista de su sobrino á que *oprienda* disciplina, que lo hará más liberal que no aprender las letras (que ha de tener él siempre gordas como cochinos cebados) *que con viento se limpia el trigo y los vicios con castigo*; y déjeme el alma en paz, que si no..... perdemos las amistades.

—*El amigo que no da y el cuchillo que no corta, que se pierda, poco importa*, dijo entre dientes la tía Latrana.

—¿Qué está Vd. ahí musitando? preguntó don Martín.

—Nada, señor; sino que si mi sobrino se muere ó le matan, no quisiera yo estar en el pellejo de su mercé, que lo habría podido remediar, y no lo ha hecho. El que da un mal rato, no lo espere bueno.

Y la tía Latrana se alejó, redoblando sus soponcios.

—A Vd., es preciso matarla ó dejarla, le gritó furioso D. Martín; pero un día acabará usted con mi paciencia y más que sea usted hembra y pobre, si vuelve Vd. á dar rienda suelta á esa lengua, que se le debía caer de un cáncer... como soy Martín, que le tiro á la cabeza lo primero que me caiga á las manos: ya está Vd. prevenida, tía farota.

Con este antecedente, comprenderá el lector que cuando fué Clemencia, en quien tenían los pobres una eficaz intercesora, á hablar á D. Martín, en favor de la tía Latrana, no le hallaría tan dispuesto á complacerla como solía estarlo.

—Padre, le dijo una mañana, ahí está la tía Latrana que quisiera hablar á Vd.

—Dile que estoy sordo, contestó D. Martín.

—¡Si nunca lo está Vd. cuando los pobres lo necesitan!

—Pues lo estoy para esa picaronaza y para todos los suyos; porque la madera de los Latranas ni para tacones es buena.

—¿Qué han hecho á Vd. los pobres esos?

—¿Qué me han hecho? ¡pues no es nada! La descocada esa, que pide mucho y no agradece nada, y que es *como la ballena, que todo le cabe y nada le llena*, si no se hace lo que pide á modo de apremio, se pone hecha un basilisco. Sábetete que la tía sátira esa, porque no le libré de soldado á un sobrino suyo más malo que Geta (1), se me desvergonzó en mis barbas, y á mis espaldas me puso más bajo que un caño. Porque así sucede: *házme ciento, márrame una, y no me has hecho ninguna*.

—Pero padre, la pobrecita tiene tanto empeño...

—Y tú también, Malva-rosita: ¿no es eso? Vamos, que entre esa visión; aunque hacerle bien es lo mismo que lavar los piés á un burro.

Clemencia fué á avisar á la tía Latrana, que le dijo al verla venir:

—Por fin, señorita, vino su mercé: D. Mar-

(1) Geta, corrupción del nombre Gestas el Mal ladrón.

tin no tuvo presente, *que hambre y esperar hacen rabiar.*

—¿Vaya; que se ofrece pozo airón (1) preguntó D. Martín á la tía Latrana al verla entrar compunjida. ¿A qué se viene Vd. amparando de mi hija? Vd. no necesita vejigas para nadar, ni más padrino que su descaro.

—Señor, mi comadre la tía Machuca me envía aquí á decirle á su mercé que la *probecita* está muy malita, por si su mercé le quiere dar para un pucherito, respondió la vieja.

—¿Viene Vd. á pedir para la tía Machuca? No lo extraño. Tal para cual; Pedro para Juan. Ésa es otra pejuguera como Vd., y ambas *peores que la Perala, que era cada día más mala.*

—¡Jesús, señor! que tiene su mercé hoy la lengua *desbocda!* ¡Vea Vd.! mi comadre que está más recogida á buen vivir que una cuaresma!

—¡A buen tiempo! ¡Vaya! *la carne para el diablo, los huesos para Dios.*

—Ello es, señor, que *eifica.*

(1) El pozo airón es una laguna cerca de Salamanca á la que no se le ha hallado fondo.

—¿A quién?... á mí no!... que lo que tiene es *la cruz en el pecho y el diablo en los hechos*. Pero en fin, la limosna no se hizo sólo para los buenos; vaya una peseta para el pucherito. Malva-rosita, dí que le den garbanzos y tocino: ahora lárquese Vd. con viento en popa, y no vuelva hasta que yo la llame, ¿está usted?

—Sí, señor, y Dios se lo pague á Vd.

Y la vieja desapareció con una lijereza juvenil.

Al día siguiente se apareció tan cari-pareja la tía Latrana:

—¿No le dije á Vd. que no viniese hasta que yo le llamase? exclamó impaciente D. Martín.

—Sí, señor, sí, señor; pero escúcheme su mercé. La tía Machuca está peor, repuso la embajadora.

—Le haría daño el puchero.

—No, señor; pero el *méico* le ha mandado una bebida con *manesia cansinada*, y el judío del boticario no quiere darla sino le llevo seis reales.

—Tome Vd. los seis reales; que se los doy por tal de no verla.

Al día siguiente se repitió la misma escena.

—¿Otra te pego? exclamó D. Martín. ¡Pues no es mala mosca de caballo esta!

—Señor, repuso la tía Latrana sin dejarse intimidar, á mi comadre la han mandado administrar.

—Al cura con eso.

—Pero son precisas unas velitas, para adornar el altar.

—Tome Vd. para las velitas y toque de sue-
la, precipitada y definitivamente.

Pero al día siguiente se halló D. Martín ante sus narices, como llovida del cielo, á la tía Latrana, con aspecto fúnebre.

—Tía Latrana ó tía Letrina, exclamó el señor—Vd. se ha empeñado en acabar con mi paciencia; caracoles!

—Señor, dijo ésta con voz lúgubre, murió mi comadre.

—¡Alleluya! requiescat in pace. ¿A que pues, viene Vd. ahora.

—¡Señor, por lo mismo!... para que haga su mercé la caridad de pagarle el entierro.

—¿Esa también? Vamos, eso lo hago con gusto; así me dé Vd. pronto ocasión de ejercer la misma obra de misericordia con Vd. Y a hora, pues, tía Barrabás, hasta el valle de Josafat.

¡Vana ilusión! porque á la mañana siguiente se apareció la tía Latrana cuando menos se pensaba.

—¡Qué es eso! exclamó D. Martín atónito. ¿Vd. por acá? ¡es Vd. peor que una terciana doble! ¡caracoles con Vd!

—Señor D. Martín, vengo porque mi comadre.....

—¿Qué es eso de mi comadre? dijo estático D. Martín.

—Señor, la *probecita*.

—¿Qué me viene Vd. con la probecita? ¿Pues no se murió?

—Si señor, pero.....

—¿Qué peros ni qué camuesas? ¿pues no le pagué el entierro?

—Si señor, pero.....

—¡Qué peros ni que demonios! coja Vd. el portante.

—Si señor, ya voy; pero..... es que.....

—¿Es qué? ¡Reviente Vd! que me ha metido en curiosidad.

—¡Es que resucitó!

Clemencia y Pablo soltaron el trapo á reir en sonoras carcajadas; pero no así D. Martín, que se puso furioso.

—Oiga usted, so embrollona, gritó, ¿y me viene Vd. quizás á pedir para el cordero de Pascua de Resurrección? ¡Pues qué! ¿no hay más que hacer los pobres burla de esta manera de los ricos que les dan el pan, que son su paño de lágrimas y sus padres? ¡Habrás visto bruja más audaz! Como me llamo Martín, que si pudiese andar tan vivo como antes, la echaba á Vd. de cabeza á la calle; y si ese sobrino mío no fuese tan mándria, ya debería haberlo hecho.

La tía Latrana, que como sabemos era valentona, y no se dejaba fácilmente intimidar, repuso muy sobre sí:

—Pues sí, señor, resucitó; ¿y eso quién lo puede remediar? El *méico* dijo que había sido un *cinco piés* (sincope).

—Vaya Vd. al demonio con cinco ó seis piés.

—Señor, dice el *méico* que se le pongan una docenita de *sanguijuelas*.

—Una docena de culebras de vara y media.

—Señor, si no se le ponen se muere de una vez.

—A bien que le tengo pagado el entierro.

—Señor, ¿la dejará su mercé morir?

—A bien que resucitará.

—Señor, eso es una falta de caridad.

—¿Qué es esto, deslenguada? ¡Decirme á mí falta de caridad, cuando hasta adelantadas les tengo pagadas sus necesidades!

—Señor, no me entretenga su mercé; que las *sanguijuelas* urgen.

—Lo que urge es que se me quite Vd. de delante, y baje el gallo: ¡caracoles! que si fuese Vd. de alambre, no habría mejor cencerro en toda la campiña.

—Señor, si no me da su mercé el dinero para las *sanguijuelas*, tendrá sobre su conciencia la muerte de esa bendita.

Don Martín, que era violento y que ya estaba exasperado, cegó y no vió, como dice la frase expresiva y usual; cogió lo primero que se le vino á las manos, que fué un libro que había estado leyendo Clemencia, y se lo tiró á la vieja diciendo:

—So insolente! *no diga la boca lo que pague la coca* (1).

Pablo, que había visto el ademán de su tío, se abalanzó á interponerse entre el proyectil

(1) Coca, cabeza.

y el blanco á que iba dirigido, de manera que el libro que era voluminoso y estaba sólidamente encuadernado, le dió en la cabeza y le hizo una herida. La sangre corrió.

La vieja había desaparecido.

— ¡Ay Pablo! ¡Pablo! exclamó Clemencia, precipitándose hacia su primo y estancando la sangre con su pañuelo.

— ¡Válgame Dios, Martín! dijo doña Brígida con su grave y sereno acento; ¡cómo te dejas arrebatar por tu genio!

— ¡Mal hayan mis manos, y mal hayan mis prontos! exclamó consternado D. Martín. Pero Pablo, santo varón, ¿á qué demonios te metiste por medio?

— ¿Pues no es mejor que todo se quede en casa, tío? respondió sonriendo Pablo, dulcemente conmovido por el interés que se le demostraba y los cuidados que le prodigaba Clemencia.

— Que vayan por el médico, gritaba don Martín. ¡Jesús! Pablo, hijo mío, ¿es cosa mayor?— Que cojan á esa vieja maldita y le den una paliza.— ¿A qué te metes á campeón de brujas deslenguadas, Pablo de mis pecados?— Corred por el cirujano, hato de pazguatos,

añadió dirigiéndose á los criados que habían acudido: corred de cabeza!—¿Estáis de vuelta?—A esa vieja maldita, colgadla por los piés:—Pablo, ¿petate, ¿quién mete el dedo entre la cuña y el tronco?

—El pobrecito lo hizo para libérra á la tía La trana, observó Clemencia llorando.

—Súmete las lágrimas, Malva-rosa, dijo D. Martín; mira que me apuras, y á él de vas á meter aprensión.

—No, no señor, exclamó Pablo, esas lágrimas no me hacen mal; me hacen bien; pero lo que tengo no es nada; tranquilizáos, señor.—Clemencia, añadió á media voz, está pagada la sangre que derramo, y toda ella, con la prueba de interés que me has dado.

Y Pablo reclinó la cabeza, no sobre el hombro de Clemencia, sino sobre el hombro del criado que estaba más cercano, y fué acometido de un ligero vértigo.

En este momento se acercó pausadamente doña Brígida, trayendo en un cajoncito hilas, vendas y cabezales primorosamente doblados.

—¡Ay madre! dijo Clemencia temblando y agitada, se ha desmayado!... ¡Dios mío! ¿se irá á morir!

—No te aflijas, respondió la señora, esto es un efecto natural de la pérdida de la sangre; la herida ni es grande, ni está en mal sitio.

Llegó en esto el cirujano, que confirmó plenamente lo que había dicho la señora, y se puso á curar la herida.

Volvió Pablo en este momento en sí, y abría los ojos; pero al ver á Clemencia arrodillada ante él con el rostro angustiado y cubierto de lágrimas, presentándole á oler su pañuelo empapado en vinagre, los volvió á cerrar, temiendo que al despertarse desvaneciese la celeste aparición, cuya cercanía sentía, y cuyas lágrimas caían sobre sus manos.

—Ahora, dijo el cirujano, es preciso que se recoja y se le de una sangría.

Se llevaron al paciente, doña Brígida y Juana le habían precedido para aviar su lecho. D. Martín y Clemencia quedaron solos.

—Me cortarían la mano, dijo el primero; me la cortarían, sí, con tal que con el mismo cuchillo cortáran el pescuezo á esa maldita, remaldita vieja!

—No os apuréis, padre, repuso Clemencia; pues dice el cirujano que no es cosa de cuidado.

—¿Quién había de pensar, prosiguió don Martín, que esa cabeza de Pablo que yo creía más dura que el peñón de Gibraltar fuese más tierna que una breva.

—¡Pablo la cabeza dura, señor! exclamó Clemencia. Pablo, el más condescendiente en su voluntad, Pablo el más pronto y apto á la comprensión, tener la cabeza dura! ¡Qué error, padre!

—Oye, Malva-rosita, quiéreme parecer que con la achocadura, ha puesto Pablo contigo una pica en Flandes.

—Sí, sí, contestó sencilla y sinceramente Clemencia, no lo niego; lo que ha hecho es una noble y generosa acción.

—Malva-rosita, déjate de retumbancias, lo que ha hecho es una borricada. El día aquel que se puso entre tí y el toro desbandado que se vino al camino, y le lió su capa en las astas, esa sí fué una guapeza de las que hacen los hombres de pró y los caballeros; pero salir á redentor de una pícara vieja desvergonzada, eso no lo hace sino D Quijote de la Mancha, ó mi sobrino, que es cien veces más Quijote que aquél.

Don Martín era de aquellos en cuya exis-

tencia entra la rutina como primer agente motor; de esos que cuando una vez han hecho una cosa, la hacen todos los días sin que se les ocurra hacer otra, y que cuando toman un tema lo siguen, aunque su origen haya caducado. Resultaba de esto que el tema que adoptó D. Martín en vista de la primera impresión que le causó su sobrino había llegado á ser inmutable, sin que el cambio que había en Pablo llegase á modificarlo, y si le hubiesen querido demostrar que existía, habría dicho levantando los hombros: ¡Faramallás! ¿Me querrán hacer creer que pueda dar luces un eslabón de madera?

Antes de recogerse, fué Clemencia á saber cómo seguía Pablo.

—No podía descansar hasta verte, le dijo éste; quería decirte que he cuidado de que la pobre por quien te interesabas, haya sido socorrida.

—Pablo, contestó Clemencia, no me había vuelto á acordar de ella, soy franca; sólo he podido pensar en tí, y en que estarás sufriendo por la generosa acción que has hecho, y esta idea me quitará el sueño.

—Pues duerme, Clemencia, tranquila y plá-

cida como el arroyo entre las flores, porque creo que nunca he pasado una noche más dulce que la que voy á pasar.

Clemencia, sin explicarse el por qué, salió del cuarto de Pablo intranquila y disgustada

CAPITULO VII

El interés que Clemencia había demostrado á Pablo y el calor con que ensalzó su acción, despertaron en D. Martín un pensamiento, que él mismo extrañó no haber tenido antes; y era el de unir á su hija y á su sobrino.

Pensó que Pablo,—á quien en el fondo quería y apreciaba.—Pablo que era un Guevara, que era gran inteligente en el campo, que tenía buen caracter y excelentes costumbres, Pablo, que iba á ser su heredero, era el hombre indicado y más á propósito para hacer una buena suerte á su Malva-rosa. Consideró también que era tiempo de pensar en poner esto por obra, en vista de que si su hermano el Abad y él llegaban á faltar, quedaría su hija sola y desamparada en los más bellos años de su vida. Lo que más le halagaba en todo este plan que trazó, fué que Clemencia no se sepa-

raría de él: esta razón en que entraba su egoísmo, pesaba cien arrobas.

Don Martín era pronto en sus resoluciones y expedito en su ejecución. Así sucedió, que á los dos días, habiendo salido su mujer por haberle avisado su prima la monja que tenía locutorio, dijo D. Martín á Clemencia:

—Ven acá, Malva-rosita: apropícuatete; que tengo que decirte. Há más de seis años que murió tu marido. ¿No es así?

—Sí señor, contestó Clemencia, á quien este recuerdo impresionó triste y amargamente.

—Cuentas más de veinte y dos años, y es preciso que pienses en tomar estado, pues al fin no te has de quedar viuda toda tu vida como las de tu jardín (1).

—Señor, contestó angustiada Clemencia... ¡por Dios!... ¡no penseis en eso! ¿Cómo ni dónde estaré yo mejor y más contenta que á vuestro lado y al de mi tío?

—¡Sí! el uno un pochancha y el otro una maula. ¡Buen par de potalas! ¡Buen par de tutelas! El día menos pensado cerramos el ojo, y te hallaras sola como el espárrago.

(1) Flores moradas que tienen por nombre *viudas*.

—Señor, ¿no me habéis dicho tantas veces que un alma sola, ni canta ni llora?

—Sí, pero ahora es tiempo de que cante Malva-rosita.

Clemencia quedó tristemente sobresaltada: nunca se le había presentado la idea de la falta de sus padres y de su tío. Los jóvenes, por fortuna, nunca piensan en la muerte de los viejos cuando los aman: así fué que calló, pues no se le ocurría qué contestar. D. Martín prosiguió:

—Quiero yo tener el gusto, cuando me muera, de dejarte amparada por un hombre de mi satisfacción; y ninguno hallo que para ello más á propósito sea que Pablo, cuyas circunstancias todas son á pedir de boca; á lo que se une la conveniencia de que no nos separaremos, y seguiremos viviendo juntos. ¿Qué dices á eso, Malva-rosita?

Clemencia, aturdida y consternada, callaba.

Don Martín no alcanzaba que las continuas burlas que hacía de Pablo, si bien podrían no haber impresionado á juicios superiores, y por lo tanto independientes, como lo era el de su hermano el Abad, debían por pre-

cisión haber influido desfavorablemente en un juicio dócil y juvenil como el de Clemencia:

—¿No te entra por el ojo el gachón? preguntó sonriendo su interlocutor: ¡ya se ve! mi hijo era mejor mozo; pero éste te ha de dar mejor vida. Desengáñate, Pablo es un hombre como son los hombres, un hombre honrado; y quien dijo honrado, dijo caballero. Sabes que dice el Abad, que para tí es un oráculo, que es Pablo una prenda. ¿Qué le hace que no sepa estirarse los picos de la tirilla, hacer el *rendibú* á la francesa, que no se ponga potingues en la cabeza, ni se eche perfumes en los pañuelos como los mirlifiques de la ciudad, hato de monos, que más miran en el espejo su repulida persona, que no á las buenas hembras; chisgarabises, que todos quieren ir á mangonear á las Cortes,—¡por vía de sanes!—sin tener dónde caerse muertos, ni saber dónde tienen las narices? ¿Acaso crees tú, chiquilla, que aquellos arrapiezos, pollos piones, harían mejores maridos que Pablo?

—No, señor, padre; nunca he opinado eso, repuso Clemencia, porque nunca he pensado en novios ni en casamiento.

—Niña, eso no es razón; pues la mujer ne-

cesita sombra: cuando te falte la mía, quiero dejarte un árbol que te la dé buena. Sépate que la mujer sola es como hoja sin tronco; el hombre solo, es como árbol sin hoja. Si bien á Pablo le falta mucho para ser un real mozo, á bien, Malva-rosita, que te casaremos á la oración; y que de noche todos los gatos son pardos.

Clemencia, que vió que su suegro se iba á explayar en un terreno en que su elocuencia era clara como el agua y verde como el apio, se apresuró á interrumpirle diciéndole riendo:

—Padre, *casamiento y mortaja del cielo baja*: ¿por qué os ha dado por pensar en el porvenir que no apremia? Tiempo hay para pensar en eso.

—Pues qué, ¿acaso quieres, niña, que sea tu casamiento *como el del tío Porra, que duró treinta años y no llegó la hora?*

—¿No me habéis dicho siempre: *antes que te cases, mira lo que haces?*—¿Por qué de repente queréis que me case? ¿Por qué os habéis metido hoy de repente á casamentero?

—¡Tómate esa y vuelve por otra! exclamó D. Martín. ¿Por qué?... Porque soy tu padre, tío de aquél, dueño de mi caudal, y quiero sa-

ber en qué manos lo dejo, que deseo sean precisamente las vuestras. Te hablo de casamiento por mirar por tu conveniencia, y porque ese casamiento es vuestro bienestar mútuo; lo digo porque lo deseo, y porque no te has de pasar toda tu vida sola como el espárrago.

La pobre Clemencia estaba llena de angustia; sentía un excesivo alejamiento respecto al enlace que le proponían; pero echándose en cara ese inmotivado sentimiento de desvío como un capricho poco cuerdo, como una inoportunidad sin disculpa, contestó la suave joven:

—Cuanto me pidas haré á ojos cerrados.

—No, á ojos cerrados no, hija, no; que quiero que los abras como soles para ver todas las ventajas de esta boda; y te que convenzas de que maridos como Pablo, no se hallan así como así. El corazón de un Rey, la sangre de un Príncipe, el caudal de un Duque, é, ¡aínda mais, la cabeza repulida como un guante, que así se la ha puesto mi hermano; ¿qué más quieres, Malva-rosita? ¿Acaso otro verso suelto como mi hijo?

—No quiero más que daros gusto, padre, contestó Clemencia.

—Mi gusto es lo que te conviene, gachona: así, queriendo mi gusto, quieres tu bienestar.

Fuése poco después Clemencia á su cuarto, donde se puso á llorar amargamente entre sus flores y sus pájaros. Pensó en confiarse á su tío; pero se detuvo considerando que aquel excelente hombre querría impedir un enlace que ella repugnaba, y que eso disgustaría á su padre.

Don Martín estuvo tan campechano y dichero como siempre durante la comida, en la que apareció Clemencia pálida y con los ojos caídos, de haber llorado; pero nadie lo notó, excepto Pablo, que se decía dejando intactos los platos que le servían:

—¡Ella llorar! ¿qué tendrá?... Dios mío, ¿la habrán afligido?

No se atrevió á preguntárselo, ni Clemencia advirtió que Pablo hubiese notado su mutación; pues abstraída, ni una vez fijo en él su vista.

Todo esto pasó por alto á D. Martín. Los egoístas son malos observadores. Y D. Martín, además de tener esta circunstancia, era de la falange de los que se obstinan en que al son de su música se baile. Cuando estaba de

mal talante, cosa que muy rara vez sucedía, y nunca sin causa (en vista de una preciosa calidad peculiar á los españoles, la que no se celebra como merece, ni se le da el valor que tiene, y que es la igualdad de humor, la paridad del temple de cada día); cuando estaba, decíamos, este señor de mal talante, pegaba sendos bufidos á troche y moche, y hostilizaba la risa; por el contrario, cuando estaba de humor risueño ó de chacota, como él decía, habían todos de estar alegres y reirse, aun que se le hubiese muerto á alguno su padre el día anterior.

—Pablo, dijo, quiéreme parecer que estás desganado, hombre.

—Sí, señor, contestó éste; y para satisfacer de una vez la curiosidad de su tío, añadió: es porque tomé un tostón en la hacienda (1).

—¿Un tostón tomaste? ¡Vaya por los muchos que me das á mí! ¿Quién está allí de molinero?

—Francisco Pérez, señor.

(1) Tostón. Tostada con aceite llamado así también el mal rato que dá con su conversación una persona pesada y majadera.

—¿No te dije que no le admitieses? ¿Por qué le tomaste?

—Porque era injusto no hacerlo.

—No me gusta que se me enmiende la plana, y te he advertido que á ese no le ha de entrar la manía por escrúpulos.

—Señor, Francisco Pérez es honrado, y respondo de él: además sabéis que recibe y entrega por cuenta la maquila.

—Sí, sí, fíate y no corras: *de lo contado come el lobo y anda gordo*. Además, no quiero gentes de Villamartín.

—¿Por qué, señor?

—Porque son todos unos zoquetes, unos cuacos.

—¡Esa es una preocupación vulgar, señor.

—¡Miren qué palabras tan relamidas! Tus letradurías me huelen á discurso ó arenga; te se va poniendo la boca tan repulida, que estoy para mí, que dentro de nada vas á fumar caramelos en lugar de tabaco. ¡Pues qué! ¿no sabes lo que les pasó á los de Villamartín en una ocasión en que dispusieron unas corridas de toros de respeto, como Dios manda, con sus picadores, sus espadas y su cuadrilla de banderilleros? Lo malo fué que no tenían más que

un caballo, que era una sardina. Mal que bien pasó la primera función; pero á la otra tarde se arremolinó la gente, y se amotinó pidiendo á voces otro jaco, porque no querían que montasen los picadores en el esqueleto de la tarde anterior. ¿Qué hace el encargado? Anuncia que saldrá un buen caballo tordo; y al jaco, que era negro, cogió un cubo de cal y lo encaló, con lo cual todos quedaron tan contentos y satisfechos, y los chalanes dijeron que el caballo tordo valía sus veinte doblones más que el negro.—Juana, prosiguió sin pararse don Martín, dile á la guisandera que esos conejos dan en la nariz, que es mal camino para la boca. Estos descuidos son porque tiene novio; dile que lo sé, y que á dos amos no se puede servir á un tiempo; que *asna con pollino no va derecha al molino*; házle saber que se deje de devaneos y laberintos, ó se vaya con la música y el almirez á otra parte. Pablo, hijo... no comes, ¿te duele la herida?

—¡Que! no señor, ¿quién se acuerda de la herida?

—Yo..... para sentir habértela hecho. ¡Maldicida vieja! Con esa lengua de hacha ¿no se ha puesto á decir que yo era D. Pedro el Cruel,

que la había querido matar después de llenarla de *indultos* según su expresión?

—No digas lo que quieras, y no oirás lo que no quieras, Martín, dijo doña Brigida; pues muchas cosas se siembran y se suelen perder, pero el pejugal de la lengua no se pierde nunca. Si no gastaras razones con esas atrevidas no tendrías que incomodarte con sus insolencias.

—No señora. ¿Yo callar? ¡eso no! Yo tengo la lengua para escoba de mi corazón; sobre el que nada quiero: así ha sido desde que nací, y hasta que me muera ha de ser así. El otro día me la encontré con la tía Machuca y la tía Carrasca.

—Las tres Marías, exclamó riendo Clemencia, pues las tres llevan ese nombre.

—Sí, las tres Marías; repuso don Martín; María Satanás, María Barrabás y María de todos los diablos. Pues ¿querrán Vds. creer que me vino á pedir la baratera esa? Pero no tuve más que mirarla, y ¡qué ojos no la echaría yo, cuando la monfi esa se zurró y se mudó un poquito! Les tengo odio y mala voluntad á la Latrana, á la Machuca y á la Tarasca, que son tres personas distintas y una sola *indinidad*.

—Hermano, dijo el Abad, dice Chateaubriand que el oído que tenemos á los demás, nos es más perjudicial á nosotros mismos que á ellos.

—Por demás lo sé, repuso D. Martín, sin que tenga que enseñármelo un gabacho, pues antes que él lo dijo San Agustín: así es que había de dar veinte pesos porque la tía Sátira esa me aborreciese; y otros veinte daría porque ella me hiciese gracia á mí. Tú, hermano, que ruegas todos los días por la extirpación de las herejías, porque son tus enemigas, déjame á mí rogar por la extirpación de las viejas záfias que lo son las mías.

—Martín no hables tanto en contra de las viejas; que yo lo soy, dijo pausadamente doña Brígida.

—Señora, contestó D. Martín, para mí es usted tan real moza como lo era el día en que me casé.

—Pues para mí eres un anciano, Martín, repuso su mujer, y como estos me agradan, has acertado en envejecer.

—Pues, señora, así todo está bien y al gusto de Monarca; y yo mozo ó viejo, siempre dispuesto á hacer lo que me mandéis, contestó

el galante marido. Pablo, hombre, ni bebes ni comes: no parece sino que te han dado garrote. ¡Mire Vd. eso... que digiere tantos libracos, y no puede digerir un tostón! Cada vez que recuerdo aquel comer infinito tuyo... Pues eras hondito para engullir; tanto que solía decirte yo: *coma Vd., señor Vicente, pero cuidado que no reviente.* ¡Y ver que ahora no te comes en una semana lo que entonces te comías en una sentada!...

—Martín, dijo doña Brígida, cuando tanto comía Pablo, era en las temporadas que nos venía á ver; de esto hay diez años; entonces estaba creciendo; y es sabido que cuando crecen, comen mucho los muchachos.

—Y cate Vd. ahí por lo que creció como la yerba que crece de noche y de día, dijo don Martín.

—Ello es que en todo te has de meter, Martín, hasta en si comen más ó menos las personas sentadas á tu mesa.

—Señora, es porque la boca española no se puede abrir sola; y no me gusta comer con gentes que tengan enginas: no me sabe la comida con tanto desganado. Más á gusto comía yo cuando Pablo se ponía á engullir, que era

menester silbarle para que parase. Entonces también dormía el sueño de San Juan, que duró tres días, y más profundo que una sima de manera que eran menester los clarines de la ciudad para despertarlo; ahora trasnocha con los libracos, ¡por vía del atún salado! Si fuera siquiera por una buena moza...

—Señor, dijo Clemencia interrumpiendo á su suegro, ¿con que creéis de veras que el leer es antiestomacal?

—Por supuesto, Mari-sabidilla, respondió D. Martín; lo que es á tí, te voy á comprar un birrete de doctora como el de Santa Teresa, con el que estarás más bonita que lo que está aquélla en el altar. Siempre he dicho yo que los encuadernados roban el calor al estómago. Pues mira, Pablo, ¿á que con tanto quemarte las pestañas sobre los que visten de pergamino, no sabes una cosa que te tenía más cuenta saber, que no lo que enseña el estudio de lo fino?

—¿Y qué cosa es esa, señor? preguntó Pablo.

—Lo que aprovecha más á la tierra que bendición de obispo.

—Será la de Dios.

—Calla, hombre, que lo que se platica es de tejas abajo.

—No caigo, tío.

—¿No lo dije? ¡Maldita la cosa que sirve el atragantarse de latines, ni hincharse de términos curruscantes!

—¡Hermano, dijo el Abad, esta pregunta tuya me recuerda por su analogía el lance acaecido á un quinto valenciano, que habiendo llegado á una ciudad, entró en la primera tienda bien alumbrada que se le presentó, que acertó á ser una botica. ¿Qué se vende aquí? preguntó.—De todo, contestó el boticario.—Pues sáqueme Vd. unas alpargatas, dijo el quinto.

—¡A ver! ¡a ver! exclamó riéndose D. Martín, ¡a ver el señor Abad cómo se nos viene con un chascarrillo! Vaya, me alegro, hermano, de que la sangre andaluza no te se haya latinizado en las venas. *Lo que natus es, negar no potes*; que yo tengo para una ocasión un latinajo en conserva.

Pablo y el Abad se echaron á reir.

—¿Qué? ¿no está bien dicho? preguntó don Martín; pues yo así lo he oído decir; desde entonces acá habrán sacado latines más pulidos,

no me opongo. Pero hágote saber, hermano, que á Pablo le tiene más cuenta y le vienen mejor las alpargatas del quinto, que no los potingues del boticario. Así ten entendido, Pablo, y no lo echés en saco roto, que para la tierra lo que vale más que bendición de obispo, es majada de oveja. Hermano, esto es un decir, un ponderar; no vayas á tomarme á censo lo que digo, ni por donde quemá.

—Ya se, ya se, Martín respondió el Abad, ¿acaso piensas que me iré yo á escandalizar por las cosas que no llevan malicia? Eso queda bueno para los fariseós, hermano.

CAPITULO VIII.

Pablo no pudo dormir aquella noche. ¡Tenía tanta inquietud!..... Sentía hacia Clemencia una compasión tan profunda y tan tierna, y hacia el que pudiese ser causa de sus lágrimas, ¡una ira tan vehemente!

Pero al día después todo se le aclaró, cuando su tío llamándole á su despacho, le habló en estos términos:

—Pablo, hombre, tienes veinte y ocho años y ojos en la cara.

—Si, señor, uno y otro,—contestó Pablo, que era grave, sonriendo friamente como solía hacerlo, oyendo las salidas y chistes de su tío que no siempre le hacían gracia, sin que por eso le ofendiesen, aunque le fuesen hostiles, porque á un genio angelical tenía y unía Pablo sobre su tío la inmensa superioridad física y moral de la juventud y de la inteligencia.

—Pues si así es, prosiguió D. Martín; no te parecerá mi Malva-rosa costal de paja, ¿eh?

—¡A mí! exclamó Pablo, pasmado de la pregunta.

—Pues, sobrino, ahora es el caso de decir aquello del más ruin de la manada..... aceitera, aceitera..... (1) porque he pensado que os caséis, y así todo se queda en casa.

Pablo se quedó extático. ¡Nunca semejante felicidad le había pasado por la imaginación! Su corazón latió con un gozo indecible; pero de repente pararon estos latidos tan dulces, porque penetró enseguida con la lucidez de su entendimiento y la modestia de su carácter, que las lágrimas que había vertido Clemencia, no tenían ni podían tener otro origen que la repulsa que una propuesta semejante hecha por su tío, le habría causado; y para cerciorarse preguntó á éste:

—Pero señor, este proyecto podría no agradar á Clemencia: ¿acaso sabe usted lo que diría?

—Lo sé, señor mío, contestó D. Martín; lo primero que hice fué decírselo á ella.

(1) Etcétera.

—¿Y qué respondió? preguntó Pablo con ansia.

—¡Toma! ¿qué había de responder? que sí.

¡Pues qué! novios como tú ¿se hallan acaso detrás de la puerta? El mayorazgo de la casa de Guevara, aunque no sea muy bonito que digamos... ¿tiene que temer un no? Además mi Malva-rosa sabía que yo lo deseaba.

—¿Y ha dicho que sí? insistió Pablo.

—¿Hablo *extranjis* mi amigo? Ya te he dicho que se lo dije primero, pues en cuanto á tí, ya sabía que no me habías de decir que no.

—Pues siento decirlo, tío,—dijo Pablo en tono sereno y decidido;—pero se ha equivocado usted.

No le es dado al artista, más hábil característico, dibujar una cara en que más marcada y enérgicamente se pintase el asombro, que lo fué en la de D. Martín al oír á su sobrino.

Ambos quedaron largo rato callados. Pablo como el prudente marino, que en el momento de calma que precede á la tormenta, arría las velas que sujeta, para prepararse así á sufrir las borrascas sin resistir ni ceder, se armó á la vez de paciencia y de firmeza. ¡Po-

bre Clemencia!..... pensaba; ¡ángel que se sacrifica con una sonrisa, á un deseo que respeta; y llora sin más testigos que sus flores que se marchitan al verla llorar! No seré yo el que abuse de tu condescendencia, porque eres sumisa; que oprima tu voluntad, porque eres dócil, ni avasalle tu libre albedrío porque eres débil! ¡No! siempre tendrás en mí quien te defienda con firmeza, aunque sea contra mi mismo corazón.

—¡Qué! exclamó al fin D. Martín, ¿tu rehusas una Ponce de León, á la viuda de tu primo, mi hija, con veintidos años, el parecer de una Santa Rosa, y las virtudes de una Santa Rita? ¿Y por qué?

—Señor, tanto ó más que Vd. reconozco los méritos sobresalientes de Clemencia, y es á punto que estoy persuadido que merece ser unida á un hombre que valga más que yo.

—¡A otro perro con ese hueso! ¿Me querrás hacer creer que desechas el plato que te se brinda, por demasiado bueno, y la boda que te se propone, por demasiado ventajosa? Anda, déjate ir!.... *que malo seas y bien te vendas.*

Pablo titubeó un momento sobre lo que había de decir: sabía que su tío no había de apre-

ciar ni admitir la verdadera razón que le llevaba á rehusar; y no hallando otra que dar, dijo lacónicamente:

—Señor, ello es que no me puedo casar.

—Pero..... ¿por qué? las cosas claras. ¿Por qué?

—Tengo mis fundados motivos, tío, y deseo que no me los preguntéis.

—¿Estás quizás, sin yo saberlo, mal entretenido?

—No señor, exclamó con vehemencia sinceridad y marcado hastío, Pablo.

—¿Estás quizás enfermo?

Pablo se detuvo un momento y luego contestó:

—Creo que sí, señor; y si no lo estoy, estoy aprensivo. Sabéis que mi hermano murió del pecho; no creo que tampoco el mío sea fuerte; y los médicos me han aconsejado que no me case hasta robustecerme, pues me expondría á que mis hijos naciesen débiles y enfermizos.

—¿Y qué Galenillo te ha dicho semejante mormajo?

—Un facultativo de Sevilla.

—Pongo mis narices á que será un homeopato ó un homeoganso.

—Es, señor, un médico de gran saber y experiencia, sea cual sea su sistema.

—Pero..... ¿tú, qué sientes? preguntó don Martín, que era un antagonista de mano pesada.

—Señor,—contestó el pobre Pablo, fatigado con la insistencia de su tío, y no pudiendo ya retroceder:—no me siento precisamente malo; pero tampoco enteramente bueno: estoy caído, alguna vez me siento débil, otras tengo el pecho oprimido y penosa la respiración.

—¡Débil! exclamó D. Martín. ¡Por vía del Chápiro Valillo! ¡Un angelito que derriba una res como un castillo de naipes, y doma y amansa un potro cerril como si fuese un burro derrengado! ¡Débil tú!..... cuando estoy para mí que si te se antoja zamarrear una de las columnas del patio, quedamos todos aplastados como los Filisteos.

—Señor, mi hermano domaba potros y derribaba reses, y murió ético. Me han prescrito un régimen preventivo.

Pablo ocultaba que había sido este mal de su hermano originado por un golpe que recibió en el pecho cayendo del caballo.

—¡Régimen!..... ¡Ponerte tú que eres un

Bernardo, en cura! ¡El demonio se pierda!
¡Pues qué! ¿no sabes *que camisa que mucho se lava y cuerpo que mucho se cura..... poco dura?*

—Señor, considerad, dijo Pablo con firmeza, que en ninguna cosa debe el hombre someterse menos á sugerencias ajenas que en punto á su casamiento.

Don Martín calló: no estaba convencido; pero por otro lado no concebía pudiese existir otro móvil para la extraña conducta que observaba Pablo.

—Vea Vd.,—pensaba,—un mocetón como un trinquete, un jastial como una loma, un gran largo como un pino, darla de enclenque y echarla de Licenciado Vidriera. Meterse en la chola que está ético, con unas espaldas como una plaza de armas, y un pecho como un palomo buchón! ¡Tal manía! Aquí hay intrínquis. ¿A que le quito las aprensiones, le saco la puya al trompo y se descubre el busilis?

Y así el despótico y obstinado señor volvió al combate con nuevas armas.

—Yo había pensado, dijo, que de la manera que he indicado se arreglaría todo lo perteneciente á mi herencia. Pero puesto que ahora

salimos con que tú, que yo creía robusto como un roble, tú, que yo creía un Bernardo, eres un sibibíl, estás achacoso como una monja, aprensivo como una vieja, y no puedes tomar estado por temor de que los hijos que tengas sean unos cangallos, ten entendido que siendo Clemencia mi nuera, á quien quiero como hija, le dejo,—por justicia que ello me obliga, y por cariño que á ello me induce,—no sólo cuanto libre tengo, sino la mitad del mayorazgo, de la que por la ley de ahora puedo disponer.

Pablo respiró libremente al ver la cuestión traída sobre este terreno.

—Tío, señor, exclamó con expansión, nada más justo, natural y debido. Si no hubiéseis pensado en ello, yo os lo habría recordado, y os hubiese rogado que lo hiciérais.

Lejos de apreciar la generosidad que demostraba la respuesta de Pablo, D. Martín ya contrariado y ahora vencido hasta en sus últimos atrincheramientos, se encolerizó creyendo que el despecho llevaba á Pablo á hacer alarde de una indiferencia despreciativa por la herencia que debía dejarle; así fué que le dirigió exasperado esta amenaza:

—Es que quizás me sea fácil, hoy que todo anda manga por hombro, sacar cédula Real para dejárselo todo.

—¡Ojalá y lo hagáis! respondió Pablo con una benévola sinceridad que dejó á D. Martín confundido, puesto que no sospechaba el móvil de la conducta de su sobrino, y que aun dado caso que lo hubiese sospechado, no lo habría creído, no alcanzado á comprender el buen señor, que por amor se renunciase al amor.

—Mira, Pablo, le dijo levantándose colérico é indignado, yo no te creía muy cuerdo, ni aun después de las tragantadas de latín que te echas al colete por receta de mi hermano; pero no te creía, ¡vive Dios! tan animal. Atención á las resultas; pues *quien bien tiene y mal escoge, por mal que le venga, no se enoje.*

Diciendo esto se salió bufando.

Don Martín por primera vez se halló *apurado*; no sabía cómo salir del paso y desengañar á su querida Clemencia. Era tanto el encanto que su Malva-rosa ejercía sobre él, que se estrenó á los setenta y ocho años á callar algo por delicadeza, pues este algo era un desaire á su hija; pero este asunto de por sí tan

irritante, herméticamente encerrado en su pecho, le ahogaba, le agitaba, le ponía fuera de sí, y le hacía exhalar su bilis contra Pablo, cuando se hallaba solo, en estos términos:

—¡Yo un entripado!... ¡En mi vida me he visto en otra! ¡Y por causa de Pablo, de ese mostrenco más fornido que un canto, más robusto que un roble; ese aprensivo del diantre, que se cree á puño cerrado, porque se lo ha dicho un Galenillo, que sus hijos van é heredar un mal que el padre no padece! Su padre siempre fué más rudo que una carrasca, y lo mismo es el hijo; hizo mil barbaridades, y lo mismo hace el hijo; pues sabido es que *por donde la cabra salta, salta el chivo*. ¡El demonio se pierda! ¡Si esto no se puede creer! ¡Si será que no le gusta mi niña? ¡Qué! eso no puede ser; sería preciso que en lugar de ojos tuviese cristales en la cara; y en lugar de corazón tuviese una reja en el pecho! No, nada: es que erró su vocación, que debía ser la de fraile mendicante; ya que ni quiere mujer ni quiere herencia.

Las personas amigas de ceder, ó por complacencia adquirida, ó por buena inclinación natural, corren el riesgo en este pícaro mundo

en que de todo se abusa, de que esto se haga con su condescendencia; y que se llegue á mirar como imposible, ó al menos se tache de in subordinación, el que en circunstancias dadas, cuando á ello les obliga su convicción, se opongan á la voluntad ajena, y si alguna vez quieren hacer valer el derecho á su personalidad, se grite como si ese derecho fuese una usurpación.

Por su parte, viendo Clemencia que su padre nada decía, esperaba que habría desistido de su intento, y en su corazón, con la esperanza de que así fuese, renació la alegría. Nunca sospechó que hubiese podido rehusarla Pablo; tanto á causa de aquel secreto instinto de las mujeres, que aun cuando les contrarie, les avisa la impresión que causan, como porque juzgaba un imposible el que se opusiese Pablo á la voluntad de su tío.

Don Martín, al cabo de quince días, volvió á hablar con su sobrino, á quien halló tan firme y decidido en su negativa como la vez primera. Entonces dijo á su nuera con esa delicadeza que enseña el verdadero cariño:

—Malva-rosita, ví que mi proyecto no te agradaba; así no hablemos más de eso. No te

se pares de mí; en lo demás haz tu real gana, que cuando yo falte no tengas cuidado...

—¡Oh, padre! exclamó Clemencia, llenándose sus ojos de lágrimas.

—No digo que no me sientas, ya sé que me sentirás. Pero, hija mía, los viejos tenemos que ir por delante, y los duelos con pan son menos; así es, que te ha de quedar—¡por vida mía! para que te arrastres coche.

—¿Yo coche, señor? Si los aborrezco, lo sabéis. No, no penséis en eso.

—Pues será para moños.

—Señor, sabéis que no me gustan.

—Pues para brocados, como te mereces.

—Señor, Calderón dice: el cuerpo lo viste el oro pero el alma la nobleza.

—Pero no dice, y debía decirlo, que el alma vestida de nobleza está mejor en un cuerpo vestido de oro, que no en uno de guñapos, ¿estás, Mari-sabidilla?... que te nos vienes con textos de escritura. Así tendrás dinero, y lo tendrás, sí, para otra cosa no, para echarlo por la ventana. ¿Si tendré yo, añadía entre dientes, que cargar con mi herencia para el otro mundo? ¡Carácoles.

CAPÍTULO IX

Don Martín, no pudiendo contenerse por más tiempo, le dijo un día que estaban solos á su mujer:

—Brígida, mujer, ¿querrás creer que había pensado que ese zonzón de Pablo se casase con la niña, y que ésta puso mala cara cuando se lo dije, y que ese menguado, desamoretado, frondío, que nunca está en sazón, ha dicho que no?

—Hubiéraslo pensado, Martín, contestó ella.

—¿Y por qué?... ¿me querrás decir?

—Porque si hubieran querido casarse, se les hubiese ocurrido á ellos antes que á tí, Martín.

—Es que la gente moza no piensa en lo que le tiene cuenta.

—Más vale así, Martín; nunca debe el interés, y menos en la juventud, guiar nuestras inclinaciones.

—Siempre tiene mi hermano, que está me-

tido en Dios, la férula en la mano contra el interés; el redicho de Pablo, que es su monaguillo, dice lo propio; Malva-rosa, que es tan niña como si hubiese nacido ayer, y no piensa sino en sus flores, canta lo mismo; y ahora dices tú lo propio. Oye, ¿si seré yo interesado sin saberlo?

—No, Martín, no lo eres; pero quieres que otros lo sean. Déjate de intervenir en vidas ajenas, y acuérdate que casamiento y mortaja, del cielo baja.

—Si por tí fuera, mujer, repuso D. Martín, habían de andar los coches sin cocheros y los barcos sin pilotos.

—Mal dices, Martín; pues cada cual tiene en sí su piloto, que es su conciencia.

—Esas son teologías, mujer. ¡Mire Vd... conciencias! Eso es como si trajeses al sol para quemar un mosquito; ello es que:

Lo de mi casamiento

Parece cuento;

Mientras más se trata,

Más se desbarata.

Y nadie sabe lo que lo siento, pues es todo mi deseo.

—Pues, Martín, no insistas ni quieras quebrar voluntades; desiste, y *el hueso que te cupo en parte, róelo con sutil arte.*

—Señor, dijo entrándose de repente la tía Latrana, vengo de ver el cebadal de su mercé. ¡Qué hermoso está! No parece sino que lo han regado con agua bendita. Ya se va encerrando; cada espiga tiene un jeme; me dolía la boca de dar gracias á Dios; ¡hasta lloré!..... Venía tan contenta, que ni un perro harto de carne.

—Vamos presto; ¿qué me viene Vd. á pedir? dijo D. Martín.

—¡Ay señor! vengo de muy lejos!

—¿Qué bien estaba Vd. allí? Mire Vd. que el *mucho andar trae el poco andar.*

—Señor, *la necesidad hace á la vieja trotar.*

—¿Y para qué trota Vd. tanto, Vd. que parece andando un loro viejo, y á la que puede caer la sombra de un coche?

—Porque mi sobrina está de parto.

—Vaya Vd. por la comadre, que es lo derecho.

—¡Ya!... pero señor, es preciso ponerle un pucherito, y cristianar ese morito que se entra por la puerta sin que lo llamen.

—Diga Vd. al cura que yo salgo á todo, y Andrea que dé á Vd. garbanzos y tocino para los pucheros, y aléjese tan presurosa como ha venido.

—La mitad será para mí; *que más cerca están mis dientes que mis parientes*. ¡Si viera su mercé qué mala está mi hacecilla de cebada! ¡No tiene espigas, sino espigorrillos.

—¡Cómo puede ser eso, cuando el año va, que no parece sino que tienen los labradores en la mano al sol y á las nubes!

—Pues ahí verá su mercé, Sr. D. Martín! *el tiesto de Inés se secó lloviendo*; al que es desgraciado *mal sobre mal y piedra por cabeza*! Así... iba á pedir á su mercé si me quería *emprestar* para mercar un cochinito, para criarlo y ver así de remediarme.

—¡Caracoles! ¿Todavía quiere Vd. más? parece la boca de Vd. un lechuzo: mire Vd. que es preciso valor para ser tan pedigüeña!

—Señor, dijo la tía Latrana, haciendo á guisa de sonrisa una mueca que puso en contacto su barba y su nariz—*á quien de miedo se muere* (con perdón de su mercé) *con moñiga le hacen la sepultura*. Además, señor, al desdichado le vale poco ser esforzado, prosí-

guió volviendo á su tono natural: lo que sucede es *que mirais lo que bebo, y no la sed que tengo*. ¡Vaya! présteme su mercé para el gorrinito; que quien bien hace para sí hace.

—¿Qué había de prestar?... ¡Prestar! ¿Acaso me ha pagado Vd. los dineros que le presté para el habar del año pasado?

—Señor, y si no tengo más que la casa, ¿qué hago? ¿Le tiro un bocado? Pero si me dá su mercé el cochinito, le criaré muy gordito, y el año que viene podré pagar á su mercé y remediarme.

—Va, va... *¿aun no ensillamos y ya cabalgamos?* yo no quiero que Vd. me pague, sino que no haga más deudas; y *mire Vd. que puerco fiado gruñe todo el año*.

—¿Señor, y los *probes* qué hemos de hacer? no hay hombre sin hombre. Señor, mire su mercé que dice el refrán: *Entrañas y arquetas, á los amigos abiertas*, y más que sea su mercé rico y un usía muy considerable y de los nombrados, y yo una *probe* desdichada, soy su amiga, señor... que todos somos hijos de Eva por la carne, así como hijos de Dios por el alma.

—¿Y me la ha de dejar Vd. en paz hasta que mate el cochino?

—Sí, señor; sí, señor.

—¿No he de ver esa cara de Vd. más fea que el no tener?

—No, señor; no, señor.

—¿Y no he de oír esa voz tan desentonada y récia, que parece que está Vd. hueca?

—No, señor; no señor.

—Pues dígame Vd. á Miguel Gil que le dé un gorrino de cuatro meses, y eche á correr más súpita que chispa de carbón de fragua.

—Señor... Dios se lo pague y se lo dé de gloria. No, mentira; un señor más bendito que su mercé no lo hay en el mundo, dijo alejándose la vieja.

—Sí, sí, *bien canta Marta cuando está harta*, le gritó D. Martín.

En este instante fué interrumpido por Miguel Gil que llegaba azorado.

—Señor, gritó, el cortijo de la Mata está ardiendo.

—¿Qué es lo que arde? preguntó D. Martín.

—Las mieses.

—¿Han sacado los ganados?

—Sí, señor.

—¿Y los aperos?

—También,

—¿Le has avisado al señorito?

—Va para allá que vuela.

—Pues ya todo está hecho, dijo D. Martín volviendo á su calma; ahora, sea lo que Dios quiera.

Las criadas habían acudido, y la señora se había puesto á rezar á San Lorenzo, abogado del fuego.

Al cabo de una hora entró Pablo: sus vestidos estaban quemados; sus manos abrasadas, su cabello chamuscado, su semblante ardía.

—¿Se apagó el fuego? preguntó D. Martín.

—Sí, señor, contestó Pablo.

—¿Se ha salvado algo?

—La mitad de vuestras mieses; las de los pobres, á los que dáis tierras, se les han quemado todas.

—¿Saben que son las tuyas? preguntó el rico mayorazgo.

—¡No lo habían de saber, señor! todos acudieron, y su dolor parte el corazón.

—Pues díles que nada han perdido, dijo D. Martín. Si no hubieran sabido que era lo suyo lo que ardía, se lo hubiésemos ocultado; pero ya que lo saben, díles que la mitad de

mis mieses está ahí para suplir á cada cual lo que haya perdido (1).

Una alegría tan viva como entusiasta resplandeció en los ojos de Pablo, que volviéndose á un criado:

—¡Otro caballo! gritó.

Y sin aguardar á que lo ensillasen, se arrojó hacia la puerta.

Salía en este momento al patio Clemencia, pues en el retiro de sus habitaciones había penetrado algo de las voces y del ruido del galope de los caballos: al verla, Pablo exclamó:

—Abraza á mi tío, Clemencia, abrázalo por tí y por mí.

Y saltando sobre el caballo en pelo, partió cual un rayo á llevar la fausta nueva á los interesados.

(1) Este rasgo referido exactamente, pertenece á la difunta poderosísima viuda de Quintanilla de Carmona, que fué una de las señoras más nobles, ricas y caritativas de Andalucía. Muchas veces hemos oído preguntar á los extranjeros y personas ricas de las ciudades, ¿en qué gastan esos poderosos propietarios de tierra adentro, que viven oscuramente, sus rentas? respondan los pobres de los pueblos á esta pregunta.

—Pablo me ha dicho que os abrace, padre, en su nombre y en el mío, dijo Clemencia al entrar en la sala. ¿Por qué?..... ¿qué ha sucedido? ¿qué pasa aquí?

—Empieza por hacer lo que te ha encargado Pablo; Malva-rosita, respondió D. Martín, que sabiendo era apagado el fuego, y con la buena acción que había hecho, estaba en su habitual buen humor. Uno por tí—así; bien:—otro por él!—así! Pensó bien en transmitirme lo por tí, pichona; que así ha ganado ciento por ciento, añadió abrazando á su nuera.

—¿Pero qué sucede? preguntó Clemencia admirada de cuanto veía.

Entonces las criadas todas, y á la par, empezaron á referirle lo ocurrido, llenando á su amo de bendiciones y derramando lágrimas. Clemencia se volvió á echar en los brazos de su padre, sin poder hablar una palabra.

—¿Ves tú? le dijo éste al oído, ¿ves Malva-rosita, cómo es bueno ser rico?

—¡Mejor es ser bueno! contestó ella.

—Uno y otro, repuso D. Martín. Para hacer una buena obra en forma, se necesitan tres cosas, pichona; la ocasión, los medios y la buena voluntad; es como la trinidad, tres en

uno. ¿Estás? ¡Ea! añadió en recia voz dirigiéndose á las criadas; basta ya de aspavientos; callarse! No parece sino que he hecho alguna cosa del otro jueves! Ea, señora,—dijo á su mujer que había quedado impasible, mirándolo que había hecho su marido como la cosa más natural y sencilla,—mande Vd. estos cansados cencerros que me tienen atolondrado, cada una á su obligación. Mira, María Bódrios, añadió dirigiéndose á la cocinera, si está pegada la olla, te advierto que te despido. ¿Qué hay que comer?

—Lomo, señor; y carnero dorado.

—¿No hay aves?

—No, señor.

—Pues que no vuelva á suceder, te tengo dicho que cuando no haya aves de tiro echas mano á las del corral; *que carne de pluma quita del rostro la arruga*; pero tú tienes memoria de embudo, y yo no soy reloj de repetición, ¡caracoles! Mira que para la cena quiero pollos.

—Martín, acuérdate de *qué de penas y cenas están las sepulturas llenas*, dijo doña Brígida.

—¡Qué..... señora! mascar mientras ayuden los dientes, respondió el marido.

Las criadas se fueron.

— ¡Válgame Dios, Martín! le dijo su mujer, nunca tienes presente que *poca hiel hace amarga mucha miel*.

— Es que *la moza mala hace brava al ama*, señora.

— También se dice, Martín, que *el amo majestuoso hace al criado reverencioso*.

— ¡Jesús, señor! exclamó entrando lleno de entusiasmo Miguel Gil, que venía del cortijo; no se ha visto otro como el señorito. Aquí me entro, aquí me salgo por entre las llamas, como si fuese de hierro! aquí corta un tajo, allí un revés; zás! en un decir tilin había apartado las gavillas sanas, poniéndolas al lado del viento; que *asina* las llamas le volvían las espaldas. A este le llama, á este le empuja; á todos les dá su tarea; al uno echar agua, al otro echar tierra, y él siempre delante y sin quemarse. Señor, no parecía sino que las llamas le conocían! ¡Cristianos! todo tan acertado! no parecía sino que en su vida había hecho otra cosa que apagar incendios. Y no se lo dijo nadie, fué de su metro. El pobre del tío Andino, por salvar sus gavillas, se metió por medio, tropezó y cayó. No bien lo vió el señorito,

que allá se va, coge al pobre viejo y carga con él como San Cristóbal con el niño; pero su ropa venía ardiendo. Entre todos le cogimos y ahogamos el fuego; tenía el pelo chamuscado, las manos quemadas y la cara tan encendida, que se podían tostar habas en ella. ¡Caballeros! no se vió otro más arrojado: á él se debe que no haya ardido todo. ¡Vaya, señor, el señorito es todo un Bernardo, todo un hombre! por fin, un Guevara, señor! y de tal palo... tal astilla.

—Sí, sí, dijo D. Martín, bien haya la rama que al tronco sale.

—Sí, Pablo es completo, dijo su tía, el oro siempre reluce.

En el mundo suspicaz y entremetido, es cierto que tanto D. Martín como doña Brigida se habrían puesto á observar el efecto que producían sobre Clemencia los justos elogios tributados á Pablo. Pero en aquel círculo sencillo y sincero no sucedió así; solo se pensaba en lo actual; éste llenaba el corazón y la mente, sin dejar espacio á la observación ni al cálculo sobre las impresiones que causaba. Triste ventaja del uso del mundo es la de tener cada cosa su avan ó retaguardia; dulce pre-

rrogativa de la vida sencilla, aunque menos pulida, es el perfecto acuerdo entre el alma, el corazón y la cabeza, que forman un todo espontáneo y sincero como la luz del sol.

Clemencia, en quien hubiera la observación producido mal efecto, y originado cuando menos el retraerse, pudo francamente dar rienda suelta á los sentimientos de simpática admiración que le inspiraba su primo.

—Pero señor, dijo Miguel Gil, con lo quemado y lo que le dará á los pobres, se queda su mercé ogaño sin la cosecha de ese cortijo.

—Más vale que sea por eso que no por que se lo llevase el francés, repuso D. Martín.

—Dios nos lo dió, Dios nos lo quitó!... El es su sólo dueño, añadió D.^a Brígida.

—Miguel Gil, dijo radiante Clemencia, más vale lo que han hecho mis padres y mi primo que cien cosechas.

—Verdad es, señorita, respondió Miguel Gil, pues han cosechado para un granero en el que no se pica el trigo.

CAPITULO X

Don Martín, como la mayor parte de los viejos, hablaba y pensaba en su testamento; pero en cuanto al hacerlo lo demoraba de día en día. Hácense quizás ilusiones estos omisos de que la muerte tendrá la prudencia de respetarlos mientras no existe este importante documento, y que les dejará treguas para hacerlo. Pero la muerte no conoce miramientos, pues si algo hay ante lo cual todos seamos iguales, es ante ella. Y si no, entrad en un cementerio; mirad las lápidas: ellas os confirmarán que la Reina de aquel lugar no tiene favoritos ni desdeñados.

En un hermoso día de Pascua de Navidad, después de haber santificado aquella solemne y á la vez alegre fiesta recibiendo los Santos Sacramentos y oyendo misa mayor, estaba don Martín sentado en su sillón en una gran habitación baja interior.

Veíanse en ella, puestos sobre redondeles y repartidos por el suelo en iguales proporciones, los destrozos, el tocino y las morcillas de ocho puercos cebados. Uno á uno iban entrando todos los criados de campo y de la casa con sus espuertas, cargando cada cual con uno de sus montones; los capataces y criados mayores llevaban además pollos y cabritos. D. Martín estaba en sus glorias, recibiendo de todos al pasar delante de su amo, las hermosas expresiones de gracias populares.

— Señor, Dios se lo pague; le aumente los bienes y le dé salud para hacer obras de caridad, que son escalones de la subida del cielo!

Pasaban en esto por el patio dos hombres llevando un gran caldero, y otro con un canasto de pan; era la comida á los preses de la cárcel, á quien de diario se la enviaba don Martín (1).

— ¡Eh! gritó éste con su campanuda voz: ¿quién os corre? Acá, acá; que quiero satisfacerme por mí mismo de si todo va como debe ir.

(1) Volvemos á repetir que este rasgo, como todos los demás concernientes á D. Martín, son ciertos y positivos.

Los hombres se acercaron.

—Pelona, tráeme una cuchara, prosiguió D. Martín dirigiéndose á una chiquilla, veterana ya en la compañía de intrusos que reforzaban la guarnición de la casa del rico mayorazgo.

La cuchara fué traída por el aire; pues la paciencia de D. Martín era el mínimum de la dosis repartida á los mortales. Metiéndola el señor en el caldero que llenaban garbanzos, y por ser día de pascua, unos cabritos cortados á pedazos. Después de haber gustado su contenido, meneó la cabeza y dijo: Que venga la cocinera.

—Oye, comadre estropajo, triste fregona, le apostrofó su amo al verla venir, ¿te has figurado tú que me se han quemado los olivares?

—No, señor; ¿por qué me dice su merced eso?

—Porque este guiso tiene el aceite que parece que se lo has echado por el amor de Dios. Y dime ¿por ventura se ha cerrado el alfósti en Villa-María?

—No, que yo sepa, señor.

—Pues entonces, reina del soplador, ¿cómo es que está el guiso este más soso que tú?

Todos se echaron á reir y la cocinera se fué corrida.

Entróse á la sazón como Pedro por su casa, la tía Latrana con garbe y desembarazo.

—¿Cómo se atreve Vd. á ponérseme delante, porta-pendón de la insolencia? exclamó don Martín indignado; ¿no sabe Vd. que no quiero verla?

—Señor D. Martín, respondió con gran aplomo la vieja, *porque un borrico dé una coz, ¿se le va á cortar la pata?* Vengo, como es regular, en mi nombre y en el de mi comadre la tía Machuca.....

—¡Sí, su comadre de usted la tía Pescueza! ¡pues ya!... á Vd. no es menester arrufarla para que me venga á quemar la sangre; yo, que para descanso de mi alma, la tenía á usted olvidada!

—Ya se ve! *el que tiene la barriga llena, no se acuerda del que la tiene vacía.* Venía, pues, como iba diciendo, á dar á su mercé las pascuas en compañía de su esposa la señora doña Brígida, del señor abad y de la señorita Clemencia, ese esporton de rosas.

—Y Vd. que es uno de granzas, diga que viene en su nombre y en el de su comadre la

resucitada á pedirme aguinaldo, y hablará verdad una vez en su vida, *pues menea la cola el can, no por tí, sino por el pan.*

—¡Jesús, señor! acá no somos capaces de hacer nada por interés, ni de valernos de esa *tartagema*: ¡vaya!...

—¿Capaces?... ¡Capaces son Vdes. ambas de contarle los pelos al diablo, de sacarle los dientes á un ahorcado, de levantar los muertos de la sepultura, y de cortarle un sayo á las ánimas benditas!

—¡Pues qué! exclamó con dignidad ofendida la tía Latrana, ¿piensa su mercé que mi comadre y yo somos unas cualesquieras, ni gentes de poco más ó menos? No señor, somos bien nacidas y de buen tronco: aquí donde usted nos ve, tenemos *alcuña* (1); los *descendientes* de mi comadre fueron en *años témporas* gentes muy *empinadas*. Sus abuelos fueron sujetos muy *considerables*.

—Pues los *descendientes* muy *empinados* y los sujetos muy *considerables* han engendrado una nieta que es un chapuz.

—Un Rey de España, prosiguió con proso-

(1) Alcornia,

popeya la genealogista, les puso nombre *Machuca*, de puro *machucar* moros.

—Y yo le pongo el de Machaca, de puro machacar cristianos.

—Por lo que toca á mí, prosiguió irguiéndose la tía Latrana, ha de saber su mercé que el árbol de la generación de mi casa dice que fueron antes de destronados mis abuelos, y cuando estaban en su sólio, muy *emperantes*, y que eran entonces los Ramírez Vargas, piernas de santo.

—Pues lo que les ha quedado de sus grandezas á los Ramírez Vargas, *son narices largas*, ¿está Vd.? *Dejémonos de padres y abuelos y seamos nosotros buenos*. Por ser hoy el día que es, no me puedo negar á socorrer á Vds., que son hoy, no piernas de santo, sino patas de gallo con espolones; pero, tía *Emperante*..... ¡una y no más, señor San Blas!—Juana, prosiguió D. Martín llamando al ama de llaves, da á esta *pierna de santo* una de cabrito, dos hogazas de pan, dos libras de tocino, y váyase la *considerable* á donde el humo en día de levante.

La vieja siguió á Juana, y volvió cargada con los donativos atestados en una espuerta.

—Ahora, tía destronada, dijo D. Martín, ponga Vd. de proa sus narices hacia la puerta, escúrrase con viento en popa, y múdese liberal (1).

—¿Qué está Vd. ahí parada como monjón de término? preguntó el señor viendo que la vieja no se movía.

—Señor, quería decirle á su mercé que este pan es duro.

—Más vale *Duranda* que no *Miranda*, señá Ramírez Vargas.

—Pero como á mi comadre le falta la *dentición*...

—Que la pida prestada.

—Señor, es que hay allí pan tierno, y Juana me dió el duro por mala voluntad.

—¿No sabe Vd. que una de las tres verdades del barquero es, el *pan duro... duro... más vale duro que ninguno?*

—Señor, había allí unas teleritas más tierneccitas, y cogí una, y Juana...

—¡Caramba con la tía rapiña esta, que *lo que sus ojos ven, sus manos águilas son!*

—Pero, señor, si yo y mi comadre estamos

(1) Pronto.

como las gallinas del tío Alambre, que las des-
pertaba el hambre!

—Lo que están Vds. es como las gallinas
del tío Rincón, que saltaban siete corrales por
conversación.

—En fin, señor, le he advertido lo del pan
duro por si no lo sabía; y también le advierto
que este tocino no tiene las dos libras cabales,
y que no es de buena parte.

—Pues lléveselo Vd. á su sobrino que está
ahora *Emperante* en Francia. ¡Caracoles con
la zorzala esta, que tiene agallas para ciento,
y es más desagradecida que tierra de guijo!
Pues ¿no sería acaso menester engordarle los
cochinos con almendras, y amasarle el pan
con leche á esta pierna de santo? ¿Por qué vie-
ne Vd. con esa voz que me suena á campana
cascada, á atolondrarme los oídos sino le sa-
tisface lo que le doy? ¡Caracoles! que siempre
la más ruin oveja se ensucia en la colodra.

—Vengo, señor D. Martín, porque es su
mercé rico, y que *más da el duro que el desnu-
do*; que si no.... en la vida de Dios había de
aportar por aquí! pues por una de miel, da su
mercé tres de hiel.

—Por vida de la Virgen del Lagar! exclá-

mó colérico D. Martín, que me ha de hacer usted sentir el ser rico. ¡Vaya Vd. muy con Dios, tía espantajo! con esa cara que siempre parece que está probando vinagre y esa cabeza erizada que parece una parva de avejones. Sobre que cuando veo á Vd. me queda todo el día una hiel y un asombro como si hubiese visto al demonio!

—¡Jesús, señor! pues yo no soy ningún *Erón* (1) dijo muy picada la vieja.

—No, ¿para qué? Es usted más fea que el tío Molino, que le dieron el óleo en la nuca, porque de feo no se lo pudieron dar en la cara.

—Pues muy buenos quince que tuve, señor don Martín! y cuando volvió mi Juan de la guerra de *Perpiñá* (2) para casarse, me dijo que no había visto por allá mejor hembra que yo.

—Si fuese eso cierto, habría mentido el refrán que dice que quien tuvo retuvo... pues lo que es ahora, mas que fuese un valiente de la guerra del Rosellón, se había de asustar al

(1) Nerón.

(2) Perpignan.

verla. Ea, coja usted dos de luz, y cuatro de traspón.

—Pues quédese Vd. con Dios, señor D. Martín, el Señor se lo pague y le aumente los bienes, y sobre todo la buena voluntad. Memorias á la señora y á la señorita; y mandar, señor don Martín.

—Señor, le dijo el ama de llaves, presentándole dos grandes platos de loza sevillana, que contenían masa frita y bollos de aceite; esto han mandado las mujeres del yegüerizo y del temporil. No está muy allá ni los bollos ni los pestiños: ¿los pongo en la mesa?

—Sí, sí, repuso el señor, *que en la mesa de Rey la torta agena parece bien.*

—Eso se ha hecho con la harina y el aceite que les mandó su mercé repartir, observó Juana.

—Podrá ser, mujer; y que hayan tenido presente aquello de *á quien te da el capón dale la pierna y el alón.*

Don Martín se levantó, atravesó el patio para ir á la sala, cuando al pasar frente del portón se encontró con la tía Latrana, que retrocedía en su retirada.

—¡El demonio se pierda y usted también!

exclamó sorprendido, ¿no lleva usted todavía bastante, tía sanguijuela?

—Señor, mire su mercé que el frío que hace, pela, corta la cara y lastima la cabeza; vea su mercé el pañolón mío todo destrozadito, dijo la vieja cogiendo el pico del pañolón que llevaba sobre la cabeza, y extendiéndolo á la vista de D. Martín; déme su mercé un pañolito que me abrigue, señor; que por eso no ha de ser su mercé más pobre, ni más rico.

—Pues si no há nada de tiempo que le dió á usted la señora uno suyo.

—Verdad es, señor, pero *lo que otro suda, á mi poco me dura*: ¿es *rigular*, señor, que yo me muera de frío?

—Y es *rigular* que sea yo su abastecedor general, tía cáustico?

—Y cómo ha de ser, si su mercé tiene y yo no? Yo he de buscar arrimo; que el que tiene sombrero, se calma; y los ricos son los que matan ó sanan al que quiere. Mejor librado sale su mercé, que más vale tener que no desear.

—Ya por hoy me ha sacado Vd. bastante, y ha acabado con mi paciencia, dijo D. Martín volviéndole la espalda.

—¡Jesús!... ¡y qué *ipotismo* gasta su mercé

hoy! murmuró marchándose la tía Latrana.

Aquel día en la comida estuvo D. Martín más campechano que nunca.

—Oye, Juana, preguntó al ama de llaves, ¿me querrás decir quiénes eran los que componían aquella reana de gente que visoré en la cocina?

—Señor, la tía de la cocinera, el primo de Miguel Gil, una sobrina de mi cuñada, la nueva del cochero....

—¡Ya, ya, ya! y allí estaban por aquella regla de un convidado convida á ciento. Tráeme esto á la memoria, que andando Nuestro Señor por el mundo, con sus apóstoles, le cogió la noche en un descampado.—Maestro ¿queréis que nos recojamos á aquella choza? le dijo San Pedro.—Bien está, respondió Jesús.

Llegaron á la choza, en la que había un viejo que les dió albergue con muy buena voluntad, y les ofreció de cenar. Estando cenando, llegó uno de los discípulos.—¿Qué se ofrece? preguntó el viejo.—No hay cuidado, dijo San Pedro, es de los nuestros.—Sea en buen hora, dijo el viejo, que tenía crianza.—¿Usted gusta de cenar? Le cortó un canto de pan, y el apóstol se sentó á la mesa. A poco entró

otro y después otro, hasta completar los doce, y con cada cual sucedió lo propio. ¡Vaya, pensaba el viejo de la choza, paciencia! como ha de ser! Un convidado convida á ciento. A la mañana siguiente le dijo San Pedro al viejo: —El que has albergado es Nuestro Señor; desea tú una gracia, que se la pediré en tu nombre. El viejo de la choza era gran jugador de naipes, así fué que le pidió sin pararse, ganar siempre que jugara: lo que se lo otorgó. Cumplido que hubo el viejo su tiempo, le dijo el Señor á la muerte que fuese por él. Cuando el viejo vió llegar á la muerte, estuvo muy listo á seguirla; porque era lo propio que yo, nunca había sido pesado para nada. Al caminar por esos aires, vió á una pareja de demonios que se llevaban el alma de un escribano. ¡Pobrecito! pensó el viejo, que tenía buenas entrañas; el Señor padeció por todos sin excluir á los escribanos. —¡Eh! ¡cornudos galanes! gritó á los diablos, ¿se quiere echar una manita de tute? Los diablos, que se despepitan por una baraja, como que ellos fueron los que las inventaron, acudieron como pollos al trigo. Pero ¿qué se juega, preguntaron los demonios, puesto que no llevas dinero?—Verdad es contestó el viejo,

peró juego mi alma, que es de las buenas, por esa que lleváis ahí, que no vale un bledo; salís gananciosos.—Verdad es, dijeron los diablos, y se pusieron á jugar. Por de contado ganó el viejo de la choza, y cargó con el alma del escribano.

—Cuando llegaron arriba, le dijo San Pedro: Viejo de la choza, ya te conozco ¡puedes entrar! Pero ¿qué es esto? ¿no vienes solo? ¡qué alma tan negra viene contigo!

—No señor, no vengo solo; que la compañía dicen que Dios la amó. Esta alma está manchada de tinta porque es de escribano.

—Pues alma de escribano no entra en el cielo; cuela tū solo.

—Cuando estuvieron Vds. en mi choza, me soplaron otros doce sin pedirme licencia: con que bien puedo yo hacer lo propopio con uno; que un convidado convida á ciento, dijo el viejo de la choza, metiéndose dentro con su amparado.

Don Martín comió opíparamente. Al gustar el pavo de Pascua, que estaba perfectamente cebado con nueces é igualmente asado, mando comparecer al ama de llaves, á cuyo cuidado eran debidas ambas excelencias.

—Juana, le dijo, el pavo está que mejor no cabe, te doy la patente, mujer, y este vaso de vino para que te lo bebas á mi salud y á la tuya, para que el año que viene cebes y ases otro semejante, y yo me lo coma.

—Que viva su mercé mil años! dijo Juana, tomando el vaso que llevó á los labios.

—Mil no serán, pero una docenita me parece que han de caer dejándome en pié; pues más fuerte me siento que la torre de la iglesia. Verdad es que se gastó el acero pero queda el hierro.

Una unánime aclamación de alegría y contento acogió estas palabras, cual una bendición del porvenir.

Don Martín en este instante se echó hacia atrás en su sillón y dió un ronquido.

—¿Qué es esto? exclamaron todos levantándose.

—Que vayan por el Santo-óleo, dijo el Abad, abalanzándose á su hermano.

—Que vayan por el sangrador, añadió doña Brígida, desabrochando el cuello de la camisa de su marido, que estaba cárdeno.

Pablo se precipitó fuera del comedor.

No alcanzaron ni el auxilio divino ni el humano.

Cuando llegaron, D. Martín no existía; la muerte había sido instantánea. El pavo humeaba todavía sobre la mesa; en la copa de Juana estaba aún la mitad del vino que había contenido, cuya otra mitad había bebido á la larga vida de su amo.

Es indescribible el desconsuelo, que como una lúgubre noche se esparció en la casa y por todo el pueblo. Era una aflicción tan profunda y general como no pueden concebir aquellos que no han visto á un rico, á un poderoso, invertir sus pingües rentas, no en gozar, brillar, ni *darse tono*, sino en obras de caridad y llegar á ser por este medio el padre y el amparo de todo un pueblo humilde. Así fué, que la noticia de la muerte de D. Martín, no vino en los periódicos; pero corrió de boca en boca como un prolongado lamento. En su entierro no hubo una larga fila de vistosos coches; pero sí una larga fila de pobres desconsolados. Sobre su tumba no se pronunciaron elocuentes panegíricos; pero vertieron lágrimas muchos ojos, y oraciones muchos labios: no se le

puso un elocuente epitafio compuesto por un sabio latino; pero en boca de todos estaba este epitafio:

AQUÍ YACE EL PADRE DEL PUEBLO

Doña Brígida estaba serena en su aflicción como competía á la anciana, que viendo cortado el último lazo que ata su corazón á la tierra, se le ofrece á Dios quebrantado, pero entero.

El Abad no hacía esfuerzo por ocultar su aflicción mansa, profunda y santa como él.

Clemencia y Pablo estaban inconsolables.

Al pié del féretro del excelente hombre á quien lloraban, comprendieron mutuamente la fuerza y riqueza de sus respectivos sentimientos.

Allí Clemencia deshecha en lágrimas, apretaba entre las suyas las muertas manos de su padre, como si quisiera comunicarle por sus poros su propia vida; y allí Pablo no hallaba palabras de consuelo, convencido de que el dolor sólo se alivia dejándole libre y árbitro de desahogarse según su inspiración.

Al día siguiente salió de su casa el querido y venerado cadáver ¡ay! no para descansar

sino para ser pasto de la corrupción, que no dejará de él sino los huesos esparcidos, algún cabello y algún girón de la tela que vestía, menos corruptible que el cuerpo humano... y nada más! Es cierto que el alma voló á su patria; pero... ¿acaso no se ama el cuerpo de las personas queridas? ¿Quién no adora la venerable mano del Padre que le bendijo? ¿Quién no los dulces ojos de la madre que le sonreían?

Pasaron estos fúnebres días, venciendo el tiempo a aquel desesperado primer dolor, debilitado por su propia violencia; los ojos, cansados de llorar, se cerraron; los nervios, destrozados de su excitación, se postraron, y el sueño obtuvo la primer tregua. Un hondo silencio sucedía en aquella casa á los tristes gemidos; una inmovilidad austera á la febril y desatinada agitación anterior; todo allí era negro en el exterior como en los ánimos! Pero la vida activa arreaba, y ya se decía: *¿Quién es el dueño de aquel caudal?*

¡Oh triste mundo! ¡Cuál empinas los intereses materiales, que ni aún los concedes unas treguas para abstraerse, y ensimismarse, al que es presa del dolor, siquiera en tanto que lleva su librea!

Doña Brígida había entregado al Abad las llaves del archivo y demás depósitos de papeles. Este convocó una mañana á toda la familia: cuando estuvieron reunidos les habló así:

—Tengo el pesar de participar á Vds. que ninguna disposición de mi hermano he hallado ni entre sus legajos, ni en las escribanías. Así, pues, habiendo yo renunciado há tiempo á ser la cabeza de una casa que se extingue en mí, y de los bienes que le son propios, tú, Pablo, como inmediato heredero, reconocido como tal por mi hermano, entras desde luego en posesión de todo.

—Extraño este raro descuido de mi marido (que en paz descanse), dijo D.^a Brígida, pues me consta que otras eran sus intenciones. Lo siento por tí, Clemencia; lo que es en cuanto á mí, no me importa, resuelta como estoy á reunirme con mi prima en su convento: con la viudedad que me señala la ley, me sobra, y aun podré, lo que haré gustosa, partir contigo, hija mía.

Clemencia se echó llorando de gratitud en los brazos de su suegra; es decir, de gratitud por la bondad y cariño que le demostraba, no

por el beneficio. En general, la juventud, y sobre todo la femenina, no concibe la *necesidad*; para ella no hay desierto ni maná.

—No es necesaria á Clemencia tu generosa oferta, hermana, dijo el Abad. Clemencia, la hija de adopción de mi alma, se quedará conmigo, si quiere compartir la monotonía y sosegada vida de un pobre anciano; por mi muerte, cuanto poseo es de ella; mi testamento está ya hecho.

—¡Oh tío! exclamó Clemencia; si después de la cruel separación de mis padres tuviese que sufrir la vuestra, ¿qué sería de mí?

Pablo se había quedado tan confundido al verse, después de la completa desheredación que le había anunciado su tío, dueño de todo, que no atinaba qué hacer, ni qué decir, y quedaba completamente extraño al precedente coloquio.

Por fin más repuesto, y venciendo su timidez, dijo dirigiéndose al Abad:

—Soy testigo,—y testigo que no puede recusarse siendo yo el interesado, y por lo tanto el solo que á combatirlo tuviese derecho,—de que mi tío pensó dejar á Clemencia, su hija, por quien quiso y debió mirar, no sólo la mitad de

cuanto poseía, sinó el todo; el ocultarlo en mí, á quien se lo dijo, sería faltar á la honradez.

—Es que no hubiera podido hacerlo aunque hubiese querido, dijo con su serena voz doña Brígida, que quería mucho á Pablo, y ante todo lo justo.

—Pensó en sacar cédula real, repuso éste.

—Eso lo diría, intervino el Abad, en uno de sus bruscos arranques, que tenía mi hermano (en paz descanse) que eran siempre truenos sin rayos.

—Y esto lo confirma el que, si tal era su intención, lo hubiese llevado á cabo, añadió Clemencia.

—Lo que creo justo, dijo Pablo, y el único medio de que ni tu delicadeza ni la mía padezcan, es que partamos como hermanos, Clemencia.

—Pero, Pablo, ¿por qué quieres que te agradezca, un beneficio que no necesito, ni puedo aceptar?

—No es beneficio; pero caso que lo fuese, ¿te pesa la gratitud, Clemencia?

—Según sea el beneficio que la motive, Pablo. Nunca me ha pesado la que tengo por la vida que te debo.

—Eres sutil, Clemencia, y me contestas con la metafísica de una delicadeza fría, propia entre extraños, cuando yo te hablo con la buena fé del corazón, como á una hermana.

—A ambos os comprendo y á ambos apruebo, intervino el Abad; pues cuanto decís es hijo de un noble desprendimiento y de una delicadeza loable. Pero para que no degeneren estas en tí, Pablo, en molesta exigencia; en tí, Clemencia, en obstinado desvío, os diré, para ponerlos á ambos de acuerdo, que si á Clemencia aseguro mi herencia, es como á mujer de mi sobrino, y como miembro poco afortunado de la casa de Guevara; que como á hija de adopción de mi alma, le he hecho dueña de tesoros de más valer. ¿No es así, Clemencia mía?

—Si señor, si señor—contestó ésta besando la mano del venerable anciano,—y del que más aprecio de todos, que es vuestro cariño.

CAPITULO XI

Pocos días después, se trasladó D.^a Brígida con previa autorización eclesiástica al retiro del convento á pasar sus últimos años lejos del ruido de la vida activa. Todo lo demás permaneció en el mismo estado, habiendo insistido Pablo con el mayor calor y cariño en que no se separasen de él su tío y su prima.

Así corrió otro año pacífico y tranquilo como los anteriores; pero sin que pasase un solo día en que no tributasen un amante recuerdo y un fervoroso sufragio á D. Martín, cuya memoria permanecía siempre viva en todos los corazones como en el primer día; ni una semana en que no fuesen á hacer una larga y afectuosa visita á su tía.

Mas al cabo de este año, los días del Abad eran cumplidos. Había éste desde la muerte de su hermano decaído mucho. El varón emi-

deros justificados, sin ansiarlo ni temerlo. Muchas veces miraba á su amada Clemencia con pena é inquietud, viendo que sobre ella habían pasado los años; haciéndola al exterior una hermosa mujer, pero habiéndola dejado moralmente la niña inocente, sincera é inexperimentada que era á los diez y seis años, cuando casi al salir del convento había llegado allí. ¿Qué resultará, decía, de la amalgama de ideas tan sólidas y determinadas con sentimientos tan vírgenes y frescos, tan candorosos y sencillos? ¿Cuáles vencerán, si lucha hubiese? Estas reflexiones le llenaban de temores, y fué el resultado de éstos, que vino á sentir, aunque por causas diversas y más elevadas, los mismos deseos que su hermano había tenido antes de morir, de dejar unidos á Pablo y Clemencia. Así fué que, una noche que se hallaba indispuerto, y Clemencia liada en un abrigado pañolón, después de haber cubierto la lamparilla con un cristal bruñido, y cerrado con cuidado todas las prtetas y ventanas para que no penetrase el aire frío y húmedo de la noche, se había sentado en una butaca á su cabecera para velar, le dijo al verla tan tranquila y agena del golpe que la

esperaba, porque nadie confía más en la vida de los enfermos que aquellos que más los aman:

—Hija mía, creo que Dios me avisa con estos males repetidos, que pronto compareceré en su presencia.

Estas palabras penetraron el corazón de Clemencia como agudas flechas.

—¡Jesús, Señor! repuso con trémula voz. ¡Oh! ¡no digáis eso! pensarlo es una aprensión, cuando sólo tenéis una afección catarral; y decirlo... es una crueldad!

—La voluntad de Dios se haga, hija mía! pero preveer todo accidente es la obligación de las personas prudentes; sobre la esperanza se confía, pero no se labra. Yo pienso en la muerte, porque preveerla es el modo de que no asombre su imponente llegada, y porque es el de la muerte el más útil, el más grande y el más elevado pensamiento del mortal. Pero esta misma consideración me hace preveer cuán sola quedarás, tú, ángel de mi vejez, cuando te falte yo, tu compañero, tu guía y tu padre.

Las lágrimas que Clemencia contenía á duras penas, estallaron en sollozos al oír estas últimas palabras.

—Si usted me faltase, exclamó, no quiero vivir.

—No pensara de tu juicio, de tu sensatez y de tu religiosidad, que te expresases así, Clemencia mía, repuso el Abad; esas son frases heróicas y sin mansedumbre, y así en un todo opuestas á lo que nos enseñó el Hombre modelo, en el que el mismo Dios se dignó constituirse. Pero en fin, llegado el caso que te he indicado, ¿no piensas que sería prudente y decoroso poner en mi lugar á quien como yo te amase, amparase y mirase como cosa propia?

—¡Oh! vuestro lugar; padre mío, nadie puede ocuparlo, ni á mi lado ni en mi corazón.

—Clemencia, los sucesos, como los hombres, se suceden unos á otros en el mundo, como las olas en el mar, sin dejar hueco ni vacío, por la gran ley del equilibrio que rige la naturaleza, así la física como la moral.

—Pero señor, hay excepciones.

—Sabes, hija mía, que todo lo excepcional me es antipático, sobre todo en las mujeres, tan dignas, tan bellas, tan femeninas en las buenas sendas trilladas, como mal vistas, antipáticas y burladas en las excepcionales. El querer llenar tu vida, que está en su principio

con la memoria de un padre, es el sueño de un corazón amante: así deséchalo como tal, procura no apartarte de la ley que hizo á la mujer compañera del hombre.

—Tío... señor, ¿no me habéis dicho mil veces, *que á la mujer casta Dios le basta?*

—Sí, hija mía, es cierto que Dios basta á llenar un corazón puro; pero la vida en una mujer, sobre todo cuando es joven, trae otras exigencias y necesidades, además de la del corazón, para vivir tranquila. Necesita, ó retirarse del mundo, ó un amparo si en él permanece: de otro modo, Clemencia mía, sola, independiente, inútil, su estéril vida es excepcional, y una piedra de toque en la sencilla y buena uniformidad en que gira la sociedad humana. El celibato, hija mía, es santo ó es viciosa y egoísta tendencia que tira á quebrantar las leyes sociales y religiosas: no te sustraigas á la santa misión de esposa y madre: te lo encargo... te lo suplico!

—Bien, tío, dijo la dócil Clemencia; si tuviese la terrible desgracia de perderos, prometó á Vd. casarme.

—¿Y por qué no en vida mía, para que yo bendiga la unión antes de morir?

—Pero, señor, ¿acaso no tengo más que desearlo, para que se presente el compañero que os prometo aceptar?

—Sí, Clemencia, no tienes más que desearlo, para que te se presente el compañero que entre todos no habrías podido elegir más cumplido y más apropósito para hacer tu felicidad.

—¿Pablo? preguntó en queda y desconsolada voz Clemencia.

—Pablo, sí, Pablo; que tiene el alma más bella, el carácter más noble y el corazón más amante y generoso. Fíate de mí, Clemencia; que harta experiencia tengo de los hombres: no conocí nunca otro más aventajado que Pablo, otro á quien con más justicia se pueda dar el epíteto de hombre de bien y caballero cumplido.

Largo rato calló Clemencia, y después dijo con la íntima y entera confianza que le inspiraba aquel varón indulgente y benévolo:

—Tío, yo había pensado vivir siempre como hasta ahora tranquila y concentrada; mas si exigís que amplíe mi vida, que trueque mi libre y descuidada calma por la austeridad de los deberes; que cambie mis flores y mis pájaros por cuidados y desvelos, yo habría deseado

que el amor hubiese esparcido sus rayos entre la cargada atmósfera de las obligaciones y desvelos que circundan el estado.

—¿Y no puedes acaso amar á Pablo? dijo el Abad.

—No puedo amar á Pablo, señor, sino como al mejor de mis amigos, después de Vd.

—No te cases, pues: tus ilusiones se interpondrían entre tí y tu felicidad, como esos *mirajes*, esos prestigios, efectos de la óptica, que presentando al viajero objetos ilusorios, le ocultan la senda trillada, y le sacan del camino real de la vida que no ve por mirarlos. ¡Oh mundo seductor, falsa sirena, que modulas tus cantos haciéndolos simpáticos al sentir de cada cual! Nada logra, nada, contra tí la sabiduría humana, y tú sólo eres el que te encargas de darte á conocer. Sí, sí, una sola de tus lecciones prácticas alcanza lo que no pueden todas las máximas de la sabiduría y todos los consejos de la experiencia. No te cases, Clemencia; no te cases ahora, pues no serías feliz sino pasivamente, y tu felicidad satisfecha, cumplida y elegida por tí, es la que deseo sobre todas cosas. No obstante, cuando llegue el día en que fijes tu voluntad, antes de decidir

de tu suerte, acuérdate del último consejo y del postrer deseo de tu padre! *la pasión es ciega, la razón ve claro; si luchan, haz que venza ésta.*

En conversaciones que aún tuvieron, dió el Abad á Clemencia otros muchos consejos y lecciones sobre la vida y el mundo, todos impregnados de los altos y sabios conocimientos que sobre ellos tenía el esclarecido filósofo cristiano. Además, entre los de la vida práctica, le recomendó el trasladarse cuando llegase él á faltar, á Sevilla, al lado de su tía la marquesa de Cortegana, no siendo decoroso el que se quedase á vivir con su primo, que era un joven. Añadió que cerca de la de aquélla poseía él una casa, que ya había mandado renovar y arreglar para que ella la habitase; regaló su magnífica librería á Pablo; distribuyó infinitas limosnas y dádivas; y así pensando en todos, haciendo el bien á manos y corazón llenos, levantando en continuas y fervorosas oraciones su alma á Dios... se fué extinguendo como un sonido melodioso, cada vez más suave, cada vez más dulce!... y un día en que con manos cruzadas rezaba, sus labios dejaron de articular, sus ojos de fijarse con amor

en los que le rodeaban... y su corazón de latir á un tiempo!

El dolor de Clemencia la postró en cama. Por más que sea el carácter apacible, el ánimo sereno y madura la razón, el dolor es en la juventud, para el corazón, una calentura que no halla calmantes. Clemencia mandó que se llevasen de su cuarto los pájaros que cantaban; que cortasen de su jardín las flores que se abrían; echó en cara al sol el alumbrar alegre la tierra el día del entierro de un justo y al cielo el haber dejado brotar en la tierra el amor, esa flor del cielo que sólo debería existir en la eternidad.

Pero apenas estuvo repuesta su salud, y apenas pudo hacerse dueña de su inmensa aflicción, cuando conforme á las indicaciones de su tío pensó trasladarse á Sevilla.

Así fué, que le dijo á los pocos días á su primo:

—Pablo, nos vamos á separar después de cerca de ocho años de haber vivido bajo el mismo techo.

Pablo calló y bajó la cabeza; estaba prevenido á este golpe cruel!

—Réstame, Pablo, el darte gracias por tus

nunca interrumpidos buenos proceder es hacia mí, prosiguió Clemencia, y decirte cuán penosa me es nuestra separación.

—Entonces..... dijo Pablo, que no acabó la frase.

—Voy á Sevilla, añadió Clemencia,—respondiendo indirectamente á esta pregunta que Pablo no articuló, pero que ella comprendió; al lado de mi tía, pues así lo dispuso nuestro Santo Mentor.

—Clemencia, dijo Pablo, ahora, pues, es el caso, ya que vas á establecerte, en que debas en toda justicia, y para no rechazarme como á un extraño, recibir del mayorazgo que debió ser tuyo, siquiera la viudedad, para que vivas con el decoro y en el rango que te corresponde; te consta que no sé qué hacer con el sobrante que dejan las rentas.

—Para vivir bien y con decoro, Pablo, me sobra con lo que me ha dejado nuestro tío; grandezas, ni las apetezco, ni las busco, ni las quiero: sabes que me son antipáticas, quizá por una rareza de carácter. Mi padre me enseñó las verdaderas grandezas que proporciona el dinero, las limosnas, que son el lujo del corazón; la caridad que es la verdadera gran-

deza del alma. Sigue tú su ejemplo, y todas tus rentas te vendrán cortas. No obstante esto, Pablo, á que te agradezca esta nueva prueba de tu generosidad para con migo.

—Otra mayor tienes que agradecerme, Clemencia, dijo tímidamente Pablo, y quiero que la sepas antes de separarnos, para que si no nos volviésemos á ver en esta vida, quede gravada en tu corazón mi memoria con la gratitud que te infunda... porque en esta ocasión... la merezco.

Clemencia miró á su primo con sorpresa.

—¿Más aún que agradecerte Pablo? exclamó.

—Recordarás, dijo Pablo, que mi tío quiso unirnos.

Clemencia se puso encendida como la flor del granado.

—Tú consentiste, prosiguió Pablo.

Clemencia bajó confusa los ojos, y calló.

—Pero yo, Clemencia, añadió Pablo... rehusé.

Clemencia quedó confundida.

—Y rehusé, Clemencia, prosiguió Pablo, porque tú hacías un sacrificio grande en casarte conmigo, y yo uno cruel en negarme á

ello, y quise que el sacrificio estuviese de mi parte, y no de la tuya; esto prueba que te amaba y sigo amando sin esperanzas, Clemencia; y el amor que vive sin alimento, esto es, sin esperanzas que le sostengan, es de alta esfera, ó inmortal como el alma!

Hubo un rato de silencio. Pablo tenía la respiración oprimida.

Dos gruesas lágrimas cayeron lentas por las mejillas de Clemencia.

—Esto te lo digo, Clemencia, prosiguió Pablo, cuya voz alterada salía con dificultad de su pecho, porque nos vamos á separar y quizás para siempre! A no ser así, no me hubiese atrevido á ello; pero he querido que ya que no me tengas amor... me tengas gratitud y lástima.

Diciendo esto Pablo, no pudiendo por más tiempo comprimir la vehemencia de su dolor, se levantó y salió apresuradamente.

—¡Pablo!... exclamó Clemencia profundamente conmovida.

Si Pablo hubiese tenido más ciencia de mundo y más experiencia del corazón humano, habría sabido aprovechar aquellos bellos momentos de enternecimiento para ganarse un

corazón que latía de admiración y de gratitud, subyugado ya por los nobles medios que subyugan las nobles almas; pero su timidez le ataba, su modestia le desesperanzaba, y su delicadeza le detenía; se paró un momento en la puerta del segundo cuarto, y se dijo: ¿Y á qué volver? ¿A ser sobrepujado en generosidad? Entonces cuanto he hecho parecería premeditado. Nada grande se lleva á cabo sin entereza, no la pierda yo al verla resuelta á concederme, arrastrada por la gratitud, lo que movida por amor no pudo!

Y se alejó presuroso.

Pasada la primera emoción, Clemencia se serenó, pensó que de todos modos, aun cediendo á los deseos de Pablo, que fueron también los de su padre y de su tío, no debía permanecer á su lado, ni habitar ya aquella casa sino como mujer; sintió que la separación que proyectaba por respeto humano, debía ahora que Pablo se había declarado, llevarla á cabo por respeto así misma, y apresuró los preparativos de su partida. Pablo por su lado, ahogado de pena, temiendo no poder ocultarla, y comprendiendo que su presencia turbaría á Clemencia, se había ausentado. De suerte que la

declaración de Pablo sólo había servido para levantar entre ambos una barrera, y para ahuyentar la franqueza de hermanos que hasta entonces entre ellos había existido.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

PARTE TERCER ★

CAPÍTULO PRIMERO

Ocho años hacía que faltaba Clemencia de Sevilla: ocho años suelen traer grandes cambios en las cosas y en las personas; y debemos indicarlos antes de proseguir.

La Marquesa, á la que devoraba un cáncer el pecho, había envejecido mucho, y su habitual estado de latiente apuro, había pasado á un estado de decaimiento inerte, en el que, como sucede generalmente á los enfermos de gravedad, que conservan despejadas sus facultades intelectuales, no la interesaba nada sino su padecer.

En Constanca no era menos notable el cambio que se había operado.

Desde la catástrofe que hemos referido y

la enfermedad que de ella resultó, que la trajo á punto de mirar la muerte cara á cara, Constanca había muerto al mundo, como dice una frase, la que por haber caído en el monotonó carril de la rutina, no ha perdido su grave y elevado significado. En su enérgica fibra, sólo un sentimiento á la vez profundo y exclusivo podía haber reemplazado el que le inspirara aquel amor que llenó toda su alma, como habría llenado toda su vida. Al borde del sepulcro condenó los extremos del amor á la criatura, y pidió á Dios perdón si moría, y conformidad si en la tierra la dejaba su voluntad omnipotente. La religión hizo más que darla conformidad; le dió consuelos y virtudes, desterrando de su alma, después de la desesperación, la soberbia, la acritud, la rebeldía y el egoismo, que por tanto tiempo en ella se entronizaron, reemplazándolos con la mansedumbre, la benevolencia, la caridad, la paciencia, cual la naturaleza produce flores odoríferas y cordiales en un erial, cuando una mano fuerte le ha arrancado los abrojos y espinas que lo cubrían. Porque este es el efecto y resultado de la vida, que unas veces con desden, otras con burla, pocas con respeto, se

denomina *dedicada á la virtud*; este es el fin á que tiende; y si los que la llevan no siempre logran conseguir este objeto (puesto que eso de ser extremadamente virtuoso no es tan fácil como les parece á aquellos que desde que ven á una persona entrar en esa senda, exigen de ella la realización del objeto á que aspira); si no siempre logran alcanzar este fin, los que á él aspiran, decimos, tienen al menos el mérito de haberlo intentado, y la gloria de alistarse bajo la santa bandera, cuyo emblema es un cordero, una cruz y una corona de espinas. Tienen aún más: tienen el valor de renunciar á la sanción del mundo bullidor, el de pasar por pobres de espíritu en la brillante, ruidosa y desdeñosa legión de los denominados ilustrados, el de hacerse condenar al ridículo y al desprecio por la soberbia y acerba legión de los incrédulos é impíos, y sólo contar con las calladas y benévolas simpatías de aquellos que se esconden por no ser vistos, y callan por no ser oídos, en una época que los burla con sarcasmo, y los desprecia con insultos.

Constancia, no obstante, era de las afortunadas que logran el fin propuesto, lo que era debido sin duda al total desprendimiento de

las cosas de la tierra que el infortunio produjo en su alma.

Nadie habría reconocido en ella á la elegante joven que fué: su traje era más que modesto; era pobre: llevaba siempre un vestido de coco ó tela de algodón negro, con pequeños lunares grises; cubría su garganta un pañuelo de la India, gris y negro, prendido al cuello con un alfiler; gastaba en todo tiempo manga larga y zapato de piel, y su cabello primorosamente alisado, estaba sujeto con dos peinecillos sobre sus sienes, sin ningún género de pretensión.

Esta abnegación del placer de agradar y de la satisfacción de parecer bien, es la más heroica que en aras de la severa virtud puede ofrecer como sacrificio la mujer; y este mérito sólo se ve en España, sin que por eso neguemos que en otros países haya mujeres admirablemente virtuosas, profunda y severamente religiosas; pero este tipo de completo desprendimiento de las cosas del mundo y de la vanidad, no se ve sino aquí, por más que se afanen en sostener que todos somos iguales. No; las nacionalidades no se borran de una plumada, ni con un aforismo falso, ni con algunas modas

universales en el vestir. Dícese que la completa igualdad es un resultado necesario de la ilustración y de la facilidad de comunicaciones; pero ¿no basta probar la falsedad de este aserto, el ver que los dos focos de ilustración, que son al mismo tiempo las dos capitales más cercanas, han sido, son y serán los dos mayores contrastes? ¿En qué ha mudado ese diario contacto las respectivas y marcadas fisonomías de París y de Londres (1)?

Es para nosotros un enigma el móvil que

(1) Mr. Charles Dupin, Presidente de la comisión francesa en la Exposición de Londres, dice en su carta de despedida al príncipe Alberto:

«Francés, y vano de este título, no somos de esos cosmopolitas que suprimen la patria con el fin de sustituirle abstracciones nebulosas y adorar las *tablas rasas*; no somos de los que sueñan para el porvenir con la desaparición de los tipos sagrados que caracterizan las razas y las nacionalidades. La hermosura y la grandeza desaparecerían de la tierra, si por un efecto de magia sus montes se allanasen, sus valles se alzasen á la par que los hombres, abquiriendo los animales y las plantas todas las mismas proporciones y el mismo color, se adaptasen á un mismo nivel el que se parecería á la nada á fuerza de uniformidad».

lleva á muchas personas de mérito y de talento á defender y aplaudir esa nivelación general, y cuál es la ventaja que de ella resultaría. Que un país sin pasado, sin historia, sin nacionalidad, sin tradiciones, adopte un carácter ajeno por no poseerlo propio, como ha hecho la América del Norte (1) adoptando el inglés, y la del Sur adoptando el español, se comprende. Pero que se afanen por hacer esto algunos hijos del país de Pelayo y del Cid, de Calderón y de Cervantes, para desechar el suyo y adoptar el ajeno, es lo que no concibe ni el patriotismo ni la sana razón, ni el buen gusto, ni la poesía.

Constancia era, pues, sin ostentarlo ni ocultarlo, una *beata*. Las beatas no son perfectas, aunque las gentes del mundo exigen de

(1) De la que ha dicho Victor Hugo:

Peuple á peine essayé,
Nation du hazard,
Sans tige, sans passé,
Sans histoire, et sans arts.

Pueblo apenas ensayado,
Nación de casualidad,
Sin un tronco, sin pasado,
Ni historia, ni artes jamás.

ellas una perfección de que ellas se creen dispensadas; pero Constancia lo era porque coronaba sus demás virtudes con la tolerancia, que á algunas suele faltar, y unía al estricto cumplimiento de sus deberes, una dulzura adquirida, la que en su carácter fuerte y áspero era un hermoso triunfo obtenido al pié del tribunal de la Penitencia. De sus ojos serenos habían desaparecido aquellas miradas ariscas y altivas que antes le fueron propias, y de su tranquilo semblante el aire esquivo y desdeñoso; sin afectar formas afables, las tenía benévolas y dignas. Llevaba con la perseverancia de la consagración, toda la asistencia prolija que hacía necesaria la larga y terrible enfermedad de su madre, y sus excesivas impertinencias con no desmentida paciencia. Si alguna persona íntima celebraba su comportamiento, hacía grandes esfuerzos para disimular la incomodidad que la causaban estos elogios que rechazaba.

En las demás personas el cambio no había sido notable.

Sobre D. Galo habían pasado estos ocho años como otra infinidad de los anteriores. Los siete mil reales seguían su curso inmuta-

ble, las pelucas hacían su servicio periódico, el lente de plata no se cansaba de servir á su dueño, ni éste de servir á las damas. Todos sus compañeros habían cambiado de destino ó de lugar; hasta la oficina había variado de local; pero D. Galo la había seguido como un fiel perrito á su amo, ocupando su mismo puesto y su misma carpeta, con los que estaba identificado.

Sobre la robusta arrogancia de D.^a Eufrosia habían pasado los años como pasan sobre las plazas fuertes los vendavales. En ellos había cobrado muchas viudedades, sin dar la más mínima esperanza al montepío de libertarlo de esta carga.

En D. Silvestre no había más alteración sino la de haber adquirido su vientre una posición menos prominente y más rebajada.

Pepino había tomado gran cariño á los Mercurios, y seguía cuidándolos con esmero por propio impulso, como antes por mandato de su ama.

Su tía recibió á Clemencia tristemente, aunque celebró mucho su venida, y le hizo una larga y minuciosa relación de sus padeceres.

Constancia demostró una sincera, pero sosegada alegría de ver á su prima, sin que mediase entre ellas ni una conmemoración ni aun una alusión á la terrible catástrofe de la que Clemencia había sido testigo.

A los pocos días, con motivo de la gravedad de su madre, llegó también Alegría, que con su marido y sus tres niños venía de Madrid, donde estaban establecidos.

Alegría estaba hecha el bello ideal de la elegancia, un figurín de moda, el tipo del supremo buen tono. Pero su vida agitada, sus horas desarregladas, sus continuos trasnocheos y sus constantes excitaciones, la habían destruido, avejentado y adelgazado aquel extremo que quita todas las formas al cuerpo, toda la frescura al rostro y toda la lozanía á la juventud. Compuesta y animada, sobre todo con la luz artificial, estaba bien; pero descompuesta y desanimada, estaba como una flor sacudida y marchita por el Levante.

Su marido, además de ser el tipo de la distinción y de la finura, lo era ahora igualmente del buen marido y del buen padre.

Cuando Alegría vió á Clemencia, que merced á su tranquila vida, á su feliz existencia,

traía con el alma de una novicia la hermosura de una Hebe, le dijo:

—¡Qué lozania! ¡Qué frescura! ¿En qué Edén has vivido? Ganas me dan de ir á pasar una temporada á Villa-María, aún á costa de venir tan anticuadamente vestida y peinada como lo estás tú. ¡Dios mío! ¡qué bien te sienta el estado de viuda! y riquísima que me han dicho que eres!... ya sé, un tío!... Oye, era joven? Ocho años de destierro te ha costado; pero en fin, si estuviste como el ratón en el queso, ¡anda con Dios! Hiciste bien, en estar-te á la mira y aguantarte, porque hija mía, el dinero, el dinero es el todo; sin dinero ¿qué se hace? Vamos, eres la mujer feliz. Mira, no hagas la locura de volverte á casar.

Clemencia había oído toda aquella retahíla atónita, sin aún comprender la malicia de ciertas expresiones; pero al oír esta última, y recordando en su corazón la promesa que había hecho á su tío, repuso á su prima:

—¿Y por qué sería una locura el volverme á casar?

—Porque perderías tu libertad; contestó Alegría con más malicia que se suele poner á esa necia y repetida frase.

—Pero ¿qué clase de libertad es, repuso Clemencia, la que tengo de viuda y no tendría de casada?

—¡Qué candidez de niña bien criadita! La clase de libertad á que aludo, hija mía, es la de poder hacer lo que te dé la gana. ¿La tenías cuando casada, mi alma?

—No se creería que quien habla así fuese la mujer de un marido que no tiene más gustos que los suyos, y no hace sino mirarla á la cara, dijo Clemencia.

—Eso no quita que la que tiene marido y tres hijos, esté aviada y divertida. ¡Niños! esa plaga, esa carga, esas trabas, que acaban con la paciencia, que destruyen el físico, que quitan el gusto y el tiempo para todo. ¡Oh! ¡son una calamidad.

—¡Jesús! ¡Jesús! exclamó asombrada Clemencia. ¡Plaga, calamidad, llamas tú á la bendición de Dios, al dulce fin y objeto de la unión del hombre y de la mujer! ¿Sabes lo que dicen las pobres y sencillas gentes de Villamaria? *Hijos y pollos todos son pocos.*

Alegria soltó una burlona carcajada.

—¡Qué lástima, dijo, que no te hubieses casado con mi marido y se hubiesen Vds. ido en

amor y compañía á poblar una isla desierta! ;pero, hija mía, la que no está por la vida patriarcal, esto es, las gentes que viven en la era presente, como dicen los periódicos, llaman á los hijos cargas, y al casamiento yugo. Así lo llama hasta mi beata hermana Constancia, sin más que anteponerle la calificación de santo. Pero, si tan bien te parece el matrimonio, mucho extraño que hayas estado ocho años viuda; por consiguiente, no te admire que no ponga mucha fé en tus palabras, ni te crea muy sincera.

Clemencia se quedó asombrada de ver convertido en sistema y formulado en reglas de mundo, un sentimiento que ella había tenido, nacido de sus desgracias domésticas, y del que su tío le había hecho avergonzarse á pesar de su inocente origen, como de un sentimiento emancipado, egoista, poco natural y poco mujerial: así fué que contestó sonrojándose:

—En Villa-María había pocos novios, y además mi vida era tan dulce al lado de mis padres y de mi tío, que la habría preferido siempre á toda otra, no por amor á la libertad ni oposición á los hijos, sino por amor á ellos.

—Con que... ¿te volverías á casar? preguntó con burla Alegría.

—Si hallase un hombre que me llenase, y á quien pudiese hacer feliz, lo haría, pues así se lo prometí á mi tío, contestó Clemencia.

—¡Buena tonta serás! exclamó Alegría.

Entró en este momento Constancia, diciendo que su madre, que apenas había dormido en la pasada noche, acababa de coger el sueño. Alegría aprovechó este descanso para ir á ver algunas amigas, y salió después de dar un repaso á su tocado ante el espejo.

Era la primera vez, desde la vuelta de Clemencia, que ambas primas se hallaban solas, no separándose Constancia un solo instante del lado de su madre.

Largo rato callaron.

De repente Clemencia cogió las manos de su prima, las apretó entre las suyas, y le dijo en queda y conmovida voz, mientras dos lágrimas bañaban sus párpados:—Constancia, te admiro y te venero.

Constancia calló, y un imperceptible temblor se notó en sus labios.

—¿Qué has hecho para olvidar, Constancia? prosiguió Clemencia.

— ¡No recordar! respondió la primera.

— Y esto, ¿cómo has podido lograrlo?

— Con anteponer al recuerdo esta oración:

¡Aparta, mi Dios, de mí

Lo que me aparta de tí.

Cree, Clemencia, que Dios atiende á quien le invoca.

— Sí; y Dios ha escuchado tan bella deprecación, y sólo te ha rodeado de cosas que te acercan á él, ofreciéndote la ocasión de la enfermedad de tu madre, en la que pruebas el ser una santa.

— Calla, contestó Constanza con algún calor. ¿Con qué lavo, con qué borro, con qué recompenso mi malvada conducta anterior con mi madre? ¡Oh! créelo; cuando todo mi anhelo y desvelos no alcanzan á agradarla, cuando me rechaza y se incomoda, recuerdo que fui capaz de decir que no la amaba. ¡Yo, enamorada y soberbia, no amar á la madre que me dió el ser! ¡Oh! entonces le agradezco como un favor el que no me maltrate de hecho, y no me eche de su lado como hija indigna de cumplir con el santo deber de asistirle.

—Lo dijiste en un momento de exaltación rencorosa, Constanca.

—No, Clemencia, esa exaltación rencorosa era mi estado habitual. Llenaban mi alma la pasión, la soberbia, la rebeldía y la aspereza! El ser niña indómita, hija rebelde y sobrina ingrata, costaron la vida al hombre que amé; me hicieron perder la felicidad que apetecía, que quizá por medios humildes y suaves habría al fin logrado, y hubiesen perdido mi alma, si Dios no me enviara con la muerte un aviso de la eternidad, en cuyo borde se abrieron los ojos de mi alma á la luz de arriba.

—¡Qué humilde eres, Constanca!

—Clemencia, no es humildad el reconocer sus faltas. No soy humilde; sino que, gracias al cielo, no existe la soberbia que me cegaba.

—Sí lo eres, y aún vas más allá, prima, pues no sólo reconoces tus faltas, sino que desprecias tus virtudes. ¿Por qué has hecho un estudio tan severo en ocultar un dolor, que yo que conozco tu alma, sé que está incrustado en ella hasta la muerte?

—Clemencia,—respondió Constanca en voz inmutada y tan queda como si á sí misma qui-

siese ocultar la emoción que la dominaba,— las penas que se ofrecen á Dios, se ocultan á la tierra, para que no se evapore en ella este incienso del corazón.

CAPITULO II

Clemencia, abrumada con los quehaceres que le proporcionaba el amueblar y preparar su casa, distraída y atolondrada con el sinnúmero de visitas que recibía la rica, hermosa y amable viuda, aunque había pensado escribir á Pablo, lo defirió. ¡Qué de cosas se dejan de hacer por diferirlas! Diferir un buen propósito, es como diferir el socorro á un necesitado; suele perecer éste, merced á la omisión, é invertirse la limosna en otra cosa: también sucede que suele desmayar y desvanecerse el buen propósito, gastarse el tiempo y la voluntad en otra cosa, como aconteció con la limosna; sobreviene el olvido con su apagador, y sume todo en el caos.

Tan luego como Clemencia estuvo establecida en su hermosa y bien alhajada casa, fué ésta en extremo concurrida. Su dueña poseía

el don innato de *bien recibir*, puesto que este, así como todo lo fino y delicado en el trato, tiene por base la bondad, y que esta era el fondo de carácter de Clemencia y el primer móvil de sus acciones. Todas las reglas de finura y delicadeza tienen por tipo la sencilla bondad, como el arte coreográfico tiene por norma las gracias de la infancia. Su casa se puso de moda, y la moda es una maga que nos convierte en una manada de carneros, que lleva á su albedrío por montes y valles.

Entre las personas que fueron presentadas en casa de Clemencia, se distinguían dos extranjeros de alta categoría, el uno inglés, el otro francés, que habían venido á pasar el invierno en la primavera que durante esta estación goza Sevilla, la noble y destronada Reina de Andalucía.

El Vizconde Carlos de Brián y Sir George Percy eran dos bellos tipos de sus respectivas razas y países. Ambos eran altos. El Vizconde, algo más grueso, tenía en sus maneras más elegancia; Sir George, más distinción; en su porte tenía el Vizconde más nobleza, y Sir George más dignidad; el primero era más airoso, el segundo más natural. En su traje era

de Brián más ataviado, y Sir George llevaba la bellísima sencillez del vestir inglés á un extremo de indolencia, que le hacía no notar que se ponía un chaleco de invierno en verano, lo que no impedía que fuese tan exclusivamente pulcro y delicado en su ropa, que regaló á su ayuda de cámara á la mañana siguiente de haberlo estrenado, un vestido de baile, que por no traerlo en su equipaje, tuvo que mandar hacer al mejor sastre de Sevilla.

Era Sir George inmensamente rico y espléndido sin fausto, por lo que le llamaban en Sevilla Monte-Cristo, así como al Vizconde, en vista de su estatura y de ser muy realista, le habían puesto Carlo-Magno.

Deploramos profundamente esta costumbre andaluza de poner apodos ó sobrenombres, por distinguidas que sean y por mucho mérito que tengan las personas; es esto contra la dignidad y la elegancia de una sociedad culta y fina. No hay gracia que compense una chocarrería.

Precisamente eran hombres ambos los más á propósito para poder apreciar el gran mérito de Clemencia; ambos debían ser seducidos por la reunión de ventajas que poseía ésta, y

que tan rara vez se halla en una misma persona; así fué que ambos comprendieron desde luego que era Clemencia un ente excepcional, ricamente dotado por la naturaleza y por la cultura, cuyo mérito pocos sabrían comprender, ni ella misma sabía apreciar en todo su valor.

Entablóse desde luego entre Brián y Sir George una de esas secretas y ágrias competencias, tan hábilmente disimuladas por los hombres de mundo, no bajo formas afables, sino bajo formas indiferentes. De esta competencia resultó que la inclinación hacia Clemencia subiese en Sir George, hombre seco, gastado y frío, á un efervescente antojo; y que en el Vizconde, hombre de corazón y de peso, se reconcentrase, temiendo la vanidad francesa verse forzada á ceder en sus pretensiones ante un rival más afortunado. En esta circunstancia podía decirse que tanto por la posición de ambos hacia Clemencia, como por sus respectivos caracteres, estaban trocadas en ellos las índoles de los dos países, siendo Sir George con Clemencia el hombre amable, obsequioso, expresivo y subyugado, mientras el Vizconde se mostraba el hombre comedido,

tímido y reservado hasta el punto de aparecer frío.

El Vizconde había nacido aún en el destierro, de un padre que había perdido á los suyos en el cadalso. Vuelto á su patria; había perdido á su hermano por un puñal homicida en Roma, y á su padre á su lado defendiendo el orden en las jornadas de Febrero, y entonces abandonó desesperado y abatido la patria que amaba, para no presenciar su suicidio.

Sir George al contrario había nacido y vivido entre grandezas, felicidades y riquezas, sin pensar más sino en satisfacer su vanidad, sus pasiones y sus caprichos. Así era que á los treinta y tres años se sentía con despecho, hastiado de todo, seco de corazón, enervado de alma y reducido á sólo placeres materiales.

Fuese este retraimiento del Vizconde, ó bien fuese por la finura y elegancia de los obsequios de Sir George, ó bien por aquel ciego impulso cuyo origen es inaveriguable, y que no toma sus aspiraciones de la razón, de la paridad, ni de la simpatía, sino que nace espontáneo, crece déspota y arrasta el corazón á pesar de aquellos, Clemencia, que era muy niña para poder penetrar en las profundas si-

mas del corazón de los hombres criados en el gran mundo, se sintió arrastrada con vehemencia hacia Sir George; cuyas distinguidas maneras, cuyo talento, ilustración, saber y gracia la encantaban. Y no es de extrañar que en unos instintos tan delicados, en un gusto tan culto como era el de Clemencia, unidos á un amante corazón, que hasta entonces había respirado en una atmósfera sencilla y sosegada, hiciese impresión un hombre como Sir George, en quien brillaban en su más alto grado las referidas ventajas.

Sir George sabía con una delicadeza de maneras, que solo se adquiere en la más alta y fina sociedad, obsequiar de un modo que no era rehusable; obsequiaba á Clemencia en las personas que ella quería ó le eran allegadas: había mandado venir para la marquesa un aparato ingenioso para vendar su pecho; había regalado á D. Galo unos gemelos de unas dimensiones tan descomunales, que le era imposible á su entusiasmado dueño, colocarlos ante su vista con una sola mano. Paco Guzman los había apellidado *Rómulo y Remo*.

—Paco, hijo mío, contestaba D. Galo en sus glorias, me ha dicho el Sr. D. Jorge que el

fabricante sólo hizo tres como estos; uno para el Príncipe Alberto, otro para el gran turco, y el presente, que tenéis á vuestra disposición.

Hasta á D. Silvestre, cuya hostilidad á los caminos de hierro no le era desconocida, había regalado Sir George una chistosa caricatura inglesa que representaba una procesión de viajeros, que antes de entrar en los coches y wagones del tren pasaban ante la máquina quitándose el sombrero y saludándola con las palabras con que los gladiadores romanos saludaban al Emperador antes de ir al combate:

MORITURI TE SALUTANT

Esta sátira había entusiasmado cuanto era dable entusiasmar al calmoso D. Silvestre: la había llevado á todas las partes á que concurría, mandándole hacer enseguida un suntuoso marco de caoba con una estrella de metal dorado en cada ángulo, y colgado frente de un mueble que tenía el nombre, y no el uso, de mesa de escribir; mesa que adornaba un tintero de plata de purísimas entrañas, unido á una pluma virgen sin mancilla, cuyos despo-

sorios eran tan nominales como los de Santa Cecilia y San Valeriano.

No obstante, Percy no usaba con Clemencia hipocresía, no porque fuese muy capaz de valerse de todos los medios para ganarse su corazón, sino porque en su escepticismo general, se persuadía de buena fé que cuanto elevado, ferviente, ascético é ideal existe son voces muy literarias, muy poéticas y muy sonoras, pero sin valor real; buenas libreas que visten maniquies sin alma y sin sentido. Así era que Sir George tenía la buena cualidad de ser natural en la expresión de sus sentimientos y de sus ideas, no por cinismo, sino porque las creía las generales, las verdaderas fundamentales y la razonada reacción, como él decía, de las declamaciones filosóficas, de las puritanerías melífluas, de la reforma y de las aspiraciones ascéticas del espiritualismo católico, creyendo el *Nego absoluto* la verdad fundamental de la ciencia del mundo y del corazón humano. ¡Oh! ¡y no es solo! Es de ver con qué grosera valentía de Alcides pisan muchos hombres con su torpe planta, las santas, ideales y suaves compañeras que las almas selectas buscan y hallan en el cielo, en la poesía,

en el ideal, que les hacen la vida buena y dulce, y que guiándolas siempre hacia arriba, siembran con flores las más áridas sendas!

Mas á medida que pasó tiempo, brotó en el corazón de Clemencia, á la par de este reciente amor una instintiva inquietud, como al lado de una azucena nace una zarza, que la envuelve y espina con sus ramas.

En Sir George, al contrario, cada día era mayor el encanto que ejercía Clemencia. Si desde que la había visto la vez primera se había hallado arrastrado por la seducción violenta, que ejerce la hermosura sobre los hombres viciosos en quienes sólo domina el amor material; si la competencia con un hombre de tanto mérito como lo era el Vizconde, había empeñado su amor propio en el triunfo, el trato de Clemencia á la vez tan modesto y franco, su entendimiento á la vez culto y cándido, sus sentimientos á la vez tan blandos y alegres, su modo de ver tan original, sin que por eso se desviase un punto de la buena senda trillada, habían acrecentado en Sir George esta seducción con todo el aliciente de lo nuevo y de la curiosidad, aliciente gastado y sin estímulo hacía mucho tiempo en Sir George,

pero que en esta ocasión renacía y alcanzaba en él proporciones muy elevadas. Sir George conoció que no lograría hacerse amar de Clemencia por ninguno de los medios vulgares, y puso en juego cuantos á él para agradar le habían dado la naturaleza, la cultura y el uso del mundo.

Ese hombre, hastiado de todo, se halló agradablemente sorprendido al notar que anhelaba algo con vehemencia, y al sentir un deseo cuyo logro le excitaba. No entraba en este aliciente la vanidad ni un amor propio vulgar. Había pasado la edad en que lisonjeasen el suyo las conquistas, aunque sólo contaba treinta y tres años, y su hermosa persona representaba aún mucho menos. Además, los hombres de su categoría y de su alzada desdeñan el brillar, porque desdeñan la opinión, y son bastante sibaritas y delicados para preferir en sus amores, á lo ostensible el encanto del misterio, y al triunfo el decoro de la reserva. Uníase á esto el que los hombres como Sir George, á falta de toda religión y de toda creencia, de toda fé y de todo culto, conservan el del honor, levantando este culto terrestre á una altura que sólo compete al divino, lo que

prueba que no hay orgullo, escepticismo ni espíritu de independencia que alcancen á arrancar del corazón del hombre la imperiosa necesidad de acatar, que puso Dios en él para recordarle su dependencia.

Bien conoció desde luego el hábil fisiologista que la derrota podría hundir para siempre la existencia de aquella joven, que salía al mundo pura, suave y sonriendo como la aurora, confiada é indefensa como la verdad; pero se decía:

—¡Bah! nadie se ha muerto de amor, y ella es muy católica para suicidarse.

Si D. Galo hubiese podido penetrar los pensamientos de Sir George habría pensado:

—¿Quién hubiera dicho que D. Jorge, ese apreciablesimo sujeto, fuese tan fátuo?

El Vizconde habría pensado:

—Mucho se expone el soberbio hijo de Albión, no á ser subyugado, pues no es león que se ate con cuerda de lana; pero sí á ser un César incompleto y desairado.

En cuanto á Pablo, el honrado y enérgico español, á saber sus ideas, le hubiese ahogado entre su manos!

Desde la llegada del Vizconde, que por desgracia suya había sido posterior á la de Sir George, y sobre el cual había hecho Clemencia una impresión harto más profunda y sincera que sobre su competidor, se sentía el inglés sin querer confesárselo, celoso á pesar de que conocía la preferencia que de él hacía la joven viuda; pues el corazón de Clemencia, si bien lo velaba la modestia, no lo disfrazaba el artificio. Sir George no pudo menos de conocer que era de Brian un competidor temible. Sufrieron entonces sus sentimientos un notable cambio. Solicitada y amada por un hombre como el Vizconde, le apareció Clemencia por un prisma seductor; la inquietud que le causó la rivalidad con un hombre como de Brian, fué como un galvanismo que dió una vida facticia á sus muertos sentimientos. Entonces se obstinó impulsado por cuanto aún vibraba en él, amor propio, deseo material, capricho y orgullo en no dejarse á toda costa suplantado por un competidor.

—Es preciso, se decía, que yo sea un buzo diestro y diligente para sacar y apoderarme de su amor, esa perla que en tan profundo y

sosegado elemento duerme, que podría encerrarse en su concha, si enturbio el agua, ó dormir profundamente, si no la muevo, ó ser arrebatada por otras manos, si no me anticipo.

CAPÍTULO III

Sir George se curaba con otras muchas personas á prima noche en casa de Glemann, donde dormían hasta las nueve, hora en que indeseablemente iba á acompañarla de D. Gale Farde á casa de la señora. Glemann, áquel siempre de llegar antes que ninguno, lo que lo proporcionaba el placer de estar algún tiempo solo con Glemann, y en verdad que estos ratos taniz para él un imponderable atractivo.

Las caricias y alegrías de Glemann, esa hija de la naturaleza, patética bondad al lado con que la vida artificial y disipada del mundo habla apagado hasta la última centella del fuego sacro en el alma de Sir George.

La naturalidad del trato de Glemann, la sencillez que respiraba todo en él, la rectitud con que sin esfuerzo sin garruchos y sin

CAPITULO III

Sir George concurría con otras muchas personas á prima noche en casa de Clemencia, donde permanecía hasta las nueve, hora en que indefectiblemente iba ésta acompañada de D. Galo Pando á casa de su tía. Cuidaba aquél siempre de llegar antes que ninguno, lo que le proporcionaba el placer de estar algún tiempo solo con Clemencia, y en verdad que estos ratos tenían para él un imponderable atractivo.

La candidez y alegría de Clemencia, esa hija de la naturaleza, parecía fundir el hielo con que la vida artificial y disipada del mundo había apagado hasta la última centella del fuego sacro en el alma de Sir George.

La naturalidad del trato de Clemencia, la sinceridad que respiraba todo su ser, é la rectitud con que sin esfuerzo, sin gatzmoñería y sin

estudio, seguía siempre en cuanto hacía y decía la senda recta, le arrastraban á deponer ese modo de ser artificial que se vuelve á veces una segunda naturaleza en las gentes del gran mundo anglo-franco. Había sentido y aprendido el imponderable encanto peculiar al trato español, la confianza, esa hija de la naturalidad y de la sinceridad: así era que al lado de Clemencia, cuando estaban solos, se sentía Sir George con delicia, joven, alegre y casi niño; reía con ella con una risa sincera é inocente, desconocida mucho tiempo había á sus labios; era casi sencillo y cariñoso; descendía con placer á los más pequeños detalles de la vida de Clemencia; conocía á su tío, á su padre, á Villa-María, á sus flores, á sus pájaros.

—¡Oh! solía decirle, sois delicada por naturaleza, poeta instintivamente, y culta espontáneamente: ¿qué hada os hizo, al nacer, lo que sois?

—Yo no soy nada, Sir George, respondía con su incontestable sinceridad Clemencia; mas puedo decir con el poeta de Oriente: No soy la rosa, pero he vivido á su lado.

Era entonces él amable cual pocos; su con-

versación, llena de entendimiento y de chistes, arrastraba tras sí; seduciendo sobre todo á las personas de talento é ilustradas; porque, como ha dicho también el ilustre literato Pastor Díaz, el talento subyuga con más fuerza al talento que á la ignorancia. También subyuga á Clemencia la alta esfera en que se movía su amigo; pero algo triste le quedaba siempre, después que se ausentaba y cesaba el encanto, sin definir la causa; era que su corazón no hallaba en aquel sol brillante pero frío, el calor que hace brotar la fé y la confianza.

Si alguien entraba, Sir George era otro hombre; el que un momento antes atraía con su gracia y amenidad, rechazaba ahora por aquel entono, aquella *morgue*, como dicen los franceses, tan propia de aquellos que entre la aristocracia inglesa creen que para alzarse no hay mejor medio que el de rebajar á los demás. Rechazaba igualmente por la constante ironía, tan del gusto de la época, que muchos, que tenían entera buena fe, no siempre comprendían, pero que aun sin alcanzar toda su hiel, á nadie dejaba satisfecho. Complaciase en diferenciarse de los demás: así era que demostraba la mayor indiferencia, por lo que

interesaba ó entusiasmaba á todos, y se ocupaba enseguida de puerilidades que á nadie llamaban la atención: por lo cual nunca celebraba la Catedral, ni el Alcázar, ni la Lonja, ni los cuadros de Murillo; pero se entusiasmaba con los bonitos puestos de agua, para chafar el sensato sentir ajeno.

Una noche en la que más que nunca había sido amena y animada la conversación de Clemencia y de Sir George, vivificada con aquel delicioso sentimiento que ambos abrigaban de agradarse mutuamente; convicción que cual un benéfico génio parece soplar el sobre fuego de nuestro entendimiento para hacerlo brillar en vivas llamaradas, produciendo en los ánimos ese *enjouement*, como llaman los franceses á un estado de inocente, pura y alegre excitación. En él se mezclaba el amor sin nombrarse, como se oye en un jardín la melodía de una música oculta en la enramada. Sir George le descubría; Clemencia le ignoraba aún.

—Clemencia, dijo Sir George con sincero entusiasmo; entre la niña que encanta y el hada que admira, hay un sér encantador, y es la mujer que se ama. ¿No preferís el serlo á los otros séres que alternativamente sois?

—Sir George, contestó Clemencia, no concibo la felicidad de ser amada, á no ser por un solo hombre.

—¿Qué hombre, Clemencia?

—El que yo amase.

—Sois quizá la única mujer á quien esto sucede.

—¿Esto es decir que soy original? repuso Clemencia volviendo á su tono festivo: ved, pues, la verdad de uno de los evangelios chicos de mi padre: no es la fortuna para quien la busca, sino para quien la encuentra.

—¿Y vos no queréis amar, Clemencia? ¿Habéis quizás hecho un voto que os lo impida?

—No señor; pero el amar ó no amar, no consiste en querer ó no querer amar.

—Para naturalezas tan dóciles y sumisas á la voluntad como lo es la vuestra, me temo que sí.

—¡Ojalá dijéseis verdad! repuso suspirando la sincera Clemencia, que recordaba á Pablo.

Cuando Sir George, que dió otro sentido á la frase, enajenado iba á contestar, se abrió la puerta y entró el Vizconde.

Sir George, que era siempre frío, irónico, escéptico y poco comunicativo, y que á duras

pénas, y sólo en la intimidad de una mujer hermosa, levantaba su habitual estado de sitio, no necesitaba más que una leve contradicción para volver á armar todas sus baterías. Así es, que recibió al Vizconde, como es de suponer, con un frío glacial: una dulce mirada de súplica con que casi le acarició Clemencia, templó algo su acerba displicencia, pero acudió al silencio para dar á entender que la presencia del Vizconde le era molesta. Faltaba en esto Sir George á su delicada reserva; pero la indomable índole británica se revestía de toda su áspera corteza.

El Vizconde notó esta falta de atención, y comprendió lo que la motivaba.

Si la conversación de Sir George era chistosa, incisiva y picante, la del Vizconde era en extremo fina, entretenida, á veces profunda, á veces elevada, siempre instructiva y siempre amena. El Vizconde tocó varios puntos, cautivando por entero la atención de Clemencia, que le oía con mucho placer. Sir George no alternaba en ella, y como todo ceñudo que se encapota en silencio, iba siendo olvidado.

—¡Vaya!...—pensó con coraje, pues cuando

no tenía á quien lanzar un sarcasmo, se lo aplicaba á sí mismo,—yo estoy aquí haciendo el ridículo papel que llaman los españoles, rabiar de celos aparte: ¿me iré?

Por suerte entró en este instante D. Galo.

—A los piés de Vd., Clemencita,—Sr. Vizconde, beso á Vd. la mano.—Sr. D. Jorge, soy su servidor. Hace un frío del Polo.

—¿Del Polo del Norte..... ó del Polo del Sur? preguntó Sir George, que halló por fin la palabra con una de sus serias y picantes burlas.

—¡Del Polo del Norte, por supuesto! Contestó D. Galo.

Sir George soltó una carcajada.

El Vizconde no hizo alto.

—Don Galo, dijo Clemencia, ahora decíamos que cuales son las cosas que más pueden agradar al corazón del hombre. Por mí pienso que la sensación del agrado está más en el corazón del hombre que no en las cosas; y creo que el corazón más bien da el agrado, que no lo recibe.

—Es muy cierto, señora, repuso el Vizconde; y si no observad cuánto agradan á unos cosas sencillas é insignificantes; y como las

más perfectas no son á vece scapaces de agradar á otros.

—Esto penderá, opinó Sir George, de lo exquisito del gusto.

—No lo creo, repuso el Vizconde, he visto muy malos gustos discontentadizos, y los he encontrado selectos, que como las abejas no hallaban una flor de que no sacasen miel.

—Magnífico instinto que admiro en ellas y en ellos; dijo con su tría sonrisa Sir George. Señora, prosiguió, dirigiéndose á Clemencia, ¿cuál es entre las cosas de la tierra la que tiene la dicha ó privilegio de agradaros más?

—Las flores, contestó sencillamente Clemencia.

—¿Tenéis, pues, gustos botánicos?

—No, señor, respondió Clemencia sin alterarse, no sé clasificar una sola planta; pero las flores son la poesía palpable del mundo material. Desde que el hombre cantó, entretegió con ellas sus cantos: nunca el espíritu de innovación, de oposición y de paradoja, para el que nada hay sagrado, que á todo ha tocado, se ha atrevido á ridiculizar la suave simpatía que inspiran las flores, que en la naturaleza se renuevan siempre frescas y lozanas, como

las esperanzas en el corazón del hombre; inseparables de la poesía, son compañeras de los sentimientos que la inspiran. Así es, que simpatizo con el joven poeta que se ha hecho su cantor (1) y tan bello culto les rinde, sin cuidarse de que otro acerbo como vos, le haga la pregunta que me habéis hecho. Pero, prosiguió Clemencia alegremente, dirigiéndose á D. Galo, ¿qué decís vos? ¿qué es lo que más os agrada en este mundo?

—Lo que más me agrada son las bellas, contestó D. Galo con su más satisfecha y galante sonrisa.

—No puedo menos de unir mi voto particular al de este caballero, dijo el Vizconde.

—A vos, señor D. Jorge, ¿qué os parece? ¿No digo bien? preguntó D. Galo frotándose sus manos despiadadamente enrojecidas por los sabañones que le producía su escribir y constante en la fría oficina.

—Por primera y única vez difiero de vuestro sentir, que admiro siempre, contestó Sir George, pues prefiero á las bellas las feas.

—¿Por no tener rivales? preguntó D. Galo

(1) José Selgas.

con las más ostensibles pretensiones al gracejo; pues vos no deberíais temerlos.

—¡Oh! no los temo, D. Galo; confieso demasiado en el mal gusto de las damas. No es por eso. Pero es porque las feas son más amables que las bellas.

—Señor, exclamó escandalizado D. Galo, ¿esto sostenéis en presencia de Clemencia, que es la más contundente refutación de lo que decís?

—Las excepciones no hacen regla, señor. Y entre las flores, prosiguió Percy, dirigiéndose á Clemencia ¿cuál es vuestra predilecta?

—La violeta, respondió Clemencia.

—¡Ya! la que lo fué de Napoleón; estas son simpatías.

—No es porque lo fuese de Napoleón, es porque lo fué de la persona que más he amado en este mundo.

—¿De Fernando Guevara? preguntó D. Galo con su sencilla buena fe é indefectible desmaña.

—No—contestó Clemencia sonrojándose, porque temió haber faltado á la delicadeza de casada, confesando que había querido á otro más que á su marido—no gustaba Fernando

de flores; eran predilectas las violetas de mi tío el Abad, á quien todo, todo lo debo. Aún no las hay y lo siento: su perfume es un recuerdo vivo como ellas son una imagen de aquel padre tierno, de aquel sabio modesto.

De allí á un rato se levantó D. Galo para irse.

—¡Qué! ¿Os vais? preguntó admirada Clemencia.

—Aunque me voy... me quedo.

—Ciertamente, en mi memoria.

Don Galo se puso tan ancho, que en aquel momento no se hubiese cambiado ni por un Rothschild, ni por un Apolo, ni por un Séneca, ni aun por el jefe de su oficina.

—¡Pobre hombre! dijo Sir George cuando hubo salido.

—¡Qué excelente sujeto! añadió el Vizconde. Señora, la amistad que le demostráis, no sólo hace favor á vuestro corazón, sino honor á vuestro delicado tacto.

—¡Ah! dijo Sir George, yo no había hallado en esa amistad sino la prudencia de una mujer joven y bella.

—Os habéis equivocado, repuso Clemencia; no elijo mis amigos por ningún género de cál-

culo; en mi elección sólo obra la simpatía. Tampoco soy bastante presuntuosa ó tímida para buscar mi salvaguardia en la insignificancia de las personas de mi intimidad. Siempre juzgáis la sociedad española por la extranjera, Sir George! y no acabáis de comprender que la independencia moral de las españolas acata yugos santos, y no sufre andaderas pueriles.

Entró en este instante Paco Guzmán.

—Clemencia, dijo éste al cabo de un rato, ¿sabéis que hemos hecho creer á D. Galo que D.^a Eufrasia se casa con D. Silvestre? y se lo ha creído!... porque ese bendito se cree cuanto se le dice.

—No hay mayor prueba de la sanidad de corazón que la credulidad, repuso Clemencia: para dejar de dar fe á las palabras ajenas, es preciso dar por supuesta la mentira; y hay corazones tan sanos, que no la conciben. Pero os confieso, Paco, que sería contra mi conciencia engañar aun en broma á una persona de buena fe.

—¿Contra la conciencia, Clemencia? ¡Qué palabra tan magistral en un asunto que lo es tan poco!

—Pues poned en su lugar... delicadeza.

—La conciencia y la delicadeza, opinó el Vizconde, se asemejan, pues son para el hombre consejeros al obrar, y jueces después. La delicadeza tiene su origen en la sociedad y en la cultura, y la conciencia en la moral: así es la primera versátil y convencional; y la segunda uniforme é inmutable.

—Decid en lugar de moral Religión, exclamó Clemencia, pues, como decía mi tío, ¿qué es la moral sino la luna que alumbra la noche que carece de sol, recibiendo ella misma su pálido brillo del Sol de vida que es un reflejo? ¿De dónde sino de esa fuente ha sacado la moral sus aspiraciones? ¿Quién hizo de la obediencia la primera virtud? ¿Quién castigó la primera falta?

—Sois una exaltada creyente, dijo Sir George.

—¿Acaso lo dudábais? exclamó Clemencia.

—No tenía sobre esto un juicio decidido, señora. Por un lado consideraba que sois mujer y española, cosas ambas propias á sentir toda clase de exaltaciones y admitir todo género de supersticiones; por otro lado, como sois tan ilustrada...

Clemencia hizo un marcado gesto de indignación y de impaciencia.

—Pero, señora, se apresuró á añadir Sir George: yo respeto todas las opiniones, todas las creencias, todas las convicciones.

—Poco os agradezco, pues, que respetéis las mías, repuso Clemencia con animación, y no puedo devolver igual obsequio, pues en punto á las religiosas condeno las que no son las mías, porque sobre cuanto toca á las cosas de los hombres, es éste libre de su juicio y dueño de su fé; en cuanto á las de Dios, la disidencia es la rebeldía.

—Respeto también vuestro fallo condenatorio, repuso Sir George impasible, con aquel orgullo, aquella soberbia y aquel desprecio del impío que se trasluce al través del simulacro de decoro y compostura que tan mal los encubren.

—Más aprecio demuestra mi condena que vuestro respeto, Sir George, dijo dolorosamente herida Clemencia.

—¿Cómo es eso, señora?

—Porque dáis el santo nombre de respeto á la indiferencia y quizás al desdén; y estos son nacidos de falta de fé y de la inepta duda.

—¿Por qué llamáis, repuso Sir George sin alterarse, á la duda inepta? Un autor muy favorito vuestro, Leon Gozlan, ha dicho que la duda es la más bella mitad de la convicción.

—Cuando es vencida, pero no cuando reina. Además, mis amigos y favoritos, añadió Clemencia con viveza, pueden decir alguna vez grandes *nonsens*, sin por eso dejar de serlo.

Al oír á Clemencia pronunciar esa palabra inglesa que significa disparate, y que él mismo la había enseñado, al sentir traslucirse en esa frase la bondad angelical de Clemencia, al través de su marcada incomodidad, Sir George se sonrió con una infinita dulzura y delicadeza, con que á veces sabía hacerlo.

—Leed más bien sobre estos puntos, prosiguió Clemencia, á otro autor moderno francés, Octavio Feuillet, autor lleno de fe, y de fe genuina y caliente, como por suerte nunca les ha faltado á los franceses. El os dirá: «la duda es fácil y débil, es la impotencia y la puerilidad». Y en otro lugar: «todo es más racional que la duda».

—¿Habéis leído la novela que publica el diario de?... preguntó Paco Guzmán para cortar

una conversación que veía que agitaba á Clemencia, y en la que él por indiferentismo, y el Vizconde por consideración, no habían tomado parte.

—No me gusta, respondió Clemencia, por que su objeto, sin mala intención por parte del autor, pero por falta de buena, no es moral, y este fin ú objeto que debe estar aún más en el espíritu que en las palabras, es á mi ver el que debe tener toda novela, según lo practican los ingleses generalmente.

—Pero, exclamó Paco Guzmán, vale mucho, tiene un magnífico estilo.

—No digo que no, Paco, pero el hábito no hace el monje.

—¡Pues qué! ¿llamáis al estilo un hábito, señora? ¿El estilo, que es uno de los primeros dotes de un autor?

—Antes de todo precisemos qué es lo que llamáis estilo, pues creo esa palabra, si no ambigua, al menos de un sentido tan lato ó arbitrario, que cada cual la entiende á su modo. ¿Es la manera peculiar de expresarse del autor, ó es el modo correcto y gramatical de manejar el idioma?

—Señora, creo que el estilo lo forman en

iguales partes la dialéctica, la sintaxis y la lógica.

—No lo define así el grave y clásico Diccionario, cuando dice que «es el modo y forma de hablar de cada uno», repuso Clemencia. No lo define así tampoco un crítico de gran entendimiento y de gran práctica literaria, que, bajo el seudónimo de lector de las Batuecas, ha escrito en *El Herald*, cuando dice: «Creemos que en materia de estilo, lo esencial para un escritor es tener uno suyo propio, espontáneo, que no se confunda con ningún otro, que viva por sí.» Yo os daré algunas obras, Paco, en cuyo estilo están perfectamente observadas las reglas de la dialéctica, de la sintaxis y de la lógica, y apostemos un ramo de flores contra una libra de dulces, á que no concluís su lectura. ¿Qué pensáis vos, Vizconde?

—Pienso como vos, señora, que no es sólo en España, donde cada cual da un sentido, que varía, á esta voz. Sin cansaros con muchas citas, referiré algunas para probar este aserto. El gran Buffón, dice: *El estilo es el hombre*, y creo es de las más poéticas y espirituales que se han dicho, y no entendáis que quiero decir con esto *spirituel*, palabra que he

visto traducida de esa suerte, siendo así que lo que entre nosotros se llama *esprit*, es una cosa que vosotros con vuestro brillante caudal de voces, y como muy práctico en la materia, subdividís en las categorías de agudeza, gracia, chiste, chispa, talento é ingenio, que todas forman parte ó son nacidas del entendimiento, que es en francés *esprit*. Decía, pues, que al decir Buffon *el estilo es el hombre*, en lugar de materializarlo en un objeto confeccionado por el arte y las reglas, lo hace una inspiración, y tan peculiar al hombre como la bella voz que sale de la garganta del ruiseñor. Un excelente crítico moderno lo define, «regla del buen gusto en el arte de expresarse.» El eminente Balzac dice claramente, que «el estilo no está en las palabras, sino en las ideas,» y creo que este gran escritor—que crecerá á medida que pase el tiempo como todo profundo y elevado árbol—era juez en la materia. Lamartine dice que «la mujer no tiene estilo, y que esta es la razón por lo que todo lo expresa tan bien»; de lo que se puede inferir que si bien el estilo es cosa que se aprende y sujeta á reglas, no es necesario para decir bien, al contrario, expresaría mejor una idea la perso-

na á quien no sujetase esta regla. Por lo que á mí toca, entiendo que el estilo es á la expresión, lo que es la poesía al pensamiento. Creo á ambos hijos de la inspiración; y así como, según dice el afamado Bullver, hay poetas que nunca han soñado en el Parnaso, creo que hay estilos que nunca se han modelado en la Academia. El mismo Voltaire, ese famoso Aristarco, ha dicho que el estilo de Mad. de Savigné es la mejor crítica de estilos *estudiados*.

—Decís bien, Vizconde, y definís la idea que en mi vivía muda. La verificación es el arte, la poesía la inspiración. Y así como por más que digan nuestros *grandes jueces*, hay según dice Bullwer, poetas que nunca han soñado con el Parnaso, y eminentes versificadores que nos admiran, sin ser por eso poetas; así también hay admirables lengüistas con mal ó pesado estilo; y estilos que encantan por su gracia, su elegancia, su originalidad y chiste, sin tener la ventaja del perfecto lenguaje.

—¿Habéis visto, el nuevo drama, Clemencia? dijo Paco.

—No lo he visto pero lo he oído, contestó ésta.

—¿Y qué os parece?.... ¿os gusta?

—Me gusta y no me llena.

—Es disparatado, opinó Sir George.

—¡Ya!... como que no es clásico. El señor don Jorge, Clemencia, es un clásico intolerante, como vos una creyente ídem: para el señor no hay perfección en literatura, sino en lo clásico, como para vos no hay perfección en la fe, sino en la del carbonero.

—Venero las tragedias clásicas como la más perfecta muestra del arte imitado del griego, ¿no opináis así, señora? dijo Sir George.

—No me simpatiza ese teatro, contestó Clemencia: esas palabras religiosas sin fe, esa pasión tosca sin corazón, ese heroísmo sin afectos, esas palabras tan compasadas en asuntos que lo son muy poco, me hacen mal efecto, y se me figuran Aspasia y Safos, vestidas de vírgenes cristianas. Son, á mi entender, afectadas; y todo lo que pierde la naturalidad, pierde la senda del corazón. Esta es mi pobre opinión de mujer, que se forma por impresiones más que por exámenes artísticos; mi sentir; que suena como el arpa eólica, á la ventura del aire que la penetra.

—¿Os gusta nuestra literatura, señor Vizconde? añadió Clemencia.

—La antigua, con extremo; la moderna casi toda mucho, siempre que no es una imitación de la nuestra.

—Eso pasa por señal de buen tono, dijo Clemencia sonriendo.

—Señora, contestó el Vizconde, así como se ha dicho que el mejor de los cálculos es ser hombre de bien, se puede decir que el mejor tono en España es ser español; y con tanta más razón cuanto que sería difícil hallar una nacionalidad más genuinamente fina y elegante que la española. No hay cosa peor que seguir; el que sigue, se queda atrás; se imita un camino de hierro, el vestir, y bien ó mal, aun una forma de gobierno; pero no se imita una nacionalidad! Lamartine llama á la imitación el Mefistófeles del genio naciente y abortado.

Abrióse la puerta y apareció D. Galo, resplandeciente de satisfacción, con un enorme ramo de violetas en la mano, el que puesto en la tercera posición, doblando el codo, presentó á Clemencia.

—Don Galo, exclamó Sir George, esto pertenece á los bellos tiempos de la galantería que hacía milagros. ¿De dónde han salido esas violetas, que yo hubiese pagado á peso de oro?

—Pues á mí sólo me han costado correr hasta Rasca-Viejas, en donde se halla un jardín en que sabía que las había tempranas.

—Por las cuales os habrá rascado bien el bolsillo una vieja en Rasca-ídem, dijo Paco Guzmán al oído á D. Galo.

—¡Qué! no por cierto, contestó éste, aunque las había pagado bien caras.

—Confieso que os envidio, señor de Pando, dijo el Vizconde.

—Es una galantería clásica, una galantería modelo, añadió Sir George.

—Yo no llamo á esto una galantería, opinó Clemencia; lo llamo una delicada prueba de amistad, y como tal la agradezco. ¡Ir en una noche como esta hasta aquel barrio tan extraviado! Así es que estáis sin aliento.

—Es que he vuelto de prisa para llevaros á casa de la Marquesa; son ya las nueve y media; Paco se va ya.

Efectivamente, éste se despedía.

Sir George y el Vizconde no se movieron.

Hubo un rato de silencio, al cabo del cual dijo Clemencia á D. Galo:

—Amigo mío, no saldré esta noche.

—¿No? ¿Y por qué?... ¿Estáis indispuesta? preguntó éste.

—No es por eso; pero está mala la noche: oid como gime el viento en el cañón de la chimenea.

El Vizconde se levantó y se despidió, saludando, sin hablar una palabra.

D. Galo se había levantado y pegado el rostro á los cristales, interceptando con ambas manos la luz del reverbero que le deslumbraba; y observaba la noche.

—¿Con que no queréis que os acompañe, Clemencia? preguntó Sir George, volviendo á tomar su tono natural, ameno y cariñoso.

—No señor, preciso es decirlo, pues no es basta como al Vizconde, que lo demuestre.

—Gracias, señora, dijo friamente Sir George.

—Esto no merece ni agradecerse ni sentirse: los miramientos dirigen las acciones de una mujer, así como las simpatías sus sentimientos.

—Pues.... ¿no decíais ahora poco que la independencia moral de las españolas no sufría andaderas?

—Sí señor; pero el tacto de una mujer con-

siste en graduar lo que son trabás, y lo que son santos yugos.

—Clemencia, dijo D. Galo, la noche está hermosa, todas las estrellas están en el cielo menos dos.

Don Galo ostentó su más galante sonrisa.

—Si en lugar de madrileño fuéseis andaluz, habrías hablado de soles, dijo Sir George con su seria burla.

—¡Cómo se nos va españolizando este hijo de la noble Inglaterra, nuestra buena aliada! observó con satisfacción D. Galo: no me inglesaría yo tan pronto en Londres, no.

—Esto me hace recordar, repuso con su im-
pasible ironía Sir George, el que en una oca-
sion un príncipe y un criado cambiaron sus
papeles: el criado no fué reconocido al hacer-
se príncipe; pero éste lo fué al hacerse cria-
do, lo que prueba que es más fácil subir que
bajar.

—¡Luego dirán que los ingleses no son finos
ni corteses! exclamó admirado D. Galo, lejos
de notar la ironía. Lo que decís es un cumpli-
do tan fino, que ni el Vizconde se hubiese ex-
plicado con más delicadeza. Clemencita, si no
venís, me retiro, aunque me pesa de veras de-

jar tan buena compañía; pero la lotería estará impaciente con mi tardanza.

—Mil veces os he dicho, Sir George, dijo Clemencia cuando estuvieron solos, que gastáis en balde vuestra refinada ironía; por desgracia yo soy la sola á quien llegan y hieren sus tiros. Buenas noches, Sir George.

—Señora... ¿me echáis?

—A esta hora salgo ó cierro la puerta de mi casa.

—¿No queréis hablar conmigo un momento siquiera, libre de las trabas de esos importunos, que me hacen estar en vuestra presencia frío como un extraño, cuando sólo quisiera estar á vuestros piés como el más apasionado amante? ¿Me aborrecéis, pues, Clemencia?

Al ver á aquel hombre tan bello, tan superior, tan distinguido y tan altivo á sus piés, sintió Clemencia que le amaba; pero se retrajo, como el que bajando una suave cuesta sembrada de césped, se pára á ver, antes de seguir su impulso, á dónde le conduce; ó como el joyero que al ofrecerle una alhaja que le deslumbra, se detiene antes de pagarla, para averiguar si es falsa ó no.

—Sir George, contestó trémula, aunque

sintiese un profundo amor nunca esté me llevaría á hacer una cosa que pudiese ser notada ó mal vista.

—Eso es una cobardía, señora, exclamó á la vez irritado y desalentado Sir George.

—Calificado como gustéis.

—No me gustan las mujeres cobardes, señora.

—¿Qué os parecería, Sir George, si yo os dijese que no me gustan los hombres valientes?

—Que os burláis de mí.

—Pues puedo creer que eso mismo estáis haciendo conmigo.

—No es exacta la comparación.

—Son idénticos en su resultado, Sir George, la espada que defiende y el broquel que resguarda.

—¡Qué dolor, Clemencia, exclamó éste, que con vuestra superioridad y talento conservéis preocupaciones de convento!

—No me pesan.

—Debo, pues, partir.

—Sí, si no queréis motivarme y obligarme á suspender el placer que tengo en recibirlos á mis horas señaladas.

Sir George salió sumamente mortificado,

culpando la pusilánimidad de Clemencia, indigna de una mujer de carácter; pero más, no diremos apasionado, sino más excitado que nunca.

—Tiene, se decía, unos principios de virtud sencilla y sin ostentación, pero fijos como el imán; nunca se dejará arrastrar por su corazón, ni atenderá al hombre en quien no mire su marido: vos lo sabéis, Vizconde, y estáis en azecho, pues me creéis incansable; aguardáis mi derrota ó mi desistimiento; pero ignoráis que me ama, y que soy tan buen apreciador de joyas como vos. Señor Vizconde, el que ha de desistir sois vos.

CAPITULO IV

Alegria, aunque no necesitaba pretextos para salir de su casa y abandonar el cuidado de su madre á su hermana y el de sus hijos á las amas, cuando alguno se le presentaba le acogía presurosa: así un leve resfriado que habia tenido Clemencia, fué el que le sirvió para ir á casa de ésta una prima noche.

—Pertenece á la clase de mujeres desalmadas que se confiesan á sí mismas coquetas, en vista de que el espíritu de imitación francés no sólo ha adoptado la palabra, sino también el vano y frívolo espíritu que la erige casi en una elegante gracia social.

Pero pertenece también, sin ella confesarlo, á la más perversa variedad de la especie, esto es, á aquella que como medio más eficaz y enérgico de atraer á los hombres, no les demuestran sólo el deseo de agradarles, sino que

por más seguridad, toman la iniciativa, les demuestran que ellos les agradan á ellas. A esta seducción resisten fácilmente los hombres delicados y de mérito, para los que una mujer que baja de su elevado trono se desprestigia completamente; pero en hombres vulgares, en hombres vanos y sin mundo, que tienen la buena fe ó necedad de creer que ese amor puesto en feria lo es únicamente á su intención, y nacido de un irresistible y apasionado impulso hacia ellos; hombres noveles que no conocen aún que á la mujer que pierde lo morigerado y el orgullo propio de su sexo, pocas virtudes le pueden quedar, aunque las afecte; hombres poco expertos que no conocen que los papeles están trocados, y que la que busca, es porque no es buscada; para éstos, son tales mujeres temibles por poco que valgan; pues fingen todos los caracteres, todos los gustos y hasta todas las virtudes, haciendo cometer al hombre que cogen en sus perversas redes, toda clase de maldades, dándoles un interesante colorido. Y las leyes humanas son tan cortas de vista y toman tan poco en cuenta la parte moral de los delitos, que castigan al infeliz que robó un triste pedazo de pan para comer, y no han

pensado en castigar á la infame que introduce un puñal de dos filos en el corazón ajeno, y destruye la honra, la felicidad y la paz de una familia!

Alegría, como las mujeres de su especie, sentía hacia los hombres, en ludibrio de su sexo, la propensión que es propia de éstos hacia las mujeres, aumentada por la necia vanidad de verse rodeada de enamorados ó aspirantes, y el perverso anhelo de triunfar de otras mujeres, sobre todo si éstas valían más que ella. De esto resultaba que cuando no bastaba para lograr sus fines el hacerse seductora, se hacía provocativa, sin que la arredrase respeto divino ni humano.

Era en tanto extremo lo que la absorbían estas innobles pasiones, á que se entregaba sin reparo, que no conocía freno, ni se cuidaba de la profunda repulsa que causaba á las mujeres honradas, ni del menosprecio que inspiraba á los hombres que lo ocultaban en frases corteses y ligeras, tanto á causa de la falta de severidad de nuestra sociedad, como por consideración á su marido, hombre que, por su posición, y mucho más por su noble carácter,

era respetado hasta con entusiasmo por cuantos le conocían.

Entre los hombres de mérito que se hallaban reunidos en casa de Clemencia cuando entró Alegría, es de presumir que al que dirigiese sus tiros fuese a Sir George, á quien ya conocía, y que sospechaba ser el que Clemencia distinguía.

Apenas entró, cuando rehusando el asiento de preferencia que le brindaba Clemencia, buscó, como el matador en la arena, el lugar más propicio, y se colocó en frente de Sir George, mirándolo al principio con reserva, pero procurando que él lo notase, y viendo que ó no lo notaba, ó fingía no notarlo, acabó por clavar la vista en él con descaro.

Sir George era hombre que calzaba muchos puntos para que una coquetería tan vulgar y descocada lo pudiese seducir. Es probable que en otras circunstancias no habría sido tan desdeñoso un hombre corrompido, como lo era Sir George, pues la mujer que busca al hombre, tiene la fácil tarea de aprisionar al vencido; pero Sir George tenía demasiada delicadeza en su imaginación, para dejarla im-

presionar ante un ser que le llenaba toda, por otro ser que no alcanzaba á ocuparla; y que aún en circunstancias normales no habría sido para él sino un ligero pasatiempo. Tampoco era bastante novel para pensar en el mezquino medio de estimular por celos el nacimiento amor de una mujer como Clemencia; muy al contrario, conocía muy bien cuanto perdería á sus ojos si llegaba ella á comprender que acogía las provocaciones de una coqueta de la especie de Alegría.

La inalterable indiferencia de Sir George picó á ésta, que pasó á otra clase de agasajos más directos. No hubo pregunta que no le hiciese, afectando no contestar ni hacer atención á los demás que le hablaban ó se ocupaban de ella, para atender y ocuparse única y exclusivamente de él. Le instó á ir á Madrid, poniendo á Sevilla y á su sociedad en ridículo con lo más picante de la burla y lo más ágrío de la sátira: armas tan bien manejadas por ella; pero todos sus artificios se estrellaron contra un frío glacial, que solo se halla en los polos y en el continente de un inglés que lo quiere ostentar. Sir George, sin faltar á la más estricta finura, propia de los hombres de la so-

ciudad á la que él pertenecía, vengó tan cumplidamente á Clemencia de las perversas y traidoras intenciones de su prima, que ésta, en quien siempre predominaba la bondad, se sintió impulsada á desear que estuviese el hombre á quien amaba con vehemencia, menos seco y rechazador con su prima.

Clemencia nunca había sentido celos y tampoco nunca había comprendido que hubiese mujeres que provocasen á los hombres; y menos que esto lo hiciese una mujer casada.

Estas tristes cosas, que por vez primera vió y sintió, cubrieron su hermoso y franco rostro como con un velo de tristeza, que era muy sincera para ensayar el disimular su mal-estar con una alegría y animación ficticia.

Lo que motivaba esta suave tristeza, por no estar en antecedentes secretos, nadie lo comprendió sino el Vizconde, á quien partió el corazón, y Sir George, que se dijo:

—Mucho debo á la loquita Marquesa de Valdemar.

—¡Estáis triste ó preocupada contra vuestra costumbre, Clemencia! dijo D. Galo lleno de amable interés y de intempestiva desmaña.

—No estoy triste, D. Galo, pues gracias á

Dios no tengo motivo para estarlo, respondió Clemencia.

—¿Con que, dijo Alegría á Sir George, con que decididamente no vendréis á Madrid?

—No, señora.

—Si viniéseis yo sería vuestro cicerone, y os proporcionaría ver cuantas bellezas y riquezas tiene la corte, que son de un mérito tal, que se lo envidian vuestra soberbia Londres y el brillante Paris.

—Señora, há mucho tiempo que está extinguido en mí todo género de curiosidad. Clemencia, prosiguió dirigiéndose á ésta, ¿nunca habéis estado en Madrid?

—No, señor, contestó esta.

—¡Oh! exclamó entusiasmado D. Galo, que, como sabemos, era madrileño, es preciso que Clemencita vea á Madrid.

—Sí, sí, D. Galo, es preciso hacer que vaya, dijo Sir George; pediréis licencia y acompañaremos á la señora en este viaje.

—¡Me place! exclamó Alegría riendo y fingiendo lo mejor del mundo, benignidad y buena fe: ¿con que rehusáis lo que os brindo, y le ofrecéis eso mismo á mi prima?

—Marquesa, lo he hecho porque siendo sola

la señora, podrían quizá serle útiles mis servicios.

—Clemencia, estáis triste ó preocupada, dijo por tercera vez D. Galo con inquietud; ¿le duele á Vd. la cabeza?

—No, señor, contestó Clemencia sonriendo, si hablo menos que otras noches, es porque escucho más; no hay otra causa.

Sir George, primero que ninguno, y mucho antes que lo tenía de costumbre, se retiró por conocer cuán penosa era la situación de Clemencia, pues el hombre refinado en cosas de mundo y de delicadeza, aun cuando no ame con pasión, sabe con fino tacto hacer cuanto es grato, y lisonjea á la mujer á quien pretende agradar; puesto que la delicadeza, aun la adquirida en la esfera aristocrática del trato, tiene sutilezas tan exquisitas y tan dulces, que pueden equivocarse con las emanaciones del corazón, como un bien pulido cristal con un brillante.

Clemencia sintió al ausentarse Sir George un profundo sentimiento de bienestar y de gratitud hacia él, así como lo había previsto éste al irse.

Apenas se fueron las personas que acompa-

ñaban á Clemencia y ésta se halló sola, cuando vió entrar á Sir George.

Clemencia lanzó un sofocado grito de sorpresa.

—¡Oh! ¡no me riñáis! exclamó arrodillándose á sus pies Sir George; perdonad, perdonad. No he salido de vuestra casa; aburrido, fastidiado de esa mujer, que cual una pesada nube ante el sol, se interponía entre vos y yo, me alejé, entré en la galería que precede á los estrados, y allí pensando en vos, Clemencia, solo y sin importunos he aguardado este momento para deseáros sin testigos una noche tranquila. Nadie me ha visto, no temáis.

—Es, repuso Clemencia agitada, que no se trata de si os han visto ó no os han visto, sino de lo que habéis hecho: os habéis escondido.....

—¡Oh! ¡no, Clemencia, no! no deis mal nombre á una acción sencilla, pues lo que he hecho es solo alejarme de la sombra que se interponía entre vos y yo.

—Sin mi consentimiento...

—¿Queríais que os lo hubiese pedido?

—Sir George, dijo Clemencia con lágrimas en los ojos, abusáis de mi aislamiento; no

hubiéseis hecho eso si yo tuviese padre ó hermano!

—Clemencia, vuestro rigorismo excesivo os hace dar á las cosas un colorido que no tienen, y vuestra frialdad os hace juzgarlo todo con la severidad de un juez centenario. Sois libre, Clemencia; yo lo soy; os amo: ¿quién, pues, puede impedirnos, ni qué deber de moral nos puede retraer, á mí de decir que os amo, y á vos de escucharlo?

Clemencia aspiró cual si fuese á hacer una exclamación; pero se detuvo y calló.

—¿Me aborrecéis, pues, Clemencia?

Clemencia no contestó y bajó los ojos.

—Si no me aborrecéis, ¿á qué, pues, hacerme infeliz con esa impasible frialdad? ¿Qué os puede impedir amarme, si á ello os inclina vuestro corazón por simpatía ó por lástima? ¿Amáis por ventura á otro, y es esa la causa de que seáis tan inexorable?

—¡Ay! no, no, no, exclamó Clemencia á pesar suyo; á nadie amo.

—Pues, entonces, decidme al menos, ¿por qué me rechazáis?...

Clemencia calló un instante, y dijo luego con voz tan queda, que apenas se oía:

—Bien véis que no os rechazo.

—Pues decid que me amáis, exclamó enajenado Sir George.

Clemencia, tan conmovida que no acertaba á hallar palabras para expresar su sentir, movió su cabeza en señal de negativa.

—¿Por qué no, Clemencia? preguntó Sir George con voz dulce y tono suplicante.

—Porque, contestó ésta, no puedo pronunciar tan á la ligera una palabra que decidirá del destino de mi vida.

Sir George disimuló á la perfección un movimiento de despecho, y dijo en tono suave:

—Agradeceré menos lo que deba á la reflexión que lo que deba al impulso del momento, Clemencia.

—Decidme, Sir George, dijo ésta al cabo de un momento de silencio, ¿qué os conduce á amarme?

—Vuestra sin par belleza.

Sir George no daba esta respuesta aturdidamente; la creía de buena fe la más lisonjera á la mujer.

En el semblante de Clemencia se extendió una profunda expresión de melancolía al preguntar de nuevo con suave y triste acento:

—¿Y no me amáis por nada más, Sir George?

—¡Oh sí contestó, os amo además porque nunca hallé unidos como lo están en vos, la delicadeza en el sentir y la gracia en el pensar.

¡Cuánto lisonjean en el corazón de la mujer las palabras del hombre á quien ama aunque no llene sus exigencias! ¡Cómo rechaza la voz que desde su íntimo ser le grita: *No es eso!*

La inocente razón de Clemencia no hallaba causa para desconfiar del amor de Sir George, y no obstante, su instintivo sentir no estaba satisfecho. En este tira y floja en que se agitaba su alma, no hallaba motivo que justificase un desvío que hubiese sido para ella un sacrificio, pero tampoco hallaba concordancia que le inspirase confianza y arrastrase su asentimiento.

—¿Puedo al menos esperar? dijo Sir George con tono triste y desanimado.

Clemencia se sentía en aquel instante tan feliz y tan conmovida, que una sonrisa tan dulce como alegre, embelleció su rostro al contestar con su gracia benévola.

—¿No podéis esperar sin autorización? La esperanza es un deseo espontáneo, que como tal no há menester de estímulo; mas ahora, añadió con gravedad poniéndose en pié, ahora partid, Sir George, si no quereis que vuestras exigencias hagan mal tercio á vuestras esperanzas.

Sir George, satisfecho de las ventajas adquiridas, no quiso exponerse á perderlas chocando con la delicadeza de Clemencia, y obedió.

Mientras más trataba Clemencia á Sir George, y mientras más reflexionaba, más crecían los sentimientos encontrados que le inspiraba; y entretanto que su amor ascendía á pasión, sus recelosas zozobras llegaban á dolorosa angustia.

¿Quién decía á aquella *mujer niña*, que nada sabía de pasiones ni concebía fingimientos, en un país en que el invadiente extranjerismo no ha podido aún pervertir la franca nobleza del carácter nacional, ni introducir el horroroso arte de fingir, que las lágrimas que veía verter al hombre á quien amaba, no eran de corazón? ¿Quién, que todas aquellas demostraciones y extremos no eran hijos de una

verdadera pasión? ¿Quién, que aquellas palabras tan ardientes no eran sentidas? La gran sinceridad de su alma; pues en punto á sentimientos, nada es más difícil de engañar que la sinceridad; puesto que desde luego echa de menos su reflejo.

CAPITULO V

No llevaba Alegría al salir de casa de Clemencia tan ofendido su amor propio y tan picada su vanidad como podría pensarse de una persona de su índole y pasiones. Esta clase de mujeres tienen sobre las que carecen de lauros y apasionados, la desventaja de sufrir á veces gran cosecha de desengaños, cuando no de desdenes ó de ridículos, de que están libres las otras.

Paco Guzmán, con quien estaba en relaciones de amor, había entrado en casa de Clemencia antes de haberse despedido Sir George, había notado el juego de Alegría; se había encelado, y esto había sido para ella un goce que compensaba su *fiasco* en la emprendida conquista.

Salió acompañada por él, á pesar que sabía que aun antes de casarse, el marqués había tenido celos de este su apasionado.

Apenas se hallaron en la calle, cuando prorrumpió Paco Guzmán en amargas quejas y recriminaciones.

Alegría se echó á reir, lo que exasperó más á Paco.

—No has mudado, no, exclamó irritado. Sí, tu placer ha sido siempre reir del mal que causas.

—Río, repuso Alegría, de la idea de que pudiese semejante varal con su cara de pero de Ronda gustarme á mí.

—No has hecho sino dirigirle la palabra.

—Porque me divierte en extremo oírle pronunciar el español; no me he reído en sus barbas por la negra honrilla de dama de la corte.

—Pero le has invitado á ir á Madrid.

—Por hacer rabiar á Clemencia, á la que no creo le parezca el tarasco costal de paja. Además, Paco, añadió Alegría con descarado cinismo, ya sabes que soy coqueta; me gusta, sí, me gusta mucho que todos me miren y se enamoren de mí; me gusta que rabien las demás: ¿qué te importa añadió con zalamería, si sabes que tú eres el hombre que llena mi corazón, mi capricho, mi gusto y mi va-

nidad, al que solo he querido siempre, quiero y querré? Nada borra un primer amor, Paco mío; mi madre me casó con el alma de Dios de mi marido sin consultarme; cuando le hablé de tí, quiso enviarme al campo como á Constanca;—me amedrentó;—el escándalo me asombró; soy dócil,—cedí, pero ceder no era arrancar de mi pecho mi primero, mi solo amor.

Todo lo antedicho, era como colegirá al lector, falso y mentido.

Alegría se llevó el pañuelo á los ojos.

—Si vieras, añadió con voz de llanto, ¡qué de sinsabores me ha costado el haber ido á tu cita la otra noche, y de qué mentiras he tenido que valerme para disculpar mi larga ausencia! Tú nada de eso tienes que sufrir; por eso siempre te dije que yo te quería más que tú á mí, pues de ello te doy más pruebas.

Los amantes iban tan ensimismados y embebidos en lo que hablaban, que no vieron á un hombre embozado, que parado había estado frente al zaguán de Clemencia, y los venía siguiendo.

Cuando entraron en casa de la Marquesa, estaban completamente reconciliados. Alegría

afectaba aún un airecito melancólico, como el de la inocente víctima de una injusticia y de una triste suerte.

Paco Guzmán estaba más alegre, más petulante que nunca.

Aquella noche la Marquesa no se había recogido aún, y estaba sentada en un sillón: á su lado estaba tranquila é impasible, como siempre, su hija Constancia.

Alegria entró primero, pretextó dolor de cabeza, y se sentó al brasero. Enseguida de ella entró D.^a Eufrasia, poco después Paco Guzmán.

Al verle D.^a Eufrasia, que le conservaba toda su ojeriza, dijo á Constancia á media voz:

—¡Vaya un disimulo!..... Con tu hermana venía, que yo los ví.

—Nada de extraño tendría, contestó ésta.

—¿Con que nada de extraño tendría? repuso la severa dragona: vamos, hija mía, parece que tienes confesor de manga ancha. Sabes que su marido no quiere que se acompañe con él y la mujer que no hace lo que quiere su marido, cate Vd. ahí un *divursio*.

—Cambio de ministerio, dijo Paco Guzmán

después de saludar y de informarse del estado de la marquesa.

—¡Qué importa! contestó la pobre señora suspirando.

—Salir de *sillas* y entrar en *Caribes*, exclamó doña Eufrasia, que quería decir Scila y Caribdis.

—¿Qué le han hecho á Vd. los ministerios que los pone de caribes? preguntó Paco Guzmán.

—¿Qué me han hecho ¡pues no es nada! ¡el día del juicio lo verán, pícaros! ¡ladros! ¿Y usted los defiende? Será por espíritu de *contra-posición*.

—Los defiende á capa y espada; se ha hecho en extremo ganso y vulgar criticar á los gobiernos. Nadie de buen tono lo hace. Pero Vd. señora, ¿por qué arma contra ellos sus formidables baterías, de que habla Napoleón en sus Memorias? ¿Qué han hecho á Vd. los ministros, esos pobres Atlantes?

Doña Eufrasia levantó al cielo sus redondos ojos sin contestar.

—¡Que no le pagan! claro está; dijo con impaciencia la marquesa.

—¡Ah! ¡ya! ¿la viudedad? exclamó Paco Guzmán. ¡Ay! ¡las viudas! ¡qué plaga! ¡En el

mundo hay un país con más viudas que España! son éstas aquí innumerables, son inmortales, son dobles, pululan, se multiplican: cada militar deja un ciento, cada empleado una docena. No hay presupuesto que alcance á pagar las viudedades: son el pozo Airón de las rentas del Estado; me desespero en pensar que las contribuciones tan crecidas que pagamos, en lugar de ser para hacer carreteras, son para tanta viuda, á cual más inútil, que viven de nuestra sangre como sanguijuelas monstruos. Debería haber un sabio y económico Herodes que dispusiese un degüello de inocentes viudas.

Fué tal el asombro é indignación de doña Eufrasia al oír esto, que por primera vez en su vida depuso el aire marcial é indomable para tomar el de víctima, y exclamó con énfasis:

—Hasta ahora el huérfano y la viuda, si bien no habían sido pagados, habían sido tratados en el mundo con gran consideración y lástima; pero en el día hasta eso se pierde. ¡Señor, ya nada va á detener tus iras! y el fuego del cielo caerá sobre España como sobre Coloma.

—Señora, prosiguió Paco Guzmán, cuando

sea diputado, propondré, para remediar la plaga de viudas que nos aflige, el establecer aquí la sabia costumbre que existe en el Malabar.

—¿Y cuál es esa costumbre? preguntó doña Eufrasia, á la que interesaba en extremo todo proyecto concerniente á este asunto.

—Señora, en aquel sábio país, cuando se muere un hombre que tiene esposa...

—Bien ¿qué?

—A esta interesante viuda...

—Bien ¿á esa interesante viuda?...

—No vayáis á pensar que se le busca otro marido, eso no.

—¿Pues qué se hace?

—Se le enciende una hoguera.

—¡Una hoguera!!! ¡Vaya una idea! ¿Y qué se le remedia con eso?

—Todos sus males.

—¿Sí?

—Sí; pues en esa hoguera se quema ella.

—¡Jesús, María y José! exclamó D.^a Eufrasia, poniéndose las manos en la cabeza, ¡qué herejía! ¡qué barbaridad! ¡qué sacrilegio! Eso clamaría al cielo si fuese verdad; pero como se miente hoy día más que lo que se dá por Dios, no hay que creerlo.

—¡Vaya si es verdad! y es lo más sabio que he oído en mi vida. En aquel país, modelo de delicadeza conyugal, toda viuda honesta se avergonzaría de sobrevivir á su marido.

—Si se encendiesen las hogueras para los embusteros, y fuesen allá por grados, me parece que iría usted el primero, repuso doña Eufrasia dejando el tono sentimental y declamatorio.

—No miente, mujer,—dijo con displicencia la Marquesa, como para cortar la disputa que le fatigaba oír;—me han dicho que eso se hace allá entre unos salvajes que no son cristianos.

—¡Ya! ¡cómo habían de serlo! exclamó doña Eufrasia; pero no quita que Paco Guzmán, que tampoco lo es, sea capaz de aconsejarlo en esa *Samblea* de Madrid, á la que solo faltaba esto para coronar sus herejías y disparates. ¡Y luego nos vendrán hablando de la Inquisición! Esa quemaba á los judíos que no se querían convertir, ¡bendita sea su alma! pero pensar en proponer quemar á las viudas, porque eso se hace allá en *Malapar* ó en los quintos infiernos, hasta allí podía llegar el espíritu de *mitación*. ¡Oh! si Matamoros viviese! ya vería esa *Samblea* para qué había nacido. ¡Here-

jes! ¡desalmados! Pues oiga usted, Paquito, á Vd. no le disgustan las viudas; y ahora un mes andaba Vd. tras de una que bebía los vientos; yo todo lo sé, ¿está Vd.?

—Pues ya se ve que me gustan las viudas: como que no soy Ministro de Hacienda; me gustan siempre que sean posteriores á la guerra de la *pendencia*, contestó Paco Guzmán, al que no había hecho gracia ninguna la observación de D.^a Eufrasia, la que aludía á Clemencia.

—Constancia, dijo la Marquesa, hoy me ha sentado mal el caldo; tenía grasa.

—Madre, yo misma lo colé por un pañito mojado.

—Nunca para tí llevo razón en nada de lo que digo. Bien, no me volveré á quejar, aunque me traigas agua sucia en lugar del caldo.

—No, madre, no, mañana lo colaré por una bayeta.

—Vamos á acostarme, que me siento muy fatigada; aunque le toca velarme á Andrea, no te desvíes de mí, ¿estás?

—El cuidado será mío, madre.

Constancia agarró el brazo de la enferma con el mayor cuidado y suavidad.

—Jesús! ¡qué manos tan duras tienes! le dijo ésta; ¡cómo me oprimes!

—Temía que se cayese Vd., madre: está usted tan débil...

—Ya: pero el remedio es peor que el mal. Eufrasia, dame el brazo; que mi hija es muy torpe.

Doña Eufrasia ayudó á Constancia: Alegría no se movió y aprovechó el rato que estuvieron solos para hacer una escena á Paco Guzmán, á la que dió motivo la alusión á la viuda que había hecho doña Eufrasia. Alegría acertó que se refería á Clemencia, y dijo de su prima cuanta maldad se le vino á las mientes.

Entraron en seguida D. Galo, D. Silvestre y las otras personas que aún se reunían en casa de la Marquesa, las que aquella noche echaron de menos al Marqués de Valdemar, que no concurrió.

Alegría estaba inquieta.

—¡Es cosa rara! dijo de repente D. Silvestre.

—¿Qué cosa? preguntó escamada Alegría.

—Que hace tres días que no se ha visto el sol ni poco ni mucho.

—Se habrá perdido, contestó con impaciencia Alegría.

—¿Qué tiene Vd., Marquesa? Me parece que está usted distraída, dijo D. Galo.

—Puede que lo esté; es el estarlo el mejor modo de pasar un su tiempo en Sevilla, repuso Alegría.

—Vamos: que será porque tarda el Marqués; no se inquiete Vd. por eso: algún amigo lo habrá entretenido en el casino; ¿quiere Vd. que vaya á verlo?

—Pues eso faltaba! repuso Alegría. ¿Piensa Vd. acaso que tema yo que se haya perdido, como parece temerlo D. Silvestre del sol, ó que padezca de eclipse perpétuo? contestó con burlona y acerba risa Alegría.

A la mañana siguiente entró Alegría afectando buen humor en el cuarto de la Marquesa.

—Madre, dijo después de haber tocado otros puntos, ayer recibió Valdemar noticias de Madrid, que hacen allá su presencia urgente: así es que ha partido esta mañana. Me encargó decir á Vd. que no se despedía, por ser siempre tristes las despedidas, sobre todo en el estado delicado de salud en que se halla Vd., y

porque volverá conforme se lo permitan sus asuntos.

La Marquesa había oído lo que decía su hija sin que le llamase mayormente la atención; pero Constancia palideció atrozmente.

—Dios quiera que vuelva pronto! dijo la enferma, pues me acompañaba mucho y me veía, lo que tú no puedes. ¿Por qué no me has traído los niños?

—Se los ha llevado, respondió Alegría.

—¡Que se los ha llevado! exclamó su madre.

—Sí señora; así lo exigía su abuela que quería verlos, y como él se pasa de buen hijo, ha complacido á su madre, aunque yo hubiese preferido que se hubiesen quedado.

—Se pasa de buen hijo, sí, y de buen yerno también, dijo la marquesa.

Constancia se había acercado á una cómoda en que se hallaba una botella de agua, había llenado un vaso, y se lo llevaba con mano trémula á los labios. Lo tenía previsto antes y ahora lo comprendía todo.

Cuanto había dicho Alegría era falso: Constancia tenía esa convicción; lo que era cierto y callaba era el contenido de esta carta que halló por la mañana sobre su tocador.

«Señora:

»El hombre puede y debe perdonar: es el perdón virtud tan noble y generosa, que por eso solo se practicaría aun cuando no fuese un deber cristiano. Pero el hombre no puede volver á hacer suya la mujer que lo ha sido de otro, el vínculo que fué profanado, dejó de existir, autorizado el ofendido á disolverlo por las leyes humanas y por las divinas é impulsado á ello por su corazón, así como por su honor.

»No quiero, no obstante, que en el caso presente lo publique un escándalo, pues la sangre nada lava, nada borra, y mancha la conciencia: tampoco quiero que lo disimule una hipócrita ocultación; la ausencia salva ambos extremos. Nada faltará á la madre de mis hijos, sino el respeto de éstos, á que no es acreedora, y el aprecio de su marido de que no es digna.

VALDEMAR».

Alegría, al leer la carta lloró mucho, no lágrimas de dolor, ni de arrepentimiento, sino de despecho y coraje, porque perdía su bella

posición; pero como mujeres del carácter de Alegría, ni aún cálculo tienen, después de desahogar su primera impresión de despecho, se sosegó, y bajó serena, como se ha visto, al cuarto de su madre. Lo que pintamos no parecerá verosímil ni menos real... y lo es. No es siempre cierta la general creencia de que las maldades tengan hondas raíces; las hay sin raíces, porque no las necesitan para medrar, siendo parecidas á las plantas del coral, que crece por su propia virtud con nuevas generaciones de pólipos que engendra, como aquellas con nuevas cáfilas de maldades que brotan las unas de las otras.

Cuando el mundo ve efectos, cuyas causas ignora, se las supone indefectiblemente desfavorables, aunque no lo sean: así no era de esperar que la repentina ausencia del marqués que se llevaba á sus hijos, ausencia tanto más extraña en el estado en que se hallaba su suegra, y en un hombre cuya alta posición social le eximía de toda clase de obligaciones, se interpretase candorosamente del modo que deseaba Alegría. No solo se supuso la verdad, sino que se adornó con todos los requilorios que fragua la maledicencia.

Paco Guzmán, desesperado por lo acaecido, partió por respeto humano para Extremadura. Alegría se ofendió de esta prueba de consideraciones sociales y de respeto á ella, y trató de buscar quien la consolase de ausencias. Paco Guzmán llegó á saberlo; se indignó, pero se afectó poco: la razón le había llevado á arrepentirse de sus criminales amores; la noble conducta del marqués cuyo digno papel hacía en esta ocasión tan despreciable y odioso el suyo, le había avergonzado, y sobre todo la ausencia le había enfriado.

Pertenecía Paco á una clase de hombres poco comunes en España, pero que no obstante se enueñtran. Era todo en él efervescente, y nada era profundo: todo vehemente, y nada duradero. Pasaba su sentir en todas cosas de ja calentura al marasmo sin gradación. En el primer momento se dejaba llevar á todos los extremos buenos y malos; pasado aquél, cual la vela á que falta el viento, caía inerte. No echando en él raíces ningún sentimiento, no se habría hallado enemigo más inofensivo; pero, como amigo, dejaba mucho que desear; pues si no conocía el rencor, tampoco conocía la gratitud, que es el sentimiento de raíces

más profundas. No había ninguno que tuviese menos estabilidad, no sólo en su sentir, sino también en su pensar. Cada día un observador habría notado en él una nueva faz, no por cálculo ni por estudio, como se ve en muchos que guían las circunstancias ó la ambición, sino por la naturalidad, pues era sincero, y aun cínico, así en sus afectos como en sus indiferencias, no honrando lo bastante la opinión ajena para contrarrestar con la fuerza de su voluntad, ni la apatía ni los extremos á que se entregaba. Olvidan tan de un todo estos hombres, lo que han hecho, dicho y pensado, si llega á perder para ellos su interés y su actualidad, que extrañan, y se ofenden que alguien, aunque sea el ofendido, pueda conservar el recuerdo de lo pasado, que se sumió para ellos en la nada. En tales hombres, sin lastre (y los hay que parecen hasta graves), nada malo se arraiga, y nada bueno se estabiliza: así es, que instintivamente nunca inspiran á los demás, ni repulsa acerba, ni confianza entera; por lo que jamás tienen ni enemigos encarnizados, ni amigos consagrados. Su buen sentido (si lo tienen), alcanza siempre una fácil victoria en estos hombres, cuando lo escu-

chan; pero en cambio no conoce su corazón el grande y verdadero contrapeso del mal, el solo que puede borrarlo el arrepentimiento; porque con la ligereza de su sentir, dan poco valor á la maldad, y no gradúan lo profundo de las heridas que han hecho. Creen que en la ingenuidad y la buena fé que hay en confesar una culpa pasada, basta para borrarla y este es un error grande y grave. Ni Dios ni el hombre bueno perdonan, si á la culpa no sigue manifiestamente el arrepentimiento.

El arrepentimiento es condición precisa al perdón, y este gran mérito, es hermosa reacción, este enérgico repudio á la culpa, es por desgracia muy poco común. Y no se crea que es esto una paradoja, no. En los unos, la gran ligereza le seca apenas nacido; en otros, el amor propio lo ahoga en germen, y en otros, ¡ay! la falta de moral lo desconoce y lo rechaza. Nuestra santa y sabia Madre, la Iglesia, comprendió esto, y por esto instituyó el tribunal augusto de la penitencia obligatoria, pues sólo allí se siembra prácticamente la verdadera, salutífera y productiva planta que purifica el corazón: sólo ese santo tribunal, cual la vara de Moisés, hace brotar de una dura peña

las aguas que han de lavar nuestra conciencia. Y dicen á esto los seides del protestantismo y los fríos y flojos apóstoles del indiferentismo:—¿á qué santo ir á confesar sus culpas á otro hombre como nosotros? Basta confesárselas á Dios. ¡Oh cortedad de vista del orgullo! tanto más deplorable, cuanto que es voluntaria en aquellos cuya vista alcanza á poder divisar el elevado origen de todas las instituciones de nuestra santa Religión católica, que cual el sol atraviesa los siglos sin perder su eterna luz, su calor constante! ¡Y llamarán los hijos del siglo de las ficticias luces, *reacción* á las voces que gritan y gimen contra la tendencia que se afana en desolemnizar cuanta creencia y culto conserva el hombre en su alma, y cuanta poesía conserva en su corazón! ¡Dios santo! ¿dónde querrán llevarnos los enemigos de la Religión y de todo lo existente, que empezando por los filósofos del siglo XVIII, y pasando por Marat, Robespierre y Proudhon tremolan el rojo pendón?

CAPÍTULO VI

Una de las tertulias que frecuentaba don Galo á prima noche era la de la señora doña Anacleta Alcalde de la Tijera.

Era la dueña de la casa una de las mujeres que su mal instinto lleva á complacerse en hablar mal de todo el mundo, como lleva el suyo al vampiro á nutrirse de la sangre que ávidamente absorbe; sin saciar su ánsia.

El que llevaba una censura, una murmuración, un chisme ó una calumnia á casa de la señora de la Tijera, era recibido por ella en palmas, así, como aquel que se atrevía á sacar la cara en defensa de un amigo ó de la verdad, era contradicho con acritud y recibido con burla.

La noche después de los sucesos que anteceden, entró D. Galo en casa de la referida señora, y se sentó al lado de su hija, que era

una linda joven de quince años, ofreciéndole su corazón, á pesar que Paco Guzmán lo había calificado de *D. Rehusado*.

—Don Galo,—dijo la joven con esa gran ligereza en el hablar que tienen la mayor parte de nuestras jóvenes, ¿qué me dice Vd. del lance de Alegría Cortegana?

—Nada sé, hija mía, contestó D. Galo.

—Podrá Vd. detenerse, pero no puede humanamente negar el hecho.

—Ni afirmarlo, tampoco, hija mía.

—Sois muy prudente.

—Decid más bien ignorante, Lolita.

—Vd. no sabe lo que no quiere saber.

—¡Ojalá! así no sabría por mi mal que una niña tan bella y tierna como sois, Lolita, hija mía, pueda tener un corazón tan insensible, tan cruel y tan inflexible.

—Don Galo, mientras estéis con lo sensible, y lo inflexible á pleito, os pronostico que no bailaréis bien la polka.

—¿Por qué no, hija mía?

—Porque lo sensible y lo inflexible tienen malos resultados en las piernas, y se caerá usted como la otra noche en aquella galop de funesta memoria.

—No fué culpa mía. Bien sabéis que Paco Guzmán atraviesa su bastón para hacerme perder el equilibrio. Paco siempre es el mismo; no piensa sino en travesuras, como cuando estaba estudiando; por cierto que era el más sobresaliente escolar de la Universidad.

—Solo que ahora son de marca mayor las travesuras, repuso riendo Lolita, aludiendo al lance de Alegría.

Entraron en este momento algunas personas, entre las que venía un oficial de lanceros, ayudante del coronel del regimiento.

—No se habla en todas partes, dijo éste después de haber saludado, sino del lance de la marquesa de Valdemar.

Aquí hizo el oficial una relación exagerada con supuestos y escandalosos pormenores de lo acaecido que sabemos ya.

—No es cierto, dijo pausadamente D. Galo.

—¿Es, pues, decir que yo invento? preguntó el oficial, que no era de los más urbanos.

—Dios me libre de pensar en semejante cosa! repuso D. Galo; solo quiero decir que os han inducido en error.

—Un error de que unánimemente participa toda una ciudad, es difícil de combatir.

—Si todos lo creen y repiten, como vos lo haceis, solo por oidas, es fácil concebir el error; y cuando se tiene el convencimiento de que es falso, no es difícil combatirlo.

—Sea como sea, no reconozco el derecho que pueda Vd. tener á contradecir cosas de notoria publicidad que son del dominio de todos.

—¿Con que la calumnia, según el parecer de Vd. es del dominio de todos, y por lo tanto tan autorizada, que los amigos de los que ataca no tendrán derecho á combatirla?

—Si calumnias son, que busquen las fuentes para atajarlas.

—Esas fuentes, señor mío, dijo D. Galo siempre en tono moderado y atento, son inaveriguables como las del Nilo.

—Pues entonces, repuso el oficial brusca-mente, que dejen al Nilo correr, puesto no les será posible atajar su corriente.

Diciendo esto, volvió la espalda á D. Galo con poca finura.

—¡Dejaría Pando de sacar la espada por una elegantona! dijo la señora de la Tijera; se muere por ser abogado de malas causas.

—Siempre ha sido Alegría una de las mu-

chas santas de la devoción de Vd., D. Galo, dijo Lolita.

—No digo que no; cuando soltera, habría sido yo dichoso si me hubiese correspondido.

—Si todas aquellas á quienes se lo ofrecéis admitiesen su corazón, tendría Vd. que repartirlo en dosis homeopáticas, D. Galo.

—Lolita, hija mía, si Vd. lo quiere, seréis su reina despótica y absoluta, sin cortes, senado, asamblea, ni cámaras.

—No lo quiero, D. Galo, respondió Lolita; pues no sé lo que me empalaga más, si los corazones ó los merengues.

—¿Saben Vds., dijo en recia voz D. Galo al cabo de un cuarto de hora, lo que he oído decir? Que el coronel del regimiento de lanceros acaba de tener un choque vivísimo con el capitán general, en que éste le acusa de insubordinación.

—¿Quién ha dicho eso? exclamó el oficial saltando de su asiento, y fijando en D. Galo sus airados ojos.

—La voz pública.

—¿Y Vd. lo repite sin más examen?

—Las cosas públicas son del dominio de todo el mundo, según Vd. mismo afirma, señor mío,

—Esto es dicho con sorna y con la mira de darme una lección, ¿no es eso? Pero tened entendido que entre militares y hombres de honor se pesan las palabras antes de proferirlas, y el que las dice es responsable de ellas.

Viendo al oficial tan montado, intervinieron varias personas, queriendo dar otro giro a la conversación; pero el oficial, que era violento é íntimo del coronel, no desistía, y aseguró á media voz que D. Galo le daría una satisfacción.

—Muy pronto estoy á darla, dijo sin alterarse D. Galo que lo oyó: pero no como el señor lo entiende. Yo defendiendo á mis amigos; pero no me bato sin motivo: además un hombre de bien no puede defender con honor sino una buena causa, y la mía no lo sería. La satisfacción es esta: lo que he dicho, lo acabo de inventar, pues nunca he oído sino elogios del bizzarro y pundonoroso jefe que manda el regimiento de lanceros, y lo inventé sólo y únicamente para tener el placer de hacer patente que el señor es un verdadero y leal amigo que no otorga con su silencio, ni autoriza con no desmentirla, la calumnia con que se ultraja en su presencia á un ausente amigo suyo.

¡Con cuánto placer estamparíamos aquí que un silencio conmovido siguió á estas palabras, y que el oficial se acercó á su antagonista y apretó su mano concediéndole de esta manera un noble triunfo de sentimiento! Empero como no inventamos, y somos sencillamente pintores de la realidad, tenemos que decir que no fué así. En nuestro país más se conoce y se simpatiza con el heroísmo que con la sensibilidad bien entendida; en él se halla más elevación de alma que delicadeza de corazón, á no ser en los afectos de amor y en los religiosos.

Así sucedió, que una alegre risa fué la que acogió la palabras de D. Galo, en la que fué el primero el finamente lisonjeado oficial; celebrando todos le ingenioso, y no sintiendo lo conmoviente del ardid de que se había valido D. Galo para defender su causa.

Don Galo, que obraba por su buen instinto, no analizaba sus bellas inspiraciones, quedó plenamente satisfecho con el pequeño triunfo de amor propio que le cupo al oír esas risas y el clamor que por todas partes se levantaba, en estas y otras exclamaciones:

—¡Bien, bien, Pando! eso se llama un ar-

did de buena ley para batir á un contrario.

—La Palma á D. Galo, que ha desprestigiado á Hércules, probando que vale más maña que fuerza.

—Bravo, Pando! exclamó un estudiante; la sociedad de la Paz va á votar á Vd. una corona de copos de lana.

—Campeón de ausentes, dijo un aprendiz de diplomático; sois un Talleyrand virtuoso, un Pozo di Borgo sensible, y un Metternich arcádico.

—Don Galo, dijo Lolita, David va á romper las cuerdas de su arpa por rabiosa envidia.

—Señor de Pando, exclamó el oficial, me tiene Vd. vencido y agradecido, cosa de que solo Vd. y las buenas mozas se han podido jactar.

Don Galo había entreabierto aún más las solapas de su chaleco, se sonreía con satisfacción y se abanicaba furiosamente con un abanico de caña.

Existe una cosa extraña en nuestra sociedad, que no sabemos si atribuir á superficialidad ó á injusticia; y es que se rebaja en la opinión á la persona que tiene un ridículo, y sin mas motivo que este, se le trata con una

superioridad extravagante por aquellos mismos que tienen sobre sí vicios, maldades y hasta deshonras. Un ridículo no rebaja á nadie, sino á ojos miopes. ¿Quién de nosotros no tiene un ridículo? ¿A quién de nosotros, caso que no lo tenga, no se le puede dar? ¿A cuál no se le tiene, por ventura, la vejez guardado como una de sus muchas finecitas?

Si aquel pisaverde con botas de charol, con sus afectadas frases francesas; si aquella elegante, luciendo en su lánguida persona todas las exageraciones de la moda, se metiesen como la oruga en un capullo para resucitar mariposas al cabo de algún tiempo ¿acaso no se hallarían que al revés de esta se encapullaron mariposas, para resucitar orugas? Es decir, que sólo la ligera influencia y la menospreciable importancia de la moda, les condenaría entre la falange, su esclava, al más portentoso ridículo. Casi todos los hombres sabios y notables han tenido ridículos de marca mayor; y al gran Voltaire mismo, ese tipo del burlador y del satírico, ¿no le hicieron pasar los pajes traviosos del Rey de Prusia por un mono vestido, regresando ese maligno francés, uno de los inventores del *Vaudeville*, furioso con-

tra los calmosos y graves alemanes, que se emancipaban hasta el punto de dar al gran preste y repartidor de ridículos una muestra de la ley del talión?

Seamos tolerantes con los ridículos ajenos, pues el mote que puso ese mismo Voltaire al pié de una estatua del amor, se puede aplicar al ridículo: «cualesquiera que seas, hé aquí tu amo; lo fué, lo es ó lo será». No influye un ridículo en el valor intrínseco de las personas, ni nos debe mover á menosprecio, siempre que no sea nacido de malas pasiones ó peores tendencias.

Estamos por decir que los ridículos inofensivos y que no dimanen de malos precedentes, nos simpatizan y nos hacen gracia, pues suelen ir unidos á un buen fondo y á una índole sencilla, y casi estamos por dar gracias á la persona que nos proporciona el tan grato é inocente pasatiempo de observarlos con benévola risa.

CAPITULO VII

—¿Qué leéis? preguntó Sir George una noche al hallar á Clemencia sentada á su chimenea con un folleto en la mano.

—Responderé á Vd. lo que Hamlet á Polonio, que le hacía la misma pregunta, contestó Clemencia: palabras! palabras! palabras!

—Pero ¿qué palabras?

—Un celemin... que contiene este impreso en favor de las modernas ideas humanitarias.

—Con las que debe Vd. precisamente simpatizar, dijo Sir George, que por más que se proponía dejar con Clemencia su constante ironía, recaía en ella por un irresistible impulso y por una inveterada costumbre.

—No, Sir George, no, contestó Clemencia con dulzura.

—¿Cómo es eso, señora? ¿Pues no es Vd. la ferviente abogada y la constante protectora de los pobres?

—Sir George, está Vd. hablando con ironía, y sabéis que me es antipática: por demás estáis convencido de que por hermoso que me parezca el oro, no me parecerá bien el puñal hecho con ese metal. ¿Quiere Vd. confundir la santa voz cristiana que dice al rico, dá, dá, tus riquezas son un préstamo, y te abrirán la entrada en la mansión de los justos,—difícil como al camello el pasar por el ojo de una aguja,—y la voz que grita al pobre: fuera la pobreza, aunque es tu herencia! ¡fuera la santa conformidad, aunque es tu galardón, tu mérito y tu virtud! ¡fuera tu alegría y moderación, que son tu instintiva filosofía! Hay ricos ¡y tú no lo eres, pues rebélate, indignate, desenfrena tus malas pasiones, la envidia, la soberbia, la ambición y la rabia! pierde todo respeto... roba! y si no te lo impiden los gendarmes, roba con el deseo y el propósito; que el mandamiento de Dios que lo hace delito, yo lo anulo con mi gran poder!—Pero Sir George, Dios permite que de cuándo en cuándo se levanten hombres funestos del seno de las tinieblas, que son una gran calamidad, como las pestes y las tempestades. Estos hombres, cual teas del abismo, encienden una hoguera;

esa hoguera alumbra á los ciegos, alienta á los tibios, purifica á los prevaricadores, y de sus cenizas, cual fénix, sale más bella y más lozana la eterna verdad que yacía débil é inerte en el corazón del hombre; doblemos, pues, la cerviz, ya que tales castigos merecemos. ¡Triste humanidad que decae y se enerva, y que necesita de cuándo en cuándo que el fuerte brazo de Dios la sacuda! Peleemos, pues, en esta gran lucha moral, pero con nuestras armas, la caridad, la moderación, el santo celo y valerosa ostentación de santas creencias y santas doctrinas. Bien por mal, Sir George, bien por mal; ¿qué enemigo no desarma esta táctica?

—¡Cuántas gargantas que cantaban cánticos como vos ahora, Clemencia, fueron cortadas en Francia por la guillotina? Clemencia, cuando la humanidad se levanta y da un paso adelante, nada puede retenerla; lo que bajo su planta se halla, es triturado por ella; es un mal inevitable y aun necesario.

—¿Con que, dijo con triste sonrisa Clemencia, lo que yo llamo altos castigos y sacudimientos con que el brazo de Dios despierta á la inerte humanidad, vos lo llamáis pasos de

adelantos de la humanidad? Dificilmente se creerá que tales pasos sean dados en la senda del bien, Sir George!

—Señora, no os será desconocida la máxima de vuestros sábios jesuitas: *alcanza el fin sin reparar en los medios.*

—Sir George, no hagáis de una máxima de política,—generalmente seguida por aquellos que pretenden hacer de ella un baldón á los jesuitas achacándosela, y cuyo gran preste tenéis en la era presente en vuestro país,—un precepto de moral, que son los que deben regir á la humanidad! Pero, mi Dios, ¡cuán profanada es esa voz! Y la soberbia del hombre que se emancipa de las leyes de Dios, ha llegado en nuestros días hasta creer que puede arrebatar de las manos del que lo crió, el poder que guía al universo! Pero gracias al cielo nuestro bendito suelo no cria Cromwells, Marats, ni Robespierres, esos acólitos de los que llamais *pasos de la humanidad.*

—Cierto, cierto, vuestro país con raras excepciones no cria en cuanto á hombres públicos, sino perfectos egoístas, de que resulta una verdadera anarquía que no quiere reconocer un jefe, como si hubiese partidos sin jefes; así

se suicidan por sus propias mezquinas rivalidades.

—Pero señor, en vuestro país suceden cosas aunque en escala mayor, parecidas: un gobierno popular se compone de estos elementos.

—El gobierno de mi país es detestable, señora; sus leyes pésimas.

—¡Oh! no habléis mal de vuestro país, exclamó Clemencia con aquella parcialidad, aquel entusiasmo que un corazón tierno y consagrado derrama sobre cuanto pertenece á la persona que ama; ese país de grandes hombres y de grandes cosas, alzado en su isla como un dominador en su sólio y que ha llegado á su apogeo.

—Lugares comunes, señora! y una boca como la vuestra, Clemencia, debe preferir agraciarse con una paradoja ó con un disparate, antes que vulgarizarse con una *banalidad*, repuso Sir George, y añadió alzando los hombros: desde que tengo uso de razón, esto es, desde más de veinte años, estoy oyendo la misma cantinela y hemos avanzado. ¿Quién es capaz de fijar el apogeo de las naciones? La prosperidad de la Inglaterra es hija de las circunstancias, señora; nada más: nadie se entusiasma por ella sino algunos españoles.

—No teneis amor patrio, Sir George, dijo tristemente Clemencia. ¡Oh! ¡qué fenómeno! carecer de un sentimiento que abrigan hasta los salvajes en sus bosques y desiertos.

—Señora, la civilización, que tiende á nivelar y á uniformar todos los países, modelándolos en la misma forma, debe por precisión extinguir un sentimiento que sería una anomalía en la tendencia que aquélla sigue. Además, creed, señora, que el vociferado patriotismo no es ni más ni menos, desde que con los siglos heróicos dejó de ser una virtud primitiva y un sentimiento unánime, que un egoismo ambicioso y un amor propio finchado de que se revisten pomposamente los partidos ó bandos políticos, como con la túnica de Régulo, (aunque muy poco dispuestos á rodar como el romano en su tonel, pero sí en coche á costa de la *adorada patria*).

—Otro magnífico progreso, resultado de las modernas instituciones, repuso sonriendo Clemencia. Desengañaos, Sir George, con el profundo pensador Balzac, que dice en el prefacio de sus obras: «Escribo á la luz de dos verdades eternas, la religión y la monarquía; dos necesidades que los eventos contemporá-

«neos volverán á aclamar, y hacia las cuales
«todo escritor de buen sentido debe tratar de
«volver á atraer á nuestro país». Pero ya que
no pensáis así, decidme, ¿cuál es el gobierno
que halláis bueno?

—Creo que no debería haber ninguno, se-
ñora.

—Vamos, estáis más que nunca de humor
de paradojas. Aunque os piquéis, os diré que
ostentáis una excentricidad de gran calibre.
¿Y el orden social, señor?

—Debe ser el fruto de la civilización, y ha-
cer así inútil todo gobierno.

—¡Qué utopía tan arcádica, Sir George,
muy á propósito para regir en los Campos
Eliseos! ¿En el oasis de cuál desierto habéis
soñado, ilustrado Platón? Si fuésemos todos
buenos cristianos y extrictos observadores de
sus preceptos, sería esto dablo, pues el gran
Bonald ha dicho: *El decálogo es la gran ley
política y la carta constitucional del género
humano*, y dice igualmente el profundo Bal-
zac: «El cristianismo, pero sobre todo el catoli-
«cismo, siendo un sistema completo de repre-
«sión de las tendencias depravadas del hom-

»bre, es el mayor elemento de orden social.
»¿Pero mientras?»... (1).

—¡Represión! ¡represión! exclamó Sir George interrumpiendo á Clemencia, esto es! ¡Hacerse un anacoreta, un cenobita, empobrecerse aún más la vida de lo que ella en sí lo es! ¡Qué mezquino suicidio!

—¡Cuán distintamente pensamos sobre este punto, Sir George! dijo Clemencia. Pues por mí no creo que el fin del hombre sea hacer la vida *divertida* sino hacerla *buena*.

—Se puede gozar sin ser malo, mi austera amiga, hay goces que son hasta santos, y no los halla el hombre. ¿Sabéis, Clemencia, que hay veces en que compraría un goce, aun un deseo, con la mitad de mi fortuna?

—Esto es, respondió ella, que no halláis los unos ni sentís los otros.

—Así es.

(1) Dice Custine: Sólo en el orden religioso es permitido esperar lo todo del porvenir y prohibido retrogradar hacia lo pasado: solo ahí está el progreso indefinido, porque la religión es una cadena cuyo primer eslabón está en la tierra, y el último en el cielo.

—¡Pobre amigo! dijo con sincera compasión Clemencia; habéis pulido vuestro sentir en pequeños y frívolos goces de seda y oro (goces que no llegan al alma, ni satisfacen el corazón), hasta el punto de que sobre él resbalan los verdaderos!

■—¿Y cuáles son los verdaderos, Clemencia?

—Son para mí tantos y tan variados, Sir George, que me sería difícil enumerarlos.

—Pero designadme algunos: os estudio como un sér raro y nuevo para mí, con una curiosidad y un placer que me hacen á veces sonreiros como á inocente niño, y otras adorados como un alto espíritu, pues de ambos participáis.

—De ser expansiva me retrae vuestra ironía.

—No, Clemencia—dijo Sir George, tomando á uso de su país la mano de su amiga, que apretó con cordialidad,—creed que el hombre viejo se despoja de su saco impermeable á la puerta de vuestra estancia, y ante vos se presenta el nuevo con su blanca túnica de lino.

—No dudo que sea vuestra intención, pero...

—¿Pero?

—¿Sabéis que dicen los franceses, que por

más que se aleje lo que es natural vuelve á galope? respondió Clemencia.

—¿Hemos trocado nuestros papeles, Clemencia? ¿Vuélvese la paloma, halcón?

—No; pero la mosca que ve la rez la dice á la araña que la sabe precaver.

—¿Me haréis arrepentir de haberme mostrado indefenso y desarmado?... ¿me obligáis á volver á vestir el arnés?

—¿Cómo, Sir George, os obligaría yo á cosa que destesto?

—No queriendo abrirme con expansión vuestra alma. Vamos, decidme, ¿qué es lo que vos llamáis goces?

—Entre otros muchos, dijo al cabo de un rato de silencio Clemencia, los que están al alcance de todos son los que brinda la naturaleza. Mirad esas nubecillas blancas y brillantes, tan suaves, que el aire les da formas, y un soplo las guía. Mirad esas flores, que participan del suelo que les da jugo, y del sol que les da fragancia como el hombre comunica con la tierra y con el cielo; ved esos lejanos horizontes en que se esparce, y esos otros de limitado espacio, en que se concentra el alma; ved esas aguas, ora corran alegres, ora duerman tran-

quilas, siempre brillantes como lo que es puro, siempre transparentes como lo que es sincero; ved esa mar, que anonada en su inmensidad y fuerza la pequeñez y debilidad del hombre y sus obras...

—No prosigáis, dijo Sir George, no prosigáis, Clemencia. He recorrido los Alpes, los Andes y el Bósforo, he visto el Ganges, el Niágara, el Rhin, he cruzado el mar Pacífico, el Atlántico y el del Sur, y en ellos observado sus tempestades y sus fenómenos, y nada de todo esto he podido admirar *gozando*; nada en relación con mi íntimo sentir: sólo ha surgido en mí este pensamiento: *¡Qué de afectación hay en los poetas!*

—¿Y los goces de la familia? preguntó Clemencia, sin querer darse cuenta del por qué su corazón se le oprimía.

—Sabéis, respondió Sir George, que soy soltero, pues los hombres no deben casarse hasta que no tengan experiencia del mundo y de las cosas.

—¿Es esta experiencia mucho más necesaria á los casados que á los solteros? preguntó Clemencia.

—Sin duda: los franceses, que confesamos

son nuestros maestros en todo, han marcado bien esto, llamando al casamiento *hacer un fin*.

—Esto es: cuando la juventud se va y entran achaques, escoger una joven que empieze á vivir, por enfermera, ¿no es esto?

—Así es: cuando no se puede ser otra cosa más divertida, se hace uno padre de familia.

Clemencia sintió partirse su corazón con cuanto agudo tiene el dolor y amargo la humillación; pero volvió sobre sí y siguió preguntando:

—¿Pero no tenéis madre?

—¡Ah! sí.

—¿Y no la amáis?

—Lo mismo que ella á mí.

—¿Y dónde está?

—No sé; creo que viaja por Italia.

—¿Y padre?

—Mi padre, que era general, murió en la India, después de robar á Tipoo-Said una inmensa fortuna.

Un vivo de carmín subió al rostro de Clemencia á pesar suyo. Nunca era bella ni honorífica una fortuna de pillaje, por más que lo autorizasen las bárbaras leyes de la guerra;

pero oír calificar á un padre por su hijo de ladrón, era una *despreocupación* que llenó de espanto á la sencilla Clemencia.

Sir George prosiguió sin notarlo:

—Un brillante extraordinario que llevaba Tipoo-Saib en el puño de su sable, me cupo en herencia; no sé qué hacer con él, ni sé si mi ayuda de cámara me lo habrá robado; si lo encuentro, ¿queréis, Clemencia, admitirlo como una pequeña memoria de un amigo?

—Gracias, respondió Clemencia: aprecio poco toda memoria de un amigo que no queda en el corazón.

—Mirad que os lo ofrezco, como dicen los franceses, de muy buena voluntad, en vista de que no me sirve; tomadlo para engalanar con él una de las vírgenes de vuestra devoción: así cuando oréis y la contempléis, os acordaréis de mí, Clemencia.

—Sir George, sin ser gazmoña, os diré que habláis con irreverencia.

—Tomadlo al menos como una imagen de vuestro corazón, pues es tan bello, tan puro, tan apetecido y tan imposible de ablandar como él.

—Conservadlo vos, respondió Clemencia

riendo, mientras se parezca á mi corazón.

—Recibidlo, os lo suplico; insistió Sir George, como imagen de la firmeza, de la constancia y del fuego del amor que me habéis inspirado: ya que esta rechazáis, conservad al menos su imagen.

—Dejemos esto, Sir George, dijo severamente Clemencia, pues hasta la voz regalo me desagrada, y si no fuera por no parecer orgullosa, diría que me humilla. Volvamos á anudar el hilo de nuestra conversación.

—Sí, sí, hablemos de goces, aunque en esta conversación alterne yo como el ciego en la de los colores. ¿Qué más goces halláis vos? Veamos.

—Muy dulces en la amistad. ¿No tenéis amigos?

—Sí, en el Parlamento, en la embajada francesa, un cardenal en Roma, un gran señor turco en Constantinopla, y D. Galo Pando, porque lo es vuestro; pero, Clemencia, francamente, ninguna de estas amistades me ha proporcionado ningún goce.

—¿No habéis, pues, podido prestar servicios á ninguno de ellos?

—Servicios no, dinero sí, menos al turco y

al Cardenal, que eran más ricos que yo, y á D. Galo, que no me lo ha pedido: yo tendría un gran placer en que vuestro amigo me proporcionase la satisfacción que los otros.

—Pando no ha tomado en su vida dinero de nadie, contestó Clemencia: eso de pedir prestado es una cosa demasiado *fashionable* para un hombre oscuro y honrado como él: mas si llegase ese caso, amigos tiene más antiguos que lo sóis vos, Sir George, que se ofenderían de que os diese la preferencia.

—¿Cuánto es su sueldo?

—Siete mil reales.

—¿Os chanceáis?

—No por cierto.

Sir George soltó una carcajada tan sincera y tan prolongada, que Clemencia le dijo riendo también, por ese irresistible contagio que tiene la risa decorazón. Pero ¿me querréis explicar, Sir George, qué cosa risible encierra en sí el número de siete mil?

—Señora, contestó Sir George, es exactamente la mitad del salario que doy á mi ayuda de cámara. ¿Y hay hombres bastante inertes para condenarse muy satisfechos á patullar toda su vida en tal charco? ¿Tan inactivos,

que se conformen en moverse en tan poco espacio? Me río, además, Clemencia, del atrevimiento que tienen tales entes oficinistas de escalera abajo, de presentarse y visitar vuestra casa y otras de igual rango, y de alternar, por vuestra inconcebible tolerancia, con lo más encopetado de vuestra sociedad.

—No cambio, exclamó con ardor Clemencia, vuestra crítica en esta parte por el más bello elogio. ¡Bendito mil veces el país, que sin falsas mentiras y disolventes teorías, tiene tan bellas, llanas y sencillas prácticas, y donde por suerte no existe ese altivo, insultante y despreciativo espíritu aristocrático que da margen á las revoluciones!

—Aristocracia es, en efecto, una palabra vana de sentido en vuestro país; podéis borrarla de vuestro diccionario usual. Vuestros Grandes y algunos magnates de tierra adentro, que podrían formarla si reuniesen lo que la constituye, esto es, primera nobleza, una gran fortuna y una sabia cultura, no reúnen estas cualidades; y los que las reúnen, con contadas excepciones, no juegan en la política, ni se cuidan del bien del país; así es que es inútil y aún ridículo que se afanen en querer, porque

así sucede en otros países, crear una aristocracia. La aristocracia en nuestro país es un gran partido influyente que aquí no existe; vuestras Cámaras, como vuestro Senado, son populares, divididos en opiniones más personales aún que políticas; en cuanto á la sociedad, es fina, elegante, sobre todo amena, pero deplorablemente mezclada.

—Pero señor, en Inglaterra...

—No digo que no, señora; pero hay un puente que pasar, hecho de tantos millones, como exprimidos no tienen todos vuestros banqueros.

—Lo que tenéis, Sir George, es un orgullo demasiado tosco para poder siquiera jactarse de fundarse sobre una base intelectual.

—El orgullo, señora, es una coraza que mientras más tosca, como llamáis al nuestro, es más fuerte; es además una buena arma defensiva...

—Y ofensiva también, Sir George, y agresiva... y tan ufana por herir, que á veces para lograrlo, coloca al que la usa en muy desventajosa posición y en muy mala luz. Pero vos, señor, continuó Clemencia con alguna susceptibilidad, vos que formáis parte de ese Olimpo aristocrático, ¿por qué bajáis de él y dejáis

sus diosas para solicitarme á mí, pobre anticulta española?

—Clemencia, respondió riendo Sir George, todas las mujeres entran de hecho y de derecho cuando son bellas, en todo *Olimpo*. Mas vos entraríais con todos los derechos; lo que yo quisiera es que no tuviéseis ninguno, para abriros, como el ángel á la Peri en el poema de Moore, si no el Paraíso, ese Olimpo, como vos decís, no por una lágrima,—sabéis que las aborrezco,—sino por una sonrisa. Pero decidme, ¿habéis concluído el catálogo de esos gozces parvulitos que tanto encomiáis?

Clemencia calló un rato.

—¿No habéis gozado nunca con los consoladores y exaltados sentimientos religiosos? dijo al fin con el alma en sus dulces y serenos ojos.

—No hablemos de religión, Clemencia.

—¿Y por qué? Aguardo con viva curiosidad la respuesta.

—Porque la religión es el secreto más exclusivamente suyo que tiene la conciencia del hombre, señora.

—Yo pensaba al contrario, que no era su secreto, sino su galardón, el que más alto levantaba, el que más recio proclamaba. Sólo con-

cibo dos móviles á esa punible pretensión al misterio ó á la reserva; el uno malo, que es tener en poco sus creencias, el otro peor, que es el no tener ningunas, y ser de esta suerte el silencio, como dice la Rechefoucauldt de la hipocresía, un homenaje que la impiedad rinde á la Religión. Sebéis que el Dios del universo, cuando á salvar y enseñarnos vino, dijo entre sus sóbrias y santas sentencias que alcanzaban todos los desbarros presentes y futuros del espíritu humano: EL QUE NO ESTÁ POR MÍ ESTÁ CONTRA MÍ.

—Lo que con eso queréis decir, Clemencia, ¿es que me creéis condenado por no pensar como vos, según os lo enseña vuestra religión?

—Mi religión no me enseña, sino me prohíbe fallar individualmente sobre quien es ó no condenado; sólo me enseña y me manda creer que el que reniega de la salvación que el Señor nos ha dado, y se separa de la grey de sus Apóstoles, no alcanzará esa redención.

—Además, prosiguió Sir George con su acerba ironía, como vos soís buena y yo malo; como vos tenéis ideas muy santas, y yo muy mundanas, vos seréis la bienaventurada, y yo el condenado.

—No, Sir George, contestó Clemencia con su no desmentida dulzura; antes temo ser tratada en el tribunal supremo con más rigor que vos.

—¿Por qué, señora? Esto si que es extraño.

—Por que tanto será exigido de la afortunada á quien cupo la dicha de abrir los ojos de la razón en un santo convento, y los del entendimiento al lado de un santo Mentor, rodeada de buenos ejemplos y santas prácticas, como mucho será disculpado al que, como vos, tuvo la desgracia de criarse entre infieles y formarse entre incrédulos, rodeado y embebido de la atmósfera corrompida de ese gran mundo filosófico y escéptico, que osado se erige en enemigo de la religión; que supone en los placeres el fin de la existencia, y condena la represión y la abnegación cual mezquinas boberías, sólo propias de los pobres de espíritu.

—Pero, Clemencia,—preguntó Sir George, frío á toda la misericordia, dulzura y unción de las palabras de Clemencia,—¿de qué goces religiosos habláis? ¿De los ascéticos de los iluminados, de los que hallan en los cilicios y penitencias los católicos, ó de los del paraíso de

Mahoma? Si sóis vos la Hurí que promete en su paraíso, me inclino á la religión del Alcorán.

—Sir George, respetad la gravedad ajena con el silencio, ó combatid sus argumentos con igual espíritu y armas como leal.

—Queréis, Clemencia, repuso en tono cariñoso y festivo Sir George, después de hacerme vuestro admirador, vuestro apasionado y vuestro esclavo, hacerme vuestro prosélito?

—No lo he intentado, Sir George; lo que decía era parte integral del asunto que tratábamos; pero está terminado, pues he visto que también esa primera y santa fuente de vida está exhausta en vuestra alma. ¡Dios mío! ¡Dios mío! pensó Clemencia, ¡qué! ¿nada vibra ya en su corazón? Ni la religión, ni la naturaleza, ni el amor patrio, ni el amor á la familia, ni la amistad, ni la Religión (1)!! A pesar de los dotes que le distinguen, de ese talento, de esa nobleza, esa generosidad, ese caballerismo, que le son innatos, nada siente! ¡Oh! ¡qué devastado Edén! ¡Qué asolado yermo! ¡Qué arrasada floresta! Y no obstante, este

(1) Adviértase que en el precedente diálogo habla Clemencia adquirido esta convicción que la espanta.

hombre, que tiene una inteligencia superior, que es altamente culto, y que se ha formado alternativamente en las dos capitales que pretenden llevar el paso á los demás en todo progreso moral y material, este hombre que ha adquirido sus aspiraciones en el hogar del nuevo sol del siglo XIX, este hombre que todo lo ha visto, todo lo conoce y todo lo ha juzgado, en esta nueva era, que se denomina ilustrada, no sé con qué títulos ni con qué derechos, ni con qué ventajas á las anteriores; este hombre, tipo del espíritu de la época, ¿este es el fruto que ha sacado del moderno adelanto del espíritu humano? ¿Así desencanta, pues, su frío escepticismo la vida? ¿Así desprestigia la necia y orgullosa sabiduría del hombre las magníficas creaciones de Dios? ¿Así despoetiza el corazón, así seca y rebaja el alma? ¡Espanta y aterra, Dios mío! Pero esto debió ser el resultado de alejarse de tí, Criador y Legislador nuestro, y querer la débil criatura crearse ella misma, como los judíos en el desierto cuando desoyeron la voz de tu enviado Moisés, sus propias creencias y sus propias leyes, renegando de las que manando de tí, los habían regido hasta entonces. ¡Ay! ¡sí! Sir George es

el tipo del hombre que ha abjurado y roto toda relación con lo pasado, y que marchando sin faro hacia lo desconocido, sigue una senda que proclama por verdadera y que no sabe dónde le lleva.

Así fué que la distancia inmensa que separaba sus almas, y que cada día le parecía dilatarse, hoy se abría ante Clemencia como un abismo; pero su amor á Sir George era demasiado intenso para que le fuese fácil retroceder: era aquel hombre fatal su primer amor; sus lágrimas *caían por dentro* ardientes y corrosivas. No es posible, pensó, luchar con argumentos y razones con quien tiene mucho entendimiento, mucha práctica de controversia, y en ellas guarda toda la calma y lucidez de la fría indiferencia. ¡Si pudiese vencer la detestable lógica de su razón, despertando sus buenos sentimientos! ¡Dios mío! ¿habrá acaso un corazón en que no puedan estos resucitar de entre sus cenizas?

Así fué que después de mirar un rato á la llama que ardía tan clara, pura y vivaz como los elevados sentimientos en su alma, fijó sus francos y expresivos ojos en el hombre á quien amaba, y le dijo:

—Sir George, ¿nunca habéis hecho el bien?

—Creo que sí, contestó éste: mas no lo tengo presente. Ya sabéis, añadió con su seriedad irónica, lo que recomienda la máxima: «Que la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha». Pero para tranquilizar la timorata conciencia de mi amiga, le diré que ahora recuerdo haber encargado á mi intendente afiliarme en las sociedades filantrópicas: es preciso que todos contribuyamos á poner remedio á la espantosa lepra del pauperismo.

—No es eso, Sir George; deseo saber si habéis hecho el bien de motu proprio, con vuestra propia mano.

—No creo que esto sea preciso.

—No digo que lo sea; os pregunto si lo habéis hecho.

—No, ¿á qué? El pobre quiere ser socorrido; no le importa por quién ni cómo. ¿Tenéis pobres? ¿Me queréis dar el placer de contribuir al bien que les hagáis? preguntó Sir George, que no era capaz de comprender la causa de la preocupación de Clemencia.

—Os prometo indicaros la primera gran necesidad que se me presente; en este momento no sé de ninguna perentoria. Ahora sí, lo que

os voy á pedir,—en vista de que Dios pone á los pobres ante nuestros ojos, para recordarnos á cada paso la obligación que tenemos de socorrerlos, así como para mover nuestros corazones á lástima,—es que déis mañana limosna al pobre más infeliz que halléis.

—¿Os complazco en ello?

—Sí.

—¿Es una orden?

—No, una súplica.

—Es lo mismo.

—Prefiero la complacencia á la obediencia.

—¿Pero para qué lo deseáis?

—Para que me digáis después si habéis ó no hallado un placer en hacerlo.

—Desde luego os aseguro que es mayor el que tendré en complaceros, que cualquiera otro que pudiese proporcionarme lo que de mí exigáis.

CAPITULO VIII

A la noche siguiente esperaba Clemencia á Sir George palpitando su corazón más que nunca. No obstante, cuando llegó, no quiso mostrarse ansiosa en averiguar lo que saber deseaba.

Extraño era cómo una cosa causaba en una de las dos personas interesadas un interés tan profundo y latente, mientras que era tan insignificante para la otra, que la olvidaba. Sir George quería agradar é indentificarse con Clemencia; ponía todo su anhelo en conseguirlo; lo lograba en cuanto á su trato tan señor, á sus gustos tan distinguidos y conversación variada, entendida y entretenida; pero no le era dado ponerse al nivel de Clemencia en la esfera del sentimiento, porque ni él comprendía los de Clemencia, ni menos hubiera atinado á expresar en su propio nombre lo que le era desconocido.

Media hora pasó, y su interlocutor no tocaba el asunto que tanto interesaba á Clemencia: entonces ésta le dijo,

—Sir George, ¿habéis cumplido mi encargo?

—¿Cuál? preguntó Sir George con no fingido sobresalto.

—¿Con que habéis olvidado nuestra conversación?

—¡Ah! ya caigo. No, no, no señora, no he olvidado mi promesa, y la he cumplido exactamente.

—¡Y bien!.... preguntó Clemencia con el alma en los ojos.

—Y bien, dí limosna por mi propia mano cual os lo prometí. No soy hipócrita, y no os mentiré á vos que sois la santa de mi culto, y que me creeríais condenado por eso solo; francamente, no he sentido ningún género de placer. Era un pobre súcio y feísimo: en obsequio vuestro le metí una onza en su inmunda mano, y encima le regalé mis guantes que le tocaron; supongo que iría á la taberna en seguida á emborracharse á mí salud.

Clemencia inclinó la cabeza, y dos lágrimas asomaron á sus ojos.

Sir George las notó y le preguntó;

—¿Qué tenéis, Clemencia?

—Nada, contestó esta levantando su suave y sonriente cara.

—¡Así! ¡así! exclamó Sir George, queriendo besar su mano, que ella retiró; sóis un ángel de luz cuando sonreís. ¡Oh Clemencia! sólo os falta para llegar al apogeo femenino, el que améis, como faltaba el rayo de vida á la perfecta estatua de Pigmalión ¿Por qué no amáis?

—¡Pues qué! dijo sonriendo Clemencia, ¿no hay más que amar así..... á tontas y á locas? ¿No hay más que darle rienda suelta al corazón sin saber antes á qué nos arrastra?

—Vosotros, los españoles, dijo Sir George, que penetró las graves ideas de Clemencia, entendéis el amor como un esclavo cautivo, y no como lo que es, un hermoso genio que libremente vuela en alta esfera, y que se hastiaría y perdería su brillantez en las innecesarias trabas de la obligación. Basta que se erija en deber el sentimiento independiente y caprichoso de la felicidad, para que deje de serlo.

—No pensé, repuso Clemencia con gravedad, que vos, Sir George, pudiéseis decir cosas tan en extremo vulgares; que pudiéseis gastar el lenguaje de D. Juan, completamente rele-

gado, no sólo al mal tono social, sino al mal gusto literario; sobrepuja en ello lo ridículo á lo inmoral. ¿Estaríais aún, por ventura, en ese período de lo romancesco desenfrenado, que tira piedras á una unión consagrada, y lodo al amor exclusivo? ¡Oh! aquí tenemos una opinión demasiado seria, sentida y alta del amor para degradarlo al punto de mirarlo fría y sistemáticamente como hijo del capricho y padre de la inconstancia. Aquí, Sir George, es el amor más grave, y por lo tanto, menos estrepitoso que en otras partes; aquí nunca pierde de vista esa obligación de de que os burláis, porque la unión consagrada, eleva el amor á toda su altura y á toda su dignidad.

—Habéis sido educada en un convento, ¿no es cierto? preguntó con todo su serio sarcasmo Sir George.

—¿Decís eso porque abogo por el amor consagrado? contestó Clemencia con su bondadosa risa.

—No es por eso, señora; es por la admirable candidez de vuestras doctrinas.

—¿Son candidas? repuso Clemencia: ¡cuánto me alegro! La candidez es hermana de la inocencia.

—No tenéis, si no me engaño, en vuestras creencias un lugar propio para esas gemelas?

—Un corazón no corrompido, ese es, según la mía, su asilo.

—No, no, al que yo aludo se llama el Limbo, si no me engaño.

—¡Ay, Sir George! repuso con bondad Clemencia, lo que yo creo es, que ese triste lugar sin pena ni gloria, es para los que no son bastante malos para serlo de hecho, ni bastante buenos para serlo de dicho.

Sir George comprendió claramente que Clemencia le creía mejor de lo que era; pero esto paró tanto menos su atención, cuanto que estaba absorto en la contemplación del magnífico brazo y mano de Clemencia, que esta levantaba en aquel momento para afianzar en su peinado una flor que se había desprendido.

—¡Pobres mujeres! ¡cuán halagado puede estar vuestro corazón de las causas que impulsan á ciertos hombres á amaros!

—¡Oh, Clemencia! exclamó Sir George en un impulso arrebatado, séis más irresistible que la más refinada Aspasia: me enseñaréis á ser un buen marido; yo os enseñaré á ser una Lady perfecta. ¡Qué bella vida nos espera!

—¿Qué queréis decir con eso?

—Que os ofrezco mi mano y mi fortuna, no hablo de mi corazón, Clemencia, porque hartos sabéis que lo poseéis; pero como sé que no me daréis el vuestro sino ante el altar, allí os llevaré.

—¿Por eso lo hacéis, Sir George? dijo con triste, y herida, aunque disimulada susceptibilidad, Clemencia.

—Por eso, sí. Y ahora, repuso alegremente Sir George, espero que no tendréis inconveniente en admitir mi amor, y que no seréis, según una de vuestras usuales y bonitas expresiones, *premiosa* para corresponderle y hacerme dichoso.

—Podría tenerlo, contestó con calma Clemencia, por temor de no serlo yo!

—¿Lo seríais quizás con el Vizconde?—repuso Sir George con mal disimulada altanería, —¿y héme engañado creyéndooos sincera? ¿Será el instinto femenino mejor maestro aún en coquetería que el gran mundo?

—¡Oh! no, Sir George, contestó Clemencia con su inalterable dulzura y falta de amor propio, no sería feliz con el Vizconde, aunque me amase, lo que no creo.

—¿Ni conmigo?... ¡Sóis, pues, insensible á todo amor, señora! Ya se ve, cuando se disfrutan tantas felicidades como las que vos pregonáis, se puede ser insensible á las de un amor mútuo. No obstante, señora, en lo delicado de vuestra moral deberíais comprender que la mujer que á todos inspira amor, y que no lo siente por ninguno, es un sér excepcional y un tipo poco bello.

—No he dicho que no sería feliz por no serme posible amaros, Sir George; lo he dicho porque tengo la convicción de que unida á vos, no podría ser sino idealmente feliz ó profundamente desgraciada.

—¿Y por qué desgraciada, Clemencia? Por mí comprendo tan poco la desgracia á vuestro lado, como la oscuridad brillando el sol en el cielo. Clemencia, la felicidad del amor es tan efímera, que no debemos perder en metafísicos debates un solo día de los que nos brinda.

—¿Y vos creéis que la felicidad del amor es efímera? ¿Pensáis, pues, que el amor se acaba?

—Clemencia, contestó Sir George con jovial sinceridad, sólo un estudiante acabado de salir del colegio os sostendría lo contrario. El amor, que es lo más transitorio de la vida es

cabalmente lo que más pretensiones tiene á la inmortalidad; los amantes vulgares son los que tienen la romancesca candidez de jurarse ese *eterno amor*, esa utopía, ese mito, ese fénix, esa creación fantástica.

—Si el amor es tan efímero, si es un castillo de naipes que el primer soplo del tiempo derriba, cuando ya no me ameis, ¿qué será de esa felicidad que fundáis en amarme?

—Cuando ya no os ame, respondió Sir George en tono ligero, *vous m'amuserez*; me entretendréis con esa gracia, ese talento, esa originalidad, ese chiste, esa alegría que os son exclusivamente propias, y que os dan el encantador privilegio de interesarme, sorprenderme, entretenerme y alegrarme.

—¿No entráis en cuenta mis virtudes, si es que creéis que algunas tengo?

—¡Virtudes... ese es otro programa, contestó Sir George, que respeto mucho, pero que pienso que modifiquéis en mi obsequio, pues hay algunas virtudes por demás pueriles, Clemencia, que dan en la alta sociedad cierto ridículo, y otras por demás severas que hacen intolerantes, y la tolerancia es la gran necesidad del siglo; por consiguiente, mi querida

Lady Percy, haremos algunas rebajas económicas en el presupuesto de virtudes.

—Entre éstas, supongo que será la primera la constancia.

—Clemencia acordaos de las cartas sobre Londres del príncipe Puckler Muscau, ese aristocrático escritor, cuando describe el sello que halló sobre la mesa de nuestras reinas de la moda, cuyo lema era *tout passe, tout casse, tout lasse*; y no queráis hacer de la vida real un idilio ó una leyenda de Santos, sino impregnáos de las ideas y sentimientos del mundo en que váis á entrar.

—¿Qué mundo?

—El gran mundo de la sociedad de París y Londres, que es el único teatro en que seréis apreciada todo lo que valéis. ¿Por ventura habéis pensado vegetar siempre aquí? ¿Aquí donde no os comprenden siquiera?

—Si no me comprenden, me sienten, lo que es muy preferible, exclamó Clemencia. Si mi nunca olvidado tío sembró en mi inteligencia flores que han florecido, también me dijo que era para que me hiciesen gozar, y no para lucirlas, y que era más grato el perfume que sin procurarlo exhalaban teniéndolas ocultas.

Os engañáis, pues, si creéis que vegeto. ¡Oh! ¡yo vivo! vivo con el alma y con el corazón; vivo con cuanto da de sí una existencia cumplida. ¿Acaso, Sir George, llamáis vida al ruido, á la vanidad, al bullicio? Y si es así, ¿cómo es que la huis? será que no os satisface.

—No llamo vida á lo que pensáis, Clemencia; llamo vida á la que disfrutaréis en el elevado círculo de admiración, simpatía y rendimiento que os formarán superiores inteligencias y encumbrados personajes, cuando en su alta estera os hallen, y seáis miembro de su jerarquía.

—No apetezco esa vida, Sir George, y os aseguro que en ella no me hallaría bien. Y aunque os parezca imposible, no es menos cierto que solo simpatizo con una vida quieta y tranquila, que prefiero más que la agitada, donde goce de la amistad, que prefiero á la admiración; de la paz que prefiero al ruido; de la naturaleza que prefiero al tropel del mundo.

—¿Preferiríais quizá, dijo con celoso despecho Sir George, el ir á *fler le parfait amour*, y á regar las flores de lis de la fidelidad con el Vizconde en su castillo de Belmont?

—Os he dicho que no, Sir George, y quien

duda de mi veracidad, dudará de todas mis demás virtudes.

En este momento se oyó llamar de un modo peculiar, que ambos reconocieron por el del Vizconde.

—Ese hombre, exclamó exasperado Sir George, se ha propuesto trastornar mis planes y hacerme imposible estar solo con vos; es preciso, Clemencia, que de una manera decisiva le demostréis que es importuna su presencia á vos como á mí. Negáos.

—¡Imposible! ¿Desbarráis?

—Escoged entre él y yo, dijo dando rienda suelta á todo su áspero orgullo inglés Sir George.

—Ya he elegido, Sir George, como lo hacen las señoras, sin escandalosas y ridículas exterioridades.

Los pasos del Vizconde se oyeron en la antesala.

—Clemencia, dijo acerbamente Sir George, yo no sufro rivales.

—Ni yo exigencias despóticas, contestó en tono firme Clemencia.

—Creo que después de lo que acaba de mediar entre nosotros, señora, tengo derecho á ser exigente.

—Nada ha mediado entre nosotros que os autorice á hacerme salir de mi carácter y de mi línea de conducta.

—¿Me rechazáis?

—Vos sóis el que se aleja; no os rechazo yo.

En este instante saludaba el Vizconde á Clemencia.

—¿Mandáis algo para Cádiz? dijo Sir George con la más dulce y más fina de sus sonrisas, al coger su sombrero.

La pobre Clemencia, que no sabía disimular, palideció y sintió un dolor tan agudo en su corazón, que dijo en voz que se esforzaba en hacer firme:

—¿Os váis?

—Sí señora, me precisa.

—¡Buen viaje, Sir George! dijo Clemencia procurando sonreír. ¿Volveréis pronto?

—No depende de mí, señora.

Y saludando á Clemencia con frialdad, y al Vizconde con altivez salió.

CAPITULO IX

Largo rato permaneció el Vizconde contemplando á Clemencia, marcando su noble y expresivo rostro la más profunda compasión. Ella estaba tan abstraída que no lo notó.

—¡Pobre mujer! murmuró al fin.

Estas palabras sacaron á Clemencia de su enajenamiento.

—¿Por qué decís eso? preguntó con su sonrisa dulce que quiso hacer alegre, pero al través de la cual, á pesar de sus esfuerzos, un observador como el Vizconde entreveía lágrimas.

—Lo digo, Clemencia, porque si en todas cosas sois superior á las demás mujeres, en una sola les sois semejante.

—¿En cuál, señor?

—En labraros vuestra desgracia por vuestras propias manos.

—¿Qué queréis decir?... ¿Yo?... ¿Cómo?

—Con amar al hombre que menos os ama y menos os aprecia: con preferir entre dos al que menos os merece: me atrevo á decirlo como una sencilla verdad, que no dictan ni el amor propio ni los celos.

—¡Señor Vizconde! dijo Clemencia con dignidad.

—¡Oh Clemencia! no calificuéis en mí de atrevimiento el echar esta profunda mirada en vuestro corazón, abierto como una azucena, y en vuestro porvenir patente á mis ojos, como lo está lo pasado. ¡No es hijo del atrevimiento lo que os digo! lo es de un interés tan intenso y de un cariño tan tierno, que no puede ofender lo que ellos dicten la más susceptible delicadeza. Lo que había previsto ha sucedido; le amáis!... y ese hombre frío y gastado, duro y escéptico, ese hombre cuyo profundo egoísmo no halla tipo sino en Inglaterra, ese hombre, se ha hecho amar... El cómo... ¡Dios lo sabe!

—Señor Vizconde, dijo Clemencia, no hallo esos derechos á que apeláis, suficientes para penetrar en mis secretos, caso que los tuviese; ni menos para erigiros en mi censor.

—Clemencia, por Dios, exclamó el Vizconde, dejad conmigo, con vuestro mejor amigo, ese tono rechazador. El que os adora, el que se ha identificado con vos, no necesita más derecho para hablar con el corazón en la mano, que la solemnidad de este momento que decide de su futura suerte, y en que se despide de vos, y con vos de la ventura... para siempre.

Clemencia calló inmóvil.

—Ese hombre, prosiguió el Vizconde, sin apreciarlo, me ha robado el ideal que de la tierra hubiese hecho para mí el paraíso! Y ese ideal, Clemencia, que yo buscaba, no era el de la fantasía, era el de la perfección, que todo hombre honrado y caballero lleva en su pecho para hacerlo su ídolo si lo halla. Yo os hubiese amado, Clemencia, como á tal; yo os hubiese labrado un trono, y hecho reina de las mujeres felices! Y eso, Clemencia, no saben hacerlo Sir George ni sus semejantes, que han llevado el mal á su último límite; esto es, el de no comprender, no conceder y no apreciar el bien; hombres precoces y desenfrenados en todos los vicios, cuya buena naturaleza resiste, pero cuya moral sucumbe. Clemencia, el corazón de ese hombre y el vuestro unidos,

son y serán como un cuerpo vivo y lozano puesto en contacto con un cadáver. Si no lográis, lo que no os será dado, metalizar vuestro corazón para que no se quiebre, pasaréis vuestra vida en lágrimas.

—Pero, dijo Clemencia conmovida, mas procurando sonreír, ¿no véis que hacéis cálculos al aire? ¿No habéis oído que se ha despedido... porque se va?

—¡Volverá! contestó el Vizconde con amargura y desdén.

—¿Creéis acaso que yo le llame? dijo Clemencia, que con esta exclamación se hubiese vendido á sí misma, si aún le hubiesen quedado dudas al Vizconde.

—¡Ah! no creo que haya una sola española que llamase á su lado al hombre que sin razón se separa de ella; pero Sir George, para volver, si es que se va, buscará pretextos y hallará razones. Yo le procuraré una con mi ausencia.

—¡Qué! también partís?

Aunque Clemencia dijo esto con pesar, por sus ojos asomó, cual la luz de un fugitivo relámpago, una vislumbre de satisfacción.

—Sí, Clemencia! mi suerte está decidida, respondió de Brián; con luchar contra ella,

sólo conseguiría hacerla más cruel, y á mi más importuno. Voy á América, ya que esta cobarde é inerte Europa amándolos, deseándoles, ansiando por ellos como por su tabla de salvación, abandona á sus Reyes, y no encuentra un leal y esforzado realista donde ir á dejarse matar, no por la causa del *orden*, sino por la causa del *bien*. No tardaréis en saber mi muerte, Clemencia. Nadie me llorará!... pues que mi pobre madre murió al darme el sér, mi adorado padre por la bala de un revolucionario, mi hermano al golpe de un puñal alevoso, y mis infortunados abuelos expiraron en la guillotina. Pero vos, Clemencia, único amor que llevaré á la tumba, vos al menos... compadedme!

El Vizconde quiso proseguir; pero no pudo, y escondió su rostro entre sus manos.

—¡Oh Vizconde! dijo Clemencia, por cuyas mejillas caían lágrimas. ¡Cómo me estáis haciendo sufrir! ¿Por qué me habéis amado?

—¡Sí! decís bien, ¿por qué os he amado? Pero yo digo: ¿por qué os conocí? pues conoceros y amaros eran una sola cosa. El amor hacia vos nació sin que lo sembrase la voluntad, ni lo cultivasen esperanzas, como nace el día por

la presencia del sol; porque vos, Clemencia, reunís cuantos méritos y atractivos existen para inspirar amor. Os he amado, porque resumiendo en vos todas las virtudes y todos los más bellos dotes femeninos, esparcís la felicidad que de ellos dimana, alrededor vuestro, como una flor su fragancia; os he amado porque nunca ví juntas tal inocencia y tanta madurez; os he amado porque unido á vos, mi vida hubiera sido un encanto, y porque á vuestro lado lo presente habría sido tan bello, que habría olvidado llorar lo pasado y ansiar por el porvenir!

—Habéis hecho mal, Vizconde, en nutrir ese cariño, y lo que hacéis ahora es afligirme.

—Lo conozco,—repuso de Brián, sacudiendo la cabeza y haciéndose dueño de su dolor; —lo conozco; porque no sóis vos, no, de las mujeres que gozan en ver sufrir á los hombres. En vos, Clemencia, todo es honrado y sincero, hasta la confiada fe en el amor que inspiráis; amor que hacéis nacer sin desearlo, que rehusáis sin injuriarlo con el desprecio, graduándolo de mentido; pues sería difícil precisar lo que en vos es más bello, Clemencia, si vuestra

alma, vuestro corazón ó vuestra persona. ¡Si! soís un sér privilegiado que conocí y aprecié por mi ventura, y del que no he sabido hacerme amar por mi desgracia.

Diciendo esto de Brián, se levantó, se acercó á Clemencia, tomó su mano que besó, y salió sin añadir más que:

—Adiós... Clemencia.

Clemencia quedó en un estado tan violento y nuevo para ella, que se encerró en su cuarto y se puso á llorar amargamente.

—¡Dios mío! pensaba ¿es éste el amor cuya felicidad tan alto se encomia, y el que tanto anhelan inspirar las mujeres? ¡Qué! esos hombres no hubiesen sido mis amigos, ¿me huyen, y se convierten en tiranos solo porque me aman? ¿Son estos comportamientos, Dios mío, hijos de cariño? ¿No lo serán más bien de amor propio? ¿Son en estos hombres, estas escenas amargas, este veneno vertido, hijos de ese sentimiento dulce, el amor; ó lo son de sus caracteres? ¿Juzga el Vizconde en conciencia y justicia á Sir George, ó por celosa malevolencia? ¿Son en Sir George las cosas que dice, hijas de su habitual ironía, ó son hijas de su corazón? ¿Me pedirá que le perdone... ó ha

fingido amarme? ¡Se va! ¿volverá como opina el Vizconde?

Pasó una noche agitadísima, y á la mañana siguiente recibía esta carta escrita en francés.

(Esta esquela la había escrito Sir George la noche antes, al entrar en su casa bajo la impresión de rabia y celos que le había causado la visita del Vizconde y la firmeza de Clemencia en no querer ceder á su despótica exigencia. Su habitual indiferencia ó flemma le habían abandonado, y toda la dureza y altanería de su índole aparecían sin el fino y delicado barniz con que su exquisito buen tono las encubrían).

«Creo, señora, que el amor meridional lo han inventado los novelistas para dar una pesada chanza y para crear decepciones; ó bien será que las encantadoras hijas de Iberia, de puñalen liga, se han trasformado, gracias á la civilización, en vestales cristianas, de rosario en mano.

»Vuestros favores son tan ascéticos, y los distribuis con una imparcialidad y una gracia tan perfectas, que nadie puede tener derecho de quejarse, y si todos razón para agra-

»decer: así con vuestro candor monjil hacéis
 »ni más ni menos que las coquetas con sus ar-
 »tificios mundanos.

»Señora, en vuestro país, patria genuina
 »de los refranes, dichos y chilindrinas, hay
 »uno que dice *ó César ó cesár*, y del que os
 »suplico que hagáis la aplicación. Si me amáis,
 »que sea *exclusiva y decididamente*, admitiéndome
 »por marido ó por amante: para ambas
 »cosas me ofrezco; para cualquier cosa, menos
 »para un Tántalo sentimental.

»Vuestro confesor os dirá que mi exigencia
 »es en todo conforme al espíritu del Evan-
 »gelio.

GEORGE PERCY».

Al leer esta humillante, inconcebible y chavacana carta, dura é incisiva como el acero aguzado, un espantoso temblor se apoderó de Clemencia; sus oídos zumbaban, sus arterias latían, y cayó exánime sobre su sofá.

Bien podía haber pasado esa carta insolente entre las señoras del gran mundo, que á fuer de merecerlas tienen que sufrirlas; bien podía tener curso en aquella sociedad tan pulida en su exterior, tan corrompida interna-

mente, en que es proscrita la gansería, y admitida y practicada la insolencia; pero en la esfera de Clemencia sucedía justamente lo contrario. Clemencia, indulgente á una ofensiva falta de finura, sentía en sí y podía ostentar la dignidad que no tolera la insolencia; esto es, que tenía la conciencia de su propio valer é invulnerabilidad.

Clemencia, herida de la manera más cruel é inesperada por esa carta, que no hay pluma española que hubiese podido escribir, pretextó una indisposición, se encerró y pasó las veinticuatro horas más terribles de su vida. Revisó con el esfuerzo de su razón las ideas y sentimientos que en todos asuntos había ostentado Sir George, y alzó con valor el dorado velo con que su amor había cubierto su sequedad. Todo lo analizó con firme é imparcial voluntad.

—¡Ah! pensó al concluir este cruel examen, ¿iría yo después de haber sido unida al tipo de los vicios materiales, por propia voluntad y arrastrada por un amor que me echo en cara como una falta, á unirme al de todos los vicios del espíritu? ¡No! ¡Qué bien ha dicho el Viz-

conde, que nuestras almas serían siempre en su contacto como la unión de un cuerpo vivo á un cadáver!

Así, pues, en esta lucha destrozadora que sufrieron su pasión y su razón, la dignidad de la mujer se alzó fuerte y brillante como un faro, á cuyos pies se estrellaron las olas de su corazón: del combate salió serena y firme su dignidad, triunfantes sus nobles y elevados instintos, irrevocable la resolución que le surgieron.

— ¡Sí, padre mío! exclamó tomando una pluma, y poniéndose á escribir, en mi corazón está impreso con tu recuerdo tu último consejo: SI LUCHA HAY, HAZ QUE TRIUNFE LA RAZÓN! Y escribió con firme pulso y ánimo reposado la siguiente carta:

«Convencida de la verdad del refrán con que españolizáis vuestra carta, ó *César* ó *cesar*, opto por lo segundo.

»Há tiempo era esto un presentimiento; »ayer fué un propósito; hoy es un fallo.

CLEMENCIA PONCE».

Al mismo tiempo escribió esta otra:

«Pablo, deseo verte; el por qué te lo diré de palabra si estimas saberlo, tu prima.

CLEMENCIA».

Cuando Sir George, que como es de suponer no había partido, supo por su ayuda de cámara la ida del Vizconde, efectuada aquella mañana, se arrepintió amargamente de la carta que había escrito á Clemencia; carta escrita en aquellos momentos en que el despecho y el amor propio herido quitan todo artificio al hombre, que se muestra en ellos tal cual es. No obstante, Sir George no graduaba lo profundo de las heridas que había causado á aquel corazón de que se sabía querido; estaba acostumbrado á amazonas agueridas, á quienes atraía el combate. No comprendía las heridas hechas al corazón, y sentía sólo las hechas al amor propio: hubiera querido borrar con su sangre aquellas expresiones satíricas de vestal cristiana con rosario en mano, candor monjil, y no haber chocado con las ideas religiosas de Clemencia hablando de su confesor. No obstante, se consolaba pensando al concluir de prisa su tocador, me ama, y la mujer que ama no resiste á las lágrimas y su-

plicas del hombre á quien quiere!—¡Pobrecilla! ¡esa sí que sabe querer! si no se hiciese tanto de rogar! ¡Oh! si el amor que nos tienen no fuese cosa que empalagase á la larga, y no trajese en pos de sí la sujeción, los celos y las exigencias, ¡qué bella cosa sería!

Sir George corrió á casa de Clemencia, y recibió por respuesta que la señora no recibía por estar indispuesta. Esto le contrarió, pero reflexionando pensó que le era quizás favorable, y que convenía dejar pasar el primer ímpetu de indignación.

A prima noche, á su hora acostumbrada, volvió y recibió la misma respuesta.

Sir George sintió dos grandes contrariedades, la una la de no ver á Clemencia y la otra de no saber á qué parte ir á pasar la noche donde no se aburriese; se volvió á su casa, se puso á leer los papeles ingleses, y se quedó dormido.

A la mañana siguiente recibió la carta de Clemencia.

—¡Por fin! exclamó, el hielo se deshace.

Después de leída, Sir George se quedó por mucho tiempo completamente parado y aturdido. La carta no traía una queja, ni una lágrima, ni un epíteto ágrío.

—¡No comprendo! dijo. ¡Cosas de España! Le habrá puesto la carta su director.

Sir George no podía parar; montó á caballo para hacer hora.

A las dos fué á casa de Clemencia; la señora había salido.

Sir George no pudo disimular su despecho, y preguntó con indiscreción que dónde habría ido, pues le precisaba hablarla. Supo que en casa de su tía la Marquesa de Cortegana, y corrió allí.

—Estás pálida, decía Constancia á Clemencia en aquella hora: ¿te sientes indispuesta?

—No, no lo estoy, respondió ésta; los semblantes, como el cielo, no tienen siempre los mismos matices, Constancia.

—¡Ay, hija mía! ¡si sufrieses lo que yo! dijo la pobre Marquesa.

—Si con eso os aliviase, tía, ¡con cuánto placer lo sufriría!

Abrióse la puerta entonces, y apareció Pepino con su aire diplomático.

—Ahí está uno, dijo.

—¿Y qué quiere? preguntó Constancia.

—¡Toma! un ratito de conversación,

—Pero... ¿quién es?

—El señor de Jesu Cristo.

—¡Ay! ¡qué barbaridad! exclamó Constan-
cia, tapándose con ambas manos la cara.

—¿Pues no se llama *asim*? dijo Pepino que
había oído nombrar á Sir George Monte-
Cristo.

—No, hombre; ese caballero es el señor don
Jorge el inglés.

—¿E qué le digu?

—¿Madre, lo recibiréis?

—No, hija mía, me siento hoy tan mala,
que no puedo recibir á nadie.

—Clemencia, ¿si tú quisieras recibirlo? dijo
su prima con voz suplicatoria.

—Constancia, dispénsame; en otra cosa te
complaceré; pero déjame aquí acompañando á
tu madre, que para eso he venido.

Constancia hizo un involuntario movimien-
to de impaciencia que refrenó en el momento,
y salió con apacible y grave semblante para
ir al estrado, donde fue introducido Sir Geor-
ge por Pepino, que le dijo:

—Señor D. Jorge el inglés, tenga á bien de
pasar adelante; pero sacúdase su señoría los
piés antes de entrare. Sepa su señoría, prosi-
guió Pepino sin que se le preguntase, que la

señora está su señoría *intercaliente*; señor, los médicos malditos y la botica se llevan un dineral, porque lo que saben es recetar, eso sí; pero *cuidien* que no saben curar.

La conversación entre Sir George y Constancia no podía menos de ser lánguida: después de preguntar con interés por la marquesa, y asegurarse mutuamente que hacía frío, el diálogo quedó como cortado con unas tijeras.

Al cabo de un rato dijo Sir George poniéndose en pié y viendo lo infructuoso de esta su nueva tentativa por ver á Clemencia.

—No quiero quitar á Vd. su tiempo, que querrá dedicar todo á la asistencia de la enferma.

—Efectivamente, repuso Constancia, sólo la satisfacción de dar á Vd. las gracias por el interés que muestra por mi madre, me hubiese separado de su lado.

Sir George saludó y salió.

Volvióse á su casa en un estado en que le agitaban igualmente el pesar, el coraje y el temor.

Escribió una carta apasionada y afligida, en que se veían las señales de sus lágrimas,

expresando su arrepentimiento y formulando las más vivas instancias porque Clemencia le perdonase lo que á su pluma escapó en un momento de celos y de despecho.

Clemencia leyó la carta; pero Sir George se había desprestigiado con ella; aquel ídolo que ella hiciera tan bello, había caído de su falso pedestal; las expresiones de la carta le parecieron afectadas, las ideas falsas, el lenguaje palabrería hueca, y las lágrimas gotas de agua.

La venda había caído.

Clemencia no contestó.

Al día siguiente Sir George, desesperado, pues entreveía que en una mujer de carácter tan superior como era Clemencia, por grande que fuese el poder de su amante corazón, sería aún mayor el de la voluntad dirigida por la razón y estimulada por la dignidad femenina, volvió á escribir, y esta vez su carta más sincera, era más sencilla, y por lo tanto más elocuente.

Pero Clemencia no la abrió, y se la devolvió cerrada con un sobre.

Entonces Sir George se abatió profundamente, no porque se despertase en aquel cora-

zón muerto una pasión real y sentida por Clemencia, eso no era posible: cenizas no levantan llama! Pero ese hombre para quien la vida había perdido todos sus prestigios, todos sus goces, todo su interés, todo su valor, todas sus excitaciones, había hallado en Clemencia el sólo sér que sobrepujaba por instinto á toda su adquirida aristocracia intelectual; la sola mujer que con su gracia, á la vez aguda é infantil, su saber y su inocencia, su inteligencia de primer orden y sus sentimientos de alta esfera, su poesía de corazón, y su sensatez en la vida práctica, le atraía, le interesaba, le entretenía, le sorprendía; en fin, había logrado lo que no otra, llenarle.

¡Extraña anomalía! El impulso que sentía hacia Clemencia, y el deseo de reconciliarse con ella, llevó á Sir George el escéptico, el positivo, el estóico y desdeñoso, hasta el punto ridículo de hacer los extremos de un héroe de novela: rondó la calle de Clemencia noches enteras, escribió carta sobre carta, se fingió malo, obsequió á D. Galo con un par de pistolas de Mantón (el regalo más inútil del mundo); pero todo fué en vano y se estrelló contra la resolución, que después de un íntimo con-

vencimiento, había inspirado su sano juicio á Clemencia.

Sir George se hacía ilusión, ó quería hacerse, de que esos extremos eran hijos de un sentimiento vivo y vigoroso, y pulsaba con ansia su corazón por ver cómo latía; pero era en vano, la cuerda de ese bello reloj estaba gastada; y cuanto hacía era ficticio; no se pudo engañar, y acabó por reirse con ágrío desden de sí mismo.

—¡Y que haya, decía con amargura, hombres que afecten mi estado! ¡Hombres que se afanen en hacerse la antítesis de Prometeo, no buscando, sino apagando la llama de la vida!

Entonces sir George cayó en uno de esos accesos de misántropo esplin, que le hacían el más desgraciado de los hombres, tanto más, cuanto que quería disimularlos; y de los cuales sólo Clemencia hubiera podido sacarle con su trato encantador, como David á Saul de los suyos, con su melodiosa arpa.

CAPÍTULO X

Pablo al recibir la carta de su prima, se había apresurado á ponerse en camino.—Algún negocio, pensaba, algún apuro en que se hallará, algún pleito en que la hayan envuelto. Es la primera vez que me escribe: ¡dichoso yo si puedo serle útil!

Pero apenas hubo llegado, apenas pasaron las primeras expresiones de bienvenida, cuando le dijo Clemencia:

—Pablo, ¿me amas aún?

Pablo se halló tan sorprendido y trastornado con esta inesperada pregunta, que no contestó.

—Respóndeme, Pablo, dijo Clemencia.

—No respondo, Clemencia, porque tú no me preguntas para saber mi respuesta, dijo éste al fin.

—Será entonces para oirla.

—¿Y con qué objeto quieres oirla?

—Con el objeto, caso de que sea afirmativa, de que me dé pié y ánimo para decirte, Pablo, que aprecio tu amor, lo merezco, lo admito y le correspondo.

—¿A qué debo atribuir este cambio? exclamó Pablo, cuya voz temblaba de emoción. ¿Es ironía? ¿Es despecho?

—No, Pablo, no; es profundo aprecio, íntimo cariño; y la convicción de que tú y solo tú eres el hombre á cuyo lado puedo hallar la felicidad, según yo la entiendo.

—¿Has amado á otro, Clemencia, y juzgas acaso así mis sentimientos por comparación?

—Así es, no lo niego; con la misma sinceridad y verdad con que esto te confieso, añado que el amor del hombre que amé no lo desprecio, pero lo desdeño; su persona no la odio, pero me es indiferente. Mi amor, pues, dejó de existir como estrella de la noche que apagó el día; pues no creas, Pablo, que en mí sea el amor una llama que encienden y atizan ciegas pasiones, no; es un fuego santo que sólo sostiene y alimenta lo bueno y lo bello, como en el culto griego al fuego sacro sólo alimentaban las puras vestales. Es esto en mí instintivo, á

la par que razonado y previsor; y es además una convicción que ha madurado á la vez mi experiencia y la santa autoridad de nuestro tío, la que cual el sol alumbra aún al través de las nubes. No creo necesario añadir, Pablo, que cuando me ofrezco por tu compañera á ti que honro y venero, me ofrezco pura, como debe serlo la que tú llames tu consorte. Te he dicho la verdad, así como te hubiera descubierto una falta, si tuviera la amarga desgracia de que sobre mi conciencia pesara, confiada en que me las habrías perdonado, pues como decía nuestro sabio Mentor: *la virtud sin clemencia, es orgullo*. Entre los dos, Pablo, no debe haber nada oculto, ni lo habrá nunca: un misterio sería entre ambos una profanación de nuestra dulce confianza, una empañadura en la pureza de nuestro amor, y una pared de cristal frío y duro, que aunque invisible nos separaría. He sufrido, Pablo! esto es todo mi secreto.

—¡Oh! exclamó Pablo. En mala hora, pues, te viniste y me dejaste.

—En buena hora, Pablo, en buena hora; pues solo así se ha sabido apreciar y comprender cuanto vale á tu lado la verdadera felici-

dad, y sobre poner ésta á todas las demás. Solo así he podido comparar el vacío, lo corrompido, lo exhausto, lo seco, y lo acerbo de esas naturalezas que una gran cultura cubre con un barniz tan delicado, que seduce á los inexpertos como yo, y á veces es preferido al mérito real por los que no saben apreciar lo bello de la humana naturaleza. He podido comparar este barniz con la verdadera nobleza de alma, con el puro é inmaculado sentir de un corazón sano, con la rectitud de un entendimiento no contaminado con los vicios de la sociedad, con un carácter franco y entero que sigue con valor la senda del bien, como el Cid de la victoria, y para el que son instintivos la generosidad, el heroísmo, la virtud y la delicadeza, y he podido conocer que aquel que me deslumbró fué lo primero, y que tú, Pablo, que llenas mi corazón, cuya compañera voy á ser con entusiasmo, eres lo segundo.

—Con que... ¿me amas, Clemencia? preguntó profundamente conmovido Pablo.

—Con toda la bella exaltación con que un corazón tierno ama lo bueno, Pablo; te amo con toda la convicción con que se ama á la virtud, con la constancia con que se ama la

dicha, con toda la ternura y abandono con que se ama al que se escoge libre, voluntaria y reflexivamente por compañero ante Dios y los hombres.

—Unidos, pues, exclamó con voz ahogada por su emoción Pablo, unidos para siempre, unidos irrevocablemente, inseparables en la tierra y en el cielo... ¡Oh, Dios mio! ¿Es un sueño tanta felicidad?

Y arrastrado por un impulso irresistible, Pablo cayó á los piés de Clemencia, y ocultando entre sus manos su rostro bañado de lágrimas, lo apoyó sobre las rodillas de la que iba á ser su mujer.

—Pablo, dijo Clemencia después de un rato de silencio, satisfaz un capricho de mi corazón, y dime, ¿qué te ha llevado á amarme?

—Es todo, sin que nada pueda precisar, respondió Pablo sin levantarse: es porque TÚ ERES TÚ.

—¿Pero es mi figura lo que te es grata? ¿Son mis sentimientos los que te son simpáticos? ¿O son mis pensamientos los que te seducen?

—Nada de eso es, Clemencia; tu figura, tu sentir y tu pensar me son gratos y simpáticos y me seducen, porque son TUYOS. Róbete un

mal tu hermosura, tu talento, tu sentir vivaz y poético; yo, Clemencia, te amaría lo mismo; te amaría loca, sin que me lo agradecieses; ¡te amaría muerta... como te he amado sin esperanzas.

—¡Esto es ser amada, y esto es la dicha! dijo Clemencia enternecida, apretando entre sus delicadas y blancas manos las honradas y varoniles manos de su primo.

Pablo comió en casa de Clemencia, y á la tarde vino D. Galo á tomar con ellos café.

Clemencia estaba brillante de alegría como lo está la naturaleza cuando de pués de una corta tempestad le sonríe el sol.

—¡Qué alegre está Vd., Clemencita! dijo D. Galo paladeando una copa del rico licor que se hace en el puerto de Santa María.

Y ciertamente Clemencia lo estaba. La soberbia y acerba con lucta de Sir George comparada á la de Pablo, no solo la había hecho apreciar la delicadeza y generosidad de la de éste, sino que la primera le causó un sentimiento de temerosa repulsa que le hizo huir de aquel hombre duro, á par que hizo brotar un aprecio tierno y simpático hacia Pablo que la llevó á apegarse al que á tanta entereza unía

tan delicado cariño. Sentía al lado de Pablo lo que el viajero que goza de la dulce sombra y tranquilo descanso de una bella encina, después de atravesar jadeante un áspero y quebrado suelo bajo los rayos de un sol ardiente; así fué que contestó con sincera y alegre exaltación:

—Soy como las niñas, amigo mío; aunque cuento cerca de cinco *olimpiadas*. Hablaré mi lenguaje, ya que me echan el baldón de ser sábia. ¡Estoy tan alegre! ¿Sabe Vd. por qué?

—No atino, hija mía.

—Pues es, repuso Clemencia acercándose á su oído, es porque... me caso, no quiero ni tengo por qué callárselo á tan buen amigo.

Don Galo hizo tal movimiento de sorpresa, que el licor que contenía su copa, tuvo las oscilaciones del flujo y reflujo del mar. No era la sorpresa de D. Galo causada por no haber notado en Clemencia particularidad con ninguno de sus apasionados, sino porque, sin darse él cuenta del por qué, se había figurado que Clemencia en la tierra, así como las estrellas en el cielo, estaban muy bien é inamoviblemente colocadas, y que su variación era un cataclismo en el orden establecido. Además,

en la buena moral de D. Galo era para él el anuncio del casamiento de una bella, lo que es para el cazador, por torpe que sea, el anuncio de la veda, así fué que exclamó consternado:

—¿Que Vd. se casa? ¿De veras?

—¿Y por qué no, señor mio? ¿Tienen las *sabias*, además de otras desgracias, la de ser incasables?

—Pero.....—dijo D. Galo sin prestar atención á lo que decía Clemencia, y esperando aún que lo dicho fuese una broma; pero..... ¿quién es el dichoso?

—El dichoso,—porque á fe mía que lo será! —es D. Pablo Ladrón de Guevara, mi primo, y desde ahora el amigo de los que lo son míos.

Pablo alargó sonriendo la mano á D. Galo.

—Sea en buen hora... sea para bien! tartamudeaba cortado D. Galo, felicito... tomo parte... celebro... los Guevaras están predestinados!... Y entre tanto, examinando la persona de Pablo, que vestido de traje de ciudad no tenía el aire de un petimetre de los modernamente designados con la palabra inglesa *dandy*, se decía á sí mismo: ¡Quién es capaz de comprender los caprichos de las bellas hijas de Eva. ¡Vea Vd., Clemencita, que hubiese

podido escoger entre la flor y la nata!... yo la creía incansable!... si hubiese sospechado lo contrario!... ¡Casarse! ¿A qué santo? ¿No estaba tan bien así? ¡Me he llevado chasco!—no seré el solo.

—Don Galo, añadió alegremente Clemencia, este es un gran secreto; pero que no me importa que todo el mundo lo sepa.

—A muchos lo callaré, contestó en su tono galante y con su más chusca sonrisa D. Galo, porque no me gusta ser portador de malas nuevas.

Vamos, añadió para sí,—echando con disimulo el lente á Pablo, que en este momento se había puesto á escribir en el escritorio de Clemencia una carta á Villa-María,—sobre gustos no hay nada escrito. Cuando Clemencia le ha elegido, tendrá mérito; sólo que por más que miro, me persuado que no está á la vista.

A la noche D. Galo fué algo más temprano de lo que acostumbraba á la tertulia de la señora de la Tijera. Voy, dijo antes de sentarse, á dar á ustedes una noticia que de cierto ignoran, y tan fresca, que es nonata para el público.

Inmediatamente fué D. Galo asaltado con esta descarga de preguntas:

—¿Es triste ó alegre?—¿Pertenece á la alta ó baja política?—¿Es jocosa ó fúnebre?—¿Es auténtica ó apócrifa?—¿Es de luengas tierras?—¿Es indígena?—¿Es redonda?—¿Ha venido por telégrafo?

—Es, respondió D. Galo, dejando que se restableciese el silencio, para dardotodo su peso y solemnidad á su respuesta; es inesperada, imprevista, sorprendente y extraordinaria!

—Ea, pues, decidla, exclamó Lolita.

Don Galo calló, luciendo su más resplandeciente sonrisa, prolongando así el dulce momento en que era el punto céntrico de la atención general.

—Don Galo, dijo uno de los concurrentes, es Vd. como el reloj de Pamplona, que es fama que apunta, pero no da.

—Don Galo, ¿queréis convertirnos en pata-natas? exclamó impaciente la curiosa Lolita.

—No, opinó un joven estudiante; Pando quiere ser diputado, y se ensaya en el arte de *hacer efecto*

—Dejad á D. Galo Pando, á quien viene mal el nombre como á mí, que en mi vida he

tenido un dolor de cabeza, el de Dolores. Rojas, contadnos qué tal hicieron anoche el tío Caniyitas.

Al oír mentar la zarzuela de moda, Rojas, que era un filarmónico, se puso á talarear:

Las solteras son de oro,
las casadas de plata,
las viudas son de cobre
y las viejas de hojalata.

—Pura adulación á las solteras, dijo Lolita; el garavatillo de las viudas es mucho más atractivo que los famosos y nunca bien ponderados quince abriles, que han inventado los poetas despechados, porque los veinte mayos no los hacen caso.

—En confirmación de lo que Vd. dice, en cuanto á las viudas, hija mía, dijo D. Galo, que aprovechó la ocasión que se le escapaba de lanzar á la publicidad su famosa noticia, diré á Vd. que se casa una viudita.

Don Galo suspendió su comunicado, volviendo en torno suyo unos ojos, en los que procuró poner toda la chuscada indígena.

—¿Quién es la infeliz? dijeron ellas.

—¿Quién es el engañado? añadieron ellos.

—¡Qué premioso soís! exclamó Lolita.

—Le favorecéis.... que es pesado, opinó Rojas.

—Guarde Vd. su noticia para escabeche, dijo levantándose Lola.

Don Galo, que vió que por segunda vez perdía la oportunidad y la atención, repuso:

—Pues sabed que se casa Clemencita.

—¿Con Monte-Cristo? preguntó volviéndose bruscamente la niña curiosa.

—¿Con Carlo-Magno? añadió otra.

—No han acertado Vds., hijas mías, contestó en sus glorias D. Galo.

—Pues dígalo Vd., señor; que sino vamos á dar á Vd. el diploma de Mayor en el Regimiento de la Posma. ¿Con quién es?... ¿Es con usted?

—¡Tanta dicha, no es para mí, Lolita, hija mía! contestó con buena fe D. Galo, á la burlesca pregunta; de sobra sabe Vd. que tengo mala suerte y sólo hallo ingratas; además, mi situación no me permite...

—¿Es con su primo Cortegana, que dicen ha llegado?

—No; es con otro su primo, de Villa María, Pablo Guevara.

—¿Aquel lugareño que ví en su casa ayer, que lleva los guantes como manajo de espárragos? ¡Dios nos asista! no sabe ni hablar: ¡ mire Vd. con quién fué á dar la *sabia!* ¡Yo que creí que se iba á casar con el Liceo!

—Quien menos vale, más merece, opinó uno de los presentes.

—¡Ya! ¡ya sabe la viudita! añadió una de las señoras mayores; Guevara que heredó de su tío don Martín, y que tiene por su casa, es una gran boda; ¡ya sabe la viudita lo que se hace!

—Es la opinión más errada, dijo un oidor amigo de Clemencia, y la menos justificada, la que atribuye á las mujeres que tienen alguna instrucción el que *saben mucho*, en el sentido que se ha dado á esta frase común, que es un compuesto de astucia, cálculo, intriga y perspicacia. Es cabal y notoriamente lo contrario; esta clase de saber, suele ser propia de aquellas que no tienen otra cosa en que explayar su imaginación y ocupar sus facultades intelectuales, y les es seguramente más útil que á las otras sus estudios: así, si las primeras tienen buena suerte, la deberán ciertamente á otras causas que á su *saber*, en el sentido

dicho. Quien atribuye á cálculo á Clemencia, debe precisamente no conocerla.

—Para predicador de honras, se pinta usted solo, observó ágriamente la señora de la Tijera.

—Pues no ha dicho más que la pura verdad, opinó D. Galo. Sepa Vd., Lolita, hija mía, que á sus espaldas hace ese caballero otros justos elogios de Vd.

—Eso no quita, santo varón, contestó Lolita, que sepa mucho Clemencia Ponce, y haya dado una prueba casándose con ese richo, que procurará aumentar las rentas pasando la mayor parte del tiempo en el pueblo, mientras ella se las gaste aquí en toda libertad.

—No es Clemencia gastadora por cierto, repuso D. Galo.

—¡Ya! si no tenía lo bastante para ello, ¿cómo había de serlo? dijo la Tijera; su suegro no tuvo por conveniente dejarle nada, ni aún viudedad; así es, que solo tenía lo que le dejó el tío Abad.

—Que era muy mucho, repuso D. Galo.

—Y además una gran viudedad que le señaló, sino el suegro, el heredero de la casa.

—Por lo visto, pensaba que la disfrutase poco tiempo, dijo otra señora.

—Viudedad que nunca consintió en admitir, me consta; lo sé por su tía, observó don Galo.

—Eso fué sembrar para recoger, repuso otra de las matronas.

—¡Una buena cosecha! exclamó soltando una carcajada Lolita.

¡Tales son los juicios y fallos del mundo! esta es la inconcebible y malévola ligereza con que se juzga á las personas, se califican los hechos y se les suponen móviles; esta la infame falta de conciencia, de rectitud y de justicia, con que se pretende formar la cosa más preciosa que tiene el hombre, su reputación! Se echa en cara á la época el poco precio que ponen los hombres á la opinión que gozan; mas esto ha debido suceder desde que la malevolencia y la calumnia han usurpado á la verdad y á la justicia su misión de formarla, ora sean aquéllas guiadas en la prensa por las pasiones políticas, ora en sociedad por el espíritu hostil que en ella vive y reina.

CAPITULO XI

Al día siguiente fué D. Galo, como tenía de costumbre, á visitar á Sir George, visita que miraba como obligatoria desde que las pistolas de Manton habían aumentado su fina amistad con un fino agradecimiento. Este le recibió con una de esas sonrisas *prestadas*, como dicen los franceses, que era en el altivo *gentleman* la expresión de la suma distracción, que producían en él los entes de tal nulidad, que se desdeñaba de desdeñar.

Don Galo, como es de inferir, estaba lleno de la gran noticia, que si bien le había contrariado, había traído su contrapeso con la satisfacción que le había procurado Clemencia eligiéndole por su primer confidente, y por digno esparcidor de su confidencia. Así fué, que apenas se hubo informado de su salud, cuando dijo á su amigo con una sonrisa colosal:

—El dios Himeneo prepara sus coronas, señor D. Jorge.

—¡A! ¿y cuáles son las bellas sienes sobre las que van á brillar? respondió éste.

—Las de una amiga vuestra, contestó don Galo, que lo que menos señaaba era que en esto tuviese interés Sir George.

Don Galo no dejaba de observar un obsequio ó un galanteo; una contradanza y un wals bailado con el mismo compañero por una de las bellas, era cosa grave y significativa para él; en cuanto al movimiento enérgico é interno con que las pasiones agitan la sociedad, este no lo penetraba su observación benévola y superficial.

—¿Cuál amiga? preguntó Sir George. ¡Tengo tantas! pues soy como Vd., señor Pando, gran partidario de las bellas. ¿Será quizás la valiente coronela Mata-moros?

—No señor, no señor, es joven, hermosa, fina, discreta, y sobre todo buena como no otra.

—Hay tantas jóvenes, tantas hermosas, tantas finas, tantas discretas y tantas buenas en Sevilla, que sería difícil para mí acertar por esas señas quién pueda ser.

—Pues diré á Vd.—D. Galo tomó un aire entre importante y satisfecho—que es nuestra apreciable y querida Clemencita.

—¡Es mentira! gritó Sir George levantándose airado y empujando la mesa.

No es fácil explicar la sorpresa mezclada de susto que sintió D. Galo al ver á Sir George ante sí erguido, el rostro encendido y los ojos centelleantes, sin saber á qué atribuir aquel furioso repente.

—¿Qué le ha dado? pensó. ¿Será esto efecto de ese malhadado esplin de los ingleses, que á otros ha llevado á tirarse un pistoletazo? ¿Si buscará un duelo? ¡Jesús! aquellas pistolas de Mantón que me regaló... si sería con la idea?... ¡estamos bien!... ¡qué hombre tan peligroso! ¡záfese Vd. de semejantes compromisos con semejantes osos!... Pero no, añadió volviendo á sus naturales, pacíficas ideas; lo que me parece al ver su rostro tan alterado, es que está enfermo; veamos de apaciguarlo, pues nada he dicho que pueda incomodarle: así fué, que dijo:

—No miento, mi querido señor, ni penseis que soy capaz de hacerlo, y menos con el fin de inducir en error, á una persona como usted, que tanto aprecio; si lo he dicho, es porque lo

sé de la misma boca de Clemencia, que añadió no ser esto un misterio; si no estuviese autorizado, yo no sería capaz de publicarlo.

—¿Ella lo ha dicho?

—Y puedo lisonjearme, respondió D. Galo, que se iba recobrando y serenando, de que soy el primero de sus amigos á quien ha honrado Clemencia con su confianza. Por cierto que ya tengo encargado á Cadiz un tarjetero de filigrana, de oro-plata y esmalte de Manila, para regalárselo. Pero suplico á Vd. que me hagáis un favor, señor D. Jorge.

Don Galo hizo una pausa.

—¿Y bien... qué favor? preguntó bruscamente Sir George, que quería abreviar la conferencia.

—Que no se lo diga Vd.

—¡Oh! cuente Vd. con mi discreción, señor D. Galo, repuso Sir George, que había vuelto á ser dueño de sí, y tenía ya en sus lábios su habitual sonrisa fría como una flor de mármol; ahora yo pediré á Vd. también otro favor.

—No tiene Vd. sino mandar: ¿cuál es?

—Que se vaya Vd.

Don Galo, que no concebía la impertinen-

cia de la aristocracia inglesa, se quedó mirando á Sir George con los ojos tamaños, y estuvo por sacar el lente.

Sir George se había quedado impasible; sólo que cada vez la sonrisa que cubría la tempestad de su ánimo era más glacial.

—Decididamente, pensó D. Galo, está malo este pobre hombre, y por eso quiere estar solo; me parece que un par de sangrías...

—Señor don Jorge, dijo en voz alta, me parece que su semblante está un poco arrebatado; bien veo que no está Vd. en caja; en este país combate mucho la sangre, sobre todo al acercarse la primavera. ¿Tiene Vd. dolor de cabeza? Creo que una pequeña evacuación y unos vasos de malvavisco (en latín *altea*) harían á Vd. mucho bien.

Lo que D. Galo decía de la mejor fe del mundo, no pareció tal á Sir George, por lo cual le dijo sin levantar la voz:

—Señor don Galo, ¿prefiere Vd. salir por la puerta... ó por la ventana?

Don Galo se levantó, cual si por medio del asiento de su silla le hubiesen pinchado con una espada.

—Que Vd. lo pase bien, señor don Jorge,

dijo cogiendo el sombrero; yo deseo que Vd. se alivie.

—Y yo... ¡que el diablo cargue contigo! dijo en inglés y entre dientes Sir George.

Apenas bajó D. Galo de dos en dos los escalones de la escalera, y se vió en la calle en seguridad, cuando se dijo:

—¡Toma! ¡toma! ¡Y yo que no caía! ¡Torpe de mí! ¡Toma! ¡toma! ¡La de los ingleses! una turca de las buenas; habrá almorzado con algún paisano suyo, y se habrán bebido un par de docenas de botellas de Jerez. ¡Y yo que no me apercibía! ¡qué torpeza! ¡Ya!... ¡como que aquí en España estamos hechos entre las gentes finas á semejantes chocarrerías!

Don Galo se fué enseguida en casa de Clemencia, á quien halló sola.

—¡Jesús! dijo poco después de haber entrado: no puede Vd. pensar el mal rato que he pasado.

—¿Sí? lo siento. ¿Por qué causa y dónde?

—Por causa y en casa de D. Jorge. ¡Jesús!

—Pero, ¿con qué motivo? preguntó Clemencia algo inmutada.

—¿Por qué... Clemencita?...

Don Galo se sonrió con la chuscada que

acostumbraba, aun cuando lo que decía fuese lo que se llama, nada entre dos platos.

—Vaya, diga Vd., D. Galo; dijo Clemencia, á quien la respuesta de D. Galo inquietaba.

—Clemencia, solo á Vd. y en confianza lo digo.

—Sabe Vd. que soy callada, D. Galo.

—Sí, sí, por eso se lo diré. Fui, pues, allá esta mañana; un paso de atención.

—Ciertamente. ¿Y bien?

—Pues sabrá Vd. que D. Jorge estaba...

Don Galo abrió la mano y apoyó su dedo pulgar en sus labios, guiñó un ojo, se sonrió en grande y añadió: Ya me entiende Vd.

—No entiendo, repuso Clemencia.

—Pues nuestro inglés estaba... dijo D. Galo, y acercándose á Clemencia, añadió: ébrio.

—¡Ebrio! exclamó ésta asombrada.

—Como una cuba, repuso D. Galo.

Don Galo refirió con todos sus pormenores la referida escena á Clemencia, y esta lo comprendió todo: no era mujer bastante bulgar para gozarse en el despecho de Sir George, pero í bastante delicada para que le chocasen los insolentes y acerbos procedimientos con

que había insultado al hombre más benévolo é inofensivo, y que era además amigo de ella. Así fué que aún esta escena contribuyó á hacerle conocer todo lo áspero y duro de aquella naturaleza que la inteligencia había podido elevar, la exquisita sociedad pulir, pero á la que nada había podido dar un corazón, sin el cual son todos los demás dotes, bellas vestiduras, resplandecientes coronas que encubren un esqueleto.

Durante esta conversación, Sir George, que se había quedado solo, se paseaba por su cuarto en un estado de cólera y exasperación el más violento, y se decía:

—*Joué!* burlado!..... ¡como un pollito! ¿Y por quién? ¡por una mujer que ha pasado la mitad de su vida en un convento, y la otra mitad en el campo! por una hija de la naturaleza, criada por un fraile sentimental y ascético. ¡Y yo que creí que amaba! ¡Oh! qué anomalías se ven en las españolas. Entre estas mujeres, las que valen son culebras insujetables. La ofendí, lo confieso; pero he querido pedirle perdón, y no he podido ni aún verla! —Son estas mujeres suaves flores con tallos de acero. No conocen la vanidad cuando compite

con su innato é indomable orgullo mujeril.— Casarse con otro, cuando le ofrecí ser mi mujer! ¡Qué insolencia! ¿Y con quién? ¿Será con su recién llegado primo Cortegana, ese chisgarabís, ese mono afrancesado? No; será con un pastor Fido, inocente como sus corderos. ¡Y ese imbécil de Pando que no me lo ha dicho! ¡siento no haberle tirado por la ventana! ¡Y esa criatura se aviene á encerrarse en ese círculo vulgar y mezquino! ¡Oh! ¡es una criatura incomprendible! todo lo sabe por instinto, como el ruiseñor la melodía! Ella me rejuvenecía—á su lado vivía—me animaba—me alegraba!—sabía cual la aurora echar sobre todo un rosado tinte.—Pero... ¿quién es ese marido que ha surgido como por magia á sus piés en momento oportuno? ¿Lo tendría de reserva? ¡Ah! no! esa mujer no era artificiosa,—no; pero está llena de supersticiones,—me habría querido hacer papista... Vamos! esto al fin ha tenido mejor desenlace que si me hubiese dejado arrastrar á casarme, y con eso me hubiese dado á mí mismo la patente de muchacho.

Sir George se arrellenó en su sillón á la chimenea y encendió un cigarro: pero al momento después lo tiró, y exclamó con rabia:

—Pero... ¡vive Dios! ¿Qué hago? ¿Quedarme? no; sin ella me fastidia Sevilla; me iré al Cáucaso, que no he visto. Vamos, judío errante, coge tu báculo; que el movimiento rejuvenece el cuerpo y distrae el ánimo. Lo conocido fastidia, busquemos lo desconocido.—¡Ah! añadió, ¡solo una cosa he hallado que fuese para mí desconocida!... ¡y esa fué ella! ¡luz fugitiva que de la oscuridad salió, para volver á hundirse en ella! Pero no creáis que me afligís, señora; una dama hay más bella, más amable, más querida de mí que lo sois vos, y es la dulce y encantadora libertad. No, no compiten vuestros encantos con los suyos; si lograros era á costa de perderla, vale más una decepción que una cadena: así pues *all is well that ends wells*. Bien está lo que en bien acaba.

CAPITULO XII

—Pablo, dijo al día siguiente Clemencia á su primo, cuida de que cuanto antes sean trasladados todos mis efectos á Villa-María.

—¡Pues qué!... preguntó sorprendido Pablo, ¿no piensas que vivamos aquí?

—No, Pablo; puesto que no sería de tu gusto, lo harías por complacerme; además cree que ansíe por hallarme en Villa-María, en donde tan feliz ha sido mi vida, vida á la que la costumbre me ha apegado; pues los sitios, las paredes, cada objeto que nos rodea, se ama con el trato como amigo, porque todo imprime su huella en el corazón que no es duro, y la deja en el corazón que no es mudable. Ansío, Pablo, ver esos sitios que el cariño que todos me habéis tenido, ha impregnado de dulzura, y que la paz que en ellos he disfrutado, ha identificado con el bienestar. Además, Pablo, no me

retiene aquí ningún aliciente ni lazos de cariño. La casa de mi pobre tía, á la que queda poco tiempo de vida, se va á desbaratar. Mi querida Constancia piensa, cuando la falte su madre, retirarse de todo trato; mi primo piensa regresar á Madrid, y la sociedad de Alegría no me es simpática. Dime, Pablo, ¿están aún como las dejé mis habitaciones?

—Nada hallarás variado, ni echarás de menos en lo que ha sido duraute tu ausencia mi santuario, Clemencia; de más sí quizás encuentres las huellas de mis lágrimas.

—¿Y mis flores?

—Florecen en tu ausencia, ¿lo concibes? Yo no.

—¿Y mis pájaros?

—Cantan; pues creo que con su delicado instinto presagiaban tu regreso.

—¡El del hijo pródigo! dijo Clemencia, riendo y apretando con efusión la mano de su primo.

—Para recibirté debidamente, contestó Pablo en el mismo tono festivo, debo partir mañana.

—Nada de eso, Pablo; hagámoslo todo sin misterio y sin ostentación.

—Pero con prisa, Clemencia; mira que mi felicidad me parece de tal suerte un sueño, que vivo angustiado con el temor de despertar.

—Pablo, en mí no estará la tardanza, hechas las necesarias diligencias, será bendecida nuestra unión bajo los ojos de mi pobre tía, que me ha servido de madre, y partiremos enseguida para nuestro dulce hogar doméstico: en él procuraremos imitar las virtudes y hallar la felicidad que allí ostentaron sus anteriores dueños.

Clemencia se apresuró á comunicar su casamiento á la Marquesa y á sus primas.

—Me alegro, hija mía, le dijo su tía, pues ya que te aconsejaron esa boda tu suegro y tu tío, cuenta te tendrá.

—Sí, sí, añadió Alegría, ya que te casas, atente á lo sólido y enseña á tu marido desde un principio á no ser ridículamente celoso y neciamente desconfiado.

—En Villa-María no hay muchas ocasiones que puedan dar pábulo á que se desarrollen estas tendencias, aun dado caso que las tuviese Pablo.

—¡Pues qué! ¿te vas á vivir á Villa-María? exclamó con asombro Alegría.

—Siempre han vivido allí las cabezas de la casa de Guevara, respondió Clemencia: ¿por qué motivo exigiría yo una mudanza de domicilio que no deseo, y que no agradaría á mi marido, sobre todo gustándome con pasión el campo?

—¡Pero eso es enterrarse en vida! exclamó Alegría horripilándose.

—Si se *entierra* la mujer que se propone vivir en el hogar de sus mayores al lado del esposo á quien ama, y dedicarse allí á criar los hijos que Dios les diere, creo, Alegría, que toda buena casada vestirá con alborozo la mortaja de esa sepultura. ¡Pues qué! ¿Piensas acaso que la mujer al tomar estado, sigue la senda natural y derecha, si en lugar de pensar en recogerse, en dedicarse á los santos y dulces deberes de esposa y madre, reniega de ellos y solo piensa en entregarse á las diversiones, al bullicio, al mundo exterior y á las distracciones? ¿Así truecas los frenos? ¿Así desvirtúas la santa misión de la mujer?

—Novelerías morales, repuso Alegría. ¡Con veinticinco mil duros de renta, vivir en un villorrio! ¡Vamos, vamos! Eso no es sólo chaba-

cano, sino estúpido, y no se ve más que entre nosotros.

—Te equivocas, Alegría; en todas partes, y sobre todo en Alemania, viven las familias nobles en sus estados ó en sus haciendas, y sólo pasan temporadas en las capitales, en los sitios de baños ó viajando; nosotros también pasaremos temporadas fuera, ya por Semana Santa en Sevilla, ya en el verano en los baños; pero abandonar la casa solariega, eso nunca: sería una falta de aprecio, y amor filial á la familia, y una degeneración, pues no es noble el que es descastado.

—Lo venidero no está escrito; le has tomado el gusto á Sevilla: veremos lo que sucede en comiéndote el pan de la boda; y si entonces piensas aún á lo Butibamba, que es degenerar no vivir en un villorrio. ¡Vaya, vaya! yo que creía que los libros servían no para fomentar, si no para desarraigar añejas preocupaciones!...

—La lectura bien dirigida, prima, sirve para poner cada cosa en su lugar, y desterrando una necia vanidad dar á las personas el decoro y dignidad que les son propias. Además, el pan de mi boda, añadió Clemencia con

íntima satisfacción, es el que se fabrica diariamente en gran cantidad en casa para nosotros, para los criados y dependientes de la casa y para los pobres, y cada año Dios renueva las cosechas; así pienso que durará mucho, Alegría.

—Sara, repuso ésta con enfática ironía, Dios te dé veinte Jacobs, los años de vida de tu Abraham que al otro, y te libre de un Agar.

—No te deseo que seas feliz, le dijo Constancia, pues sé que lo serás cuanto es dable serlo en este mundo, puesto que has hecho tu pasado tan bueno y tan santo, como te has sabido preparar tu porvenir. Tu conciencia y tus esperanzas, ambas puras y santas, te sonríen á un tiempo; así, solo pido á Dios prolongue una felicidad que debe serle grata.

—¡Eh! dijo Alegría, con este parabién místico y laudatorio no necesita más epitalamio. Váyase Apolo con su murga á freir monas al Parnaso, que aquí se está por el monte Sion. Por mí te congratularé con la elegante frase de moda, diciéndote: Pues te casas, séate el *santo yugo ligero*; pues tendrás fruto de bendición, séate la carga de los hijos ligera; pues te entierras en vida, *¡séate la tierra ligera!*

Pocos días después volvió Pablo, y se fijó el día del casamiento. La víspera se halló Sir George en la calle á D. Galo. Este que aún no estaba del todo repuesto del susto que le había dado Sir George en la mañana que hemos referido, quiso evitar su encuentro torciendo por una boca-calle; pero Sir George apresuró el paso, lo alcanzó y lo paró.

—¡Oh señor D. Jorge! exclamó algo turbado D. Galo; no había visto á Vd.; no es extraño, pues ya sabe Vd. lo corto de vista que soy.

—Tenía muchos deseos de veros, repuso Sir George; deseaba suplicarle que me acompañase á comer; he recibido por el último vapor unos faisanes y una remesa de vinos escogidos; pero como ya no tengo el gusto de ver á Vd.

—El gusto y la honra serán para mí, señor don Jorge, repuso con una sonrisa no muy natural D. Galo, en quien la remesa de vinos escogidos había avivado la inquietud; pero como tengo tanto que hacer...

—Y como ya no le veo en casa de Clemencia.....

—Es cierto, no recibe porque su tía ha empeorado, y pasa allá toda la tarde y noche.

—¿No me ha dicho Vd. que se casa?

Don Galo, que se iba reponiendo, contestó en su tono natural:

—¡Ya se ve que se lo dije á Vd.! como que yo fui el primero que lo supe; pero ya lo sabe todo el mundo.

—Me han dicho que su novio es un ganso lugareño.

—Han informado á Vd. mal, muy mal, don Jorge; yo, que lo he tratado, puedo decirle que es un bellissimo sujeto, de un carácter angelical, de mucho talento y mucha instrucción, como que tuvo el mismo maestro que Clemencia, el sabio Abad de Villa-María; que es generoso y caritativo como pocos, y en cuanto á guapo, lo es como ninguno: se cuentan de él hechos que admiran y asombran, en particular un lance con cinco ladrones que lo sorprendieron en uno de sus cortijos...

—¡Oh, señor don Galo! no me refiera usted proezas *bandoléricas*; estoy cansado de oirlas cantar en romance á vuestros ciegos.

—Es, Sr. D. Jorge, que la proeza que iba á referir no estaba de parte de los bandoleros, sino de parte de D. Pablo Guevara, que pertenece á la primera nobleza de Andalucía, y tiene, amén de esto, más de medio millon-

cito de renta, lo cual no echa nada á perder.

Y D. Galo desplegó su más ancha sonrisa.

—Ese novio modelo ha venido, según me han informado, de las Batuecas, dijo Sir George con la mayor serenidad.

—¡Qué! No, señor, contestó D. Galo sin notar la burla, y no calculando que pudiese estar un extranjero al cabo del sentido que se da vulgarmente á esta frase, ha venido de Villa-María. Ya ve Vd., Sr. D. Jorge, que nuestra viudita supo escoger lo mejor como era de esperar de su talento y buen juicio.

Sir George echó una mirada suspicaz y escudriñadora á su interlocutor, que prosiguió con un chiste y una chuscada que lo asombraron á él mismo: entre nós, señor D. Jorge, Cortegana, que no tenía, *cortagana* de ser el dichoso, se ha quedado mirando al cielo; no será él solo.

Sir George que contenía á duras penas los impulsos que tenía de echar á rodar á D. Galo, le dijo, no obstante, con suavidad:

—He recibido noticias que me obligan á partir, y puesto que no es posible ver á nuestra amiga, y despedirme de ella antes de marchar, deseo recibir de Vd. un favor.

—Estoy siempre, y para cuanto me mandéis, á sus órdenes, señor D. Jorge, contestó D. Galo, obsequiosamente.

—Puesto que con el plausible motivo de un casamiento les es permitido á los amigos ofrecer una memoria á sus amigas, deseo que os hagais cargo de presentar una en mi nombre á Clemencia.

—¡Mire Vd. por dónde me es imposible servir á usted, Sr. D. Jorge! Y á fe mía que lo siento; pero Guevara ha exigido de Clemencita que no reciba regalo alguno de nadie. Una sola excepción se ha hecho, prosiguió D. Galo con íntima satisfacción y gran orgullo, una, una sola, una única... y esa ha sido... con mi tarjeteo, Sr. D. Jorge.

Con Galo se estiró los picos del chaleco.

Sir George calló un rato, y dijo después:

—Pues decidle al menos que fué mi intención enviarle un brillante que encierra para mí un triste recuerdo: deseando que tuviese para ella uno grato, recordándole un amigo. Decidle que si ella desdeña las memorias, yo lo deploro, pues me priva, al partir, del consuelo de que se conserve una mía.

—Todo se lo diré textualmente, señor don

Jorge, confíe Vd. en mí, que tengo buena memoria y mejor voluntad; en cuanto á la otra potencia, no puedo competir con Vd. ni con Clemencia, lo conozco; pero en fin, en esta ocasión no es necesaria.

--No, no, repuso Sir George, no es necesaria, y estaría absolutamente demás.

Sir George estaba muy lejos de haber dado este paso, llevado por su corazón, ni por un sentimiento tierno y triste.

Eran los móviles que le dirigían en esta ocasión, primeramente tener noticias exactas sobre el hombre que Clemencia había preferido, las que nadie podía darle como D. Gale, que era el más imparcial y justo juez en la materia, porque nunca mentía ni en contra de sus contrarios, ni en favor de sus amigos: el segundo objeto que tenía, era probar á quien pudiese tener sospechas de su amor á Clemencia, que muy lejos de sentir despecho, era él el primero en celebrar el enlace de su amiga con un obsequio; y por último, lo que hacía era por una especie de presunción vanidosa, deseando borrar la impresión de su acerba carta y dejar en la memoria de una mujer del valer de Clemencia el recuerdo suyo bello,

poético é interesante como lo es la tristeza de un amor desgraciado, y el arrepentimiento de un noble pecho.

Sir George salió aquella noche para Cádiz.

A la mañana siguiente, después de volver de la iglesia, se casaron Clemencia y Pablo en casa de su tía y partieron para Villa-María.

Al llegar, hallaron reunidos, no sólo á los muchos criados de la casa, pero casi á todo el pueblo, que los recibió con las más marcadas y sinceras muestras de adhesión y cariño. Juana lloraba de Alegría. Sus nietas se abalanzaron á Clemencia besando su vestido. Miguel Gil y los demás criados enternecidos, bendecían á los novios y repetían:

—¡Tal para cual!... ¡Si no podía dejar de suceder!

Hasta la tía Latrana se hizo lugar para dar la bienvenida á Clemencia, y pedirle los dulces de la boda.

Clemencia entró enajenada en los cuartos que había habitado, y que halló en el mismo estado en que los dejó. Sus flores, esparcían sus más suaves fragancias, los pájaros lanzaban sus más alegres cantos como para darle la bienvenida. De todo esto había cuidado Pablo

con el esmero con que conserva y da culto el amor á los recuerdos.

Clemencia se sentía tan apaciblemente feliz como el navegante que después de correr una tormenta y estar pronto á naufragar, vuelve á pisar la tierra y á sentarse en su hogar. Todo lo miraba y acariciaba con la vista; todo lo examinaba y tocaba con cariño. Abrió su escribanía, y registrando uno de los cajones, exclamó:

—¡Ay Pablo! mira lo que he hallado aquí: la cedula que me dió aquella gitanilla que me dijo la buenaventura. Ahora recuerdo que me encargó que la abriese el día que me casase y me cercioraría de si había ó no acertado en su predicción: de-pégala, Pablo, con el corta-plumas, que deseo verla.

—Si te complazco lo haré, Clemencia: es una niñada; pero su pureza, conserva la infancia á tu corazón.

Clemencia se acercó á su marido para leer el papel. Pablo despegó la cedula y leyó:

—BIEN SABE LA ROSA...

—¡EN QUÉ MANO POSA! exclamó Clemencia acabando la frase que recordó, y apoyando su rosada cara en el noble pecho de su marido.

EPILOGO

Algunos meses después estaban una noche sentados en la mesa del brasero, Clemencia y Pablo.

El cura y algún amigo que los habían acompañado, se habían marchado; pero estaba allí el anciano médico. Clemencia, en quien resplandecía la felicidad, estaba ocupada en una labor de mano. Pablo leía diferentes periódicos que habían acabado de llegar.

—Aquí, dijo Pablo que tenía en la mano el *Univers*, periódico francés, se habla de una persona que me parece haberte oído nombrar.

—¿Quién? preguntó Clemencia.

—El Vizconde Carlos de Brián.

—Sí, mucho que sí; era un hombre de gran mérito; ¿qué dicen de él?

Pablo leyó:

•En Nueva Orleans ha sido muerto en un

desafío por un furioso demócrata el Vizconde Carlos de Brián.

»Era un hombre de noble carácter y de un mérito poco común. Habiendo perdido á su único hermano por un puñal alevoso en Roma, en donde hacía parte del ejército auxiliar del Papa, y visto caer á su padre en las jornadas de Febrero de 1848, salió abatido y desesperado de su país á viajar: circunstancias que han quedado ocultas le determinaron á dejar á Europa y pasar á los estados de la Unión en que ha hallado la muerte. En él se extingue una de las casas más antiguas é ilustres de Francia. Su mérito, sus virtudes y la firmeza de su carácter, hacen su pérdida doblemente dolorosa á cuantos tuvieron la dicha de conocerle».

—¡Pobre Vizconde! dijo con tristeza Clemencia. ¡Qué fatalidad se encarnizó en su estirpe! Mucho me afecta su muerte.

—Vaya, añadió Pablo que ojeaba un periódico español, hoy es día en que salgan á relucir en los papeles nombres conocidos tuyos: aquí se habla de Sr George Percy, que pienso era también uno de tus tertulianos.

—Sí por cierto, repuso Clemencia, ¿y qué dicen de él?

Pablo leyó:

«El día 15 del actual ha tomado asiento en la Cámara de los Pares Su Honor George Percy, que ha heredado el título y manto de par de su tío lord Wilfrid. Se ha estrenado con el más incisivo y amargo discurso de cuantos se han pronunciado contra los católicos. De resultas, el jefe de gabinete le ha declarado benemérito de la patria, y en un *meeting* protestante se ha determinado erigirle en vida varias estatuas de diferentes tamaños, como al lord Wellington».

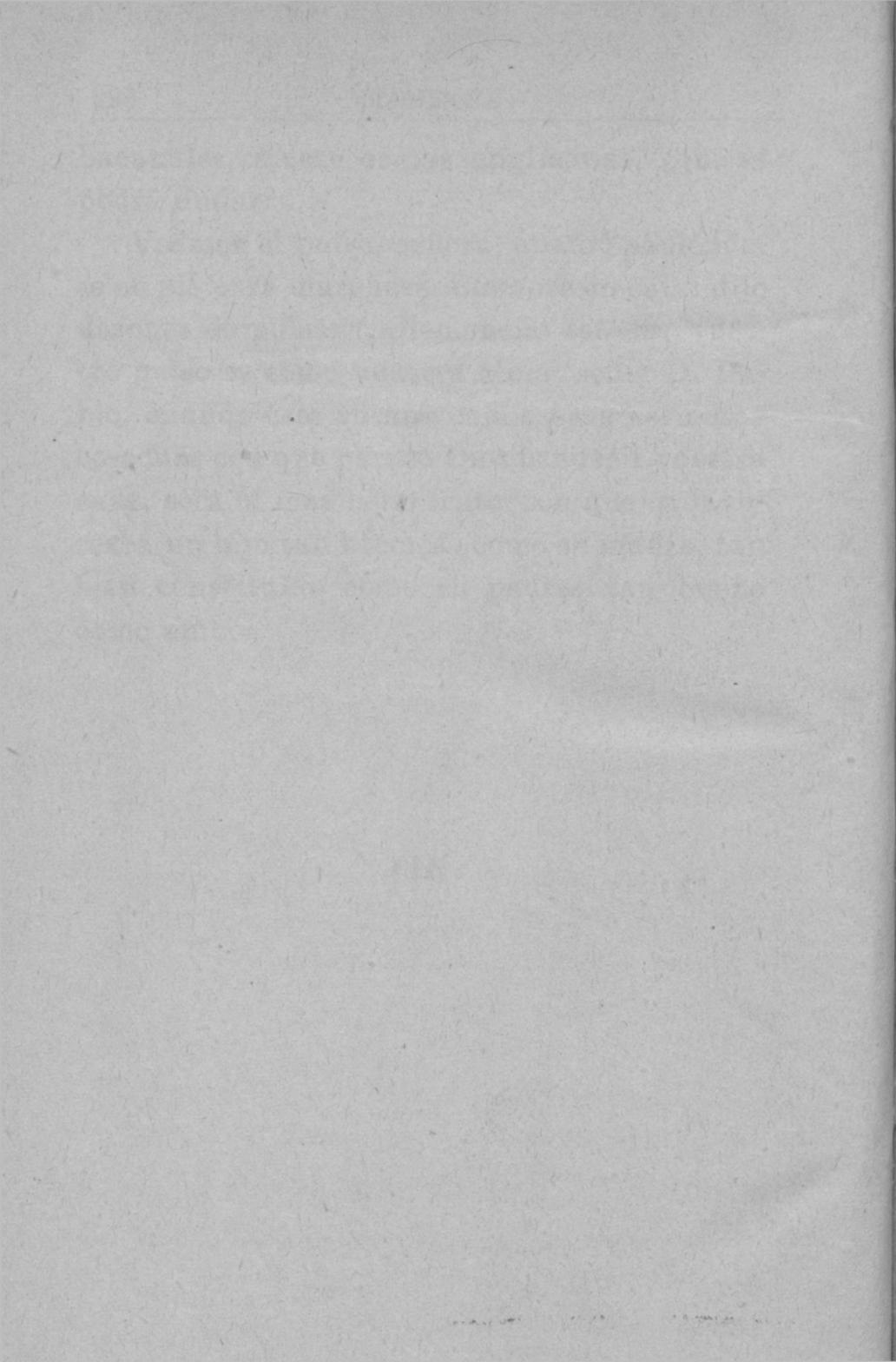
—¡Pablo, Pablo! ¡cómo improvisas! exclamó Clemencia riendo. ¡Con qué seriedad inventas y emites despropósitos!

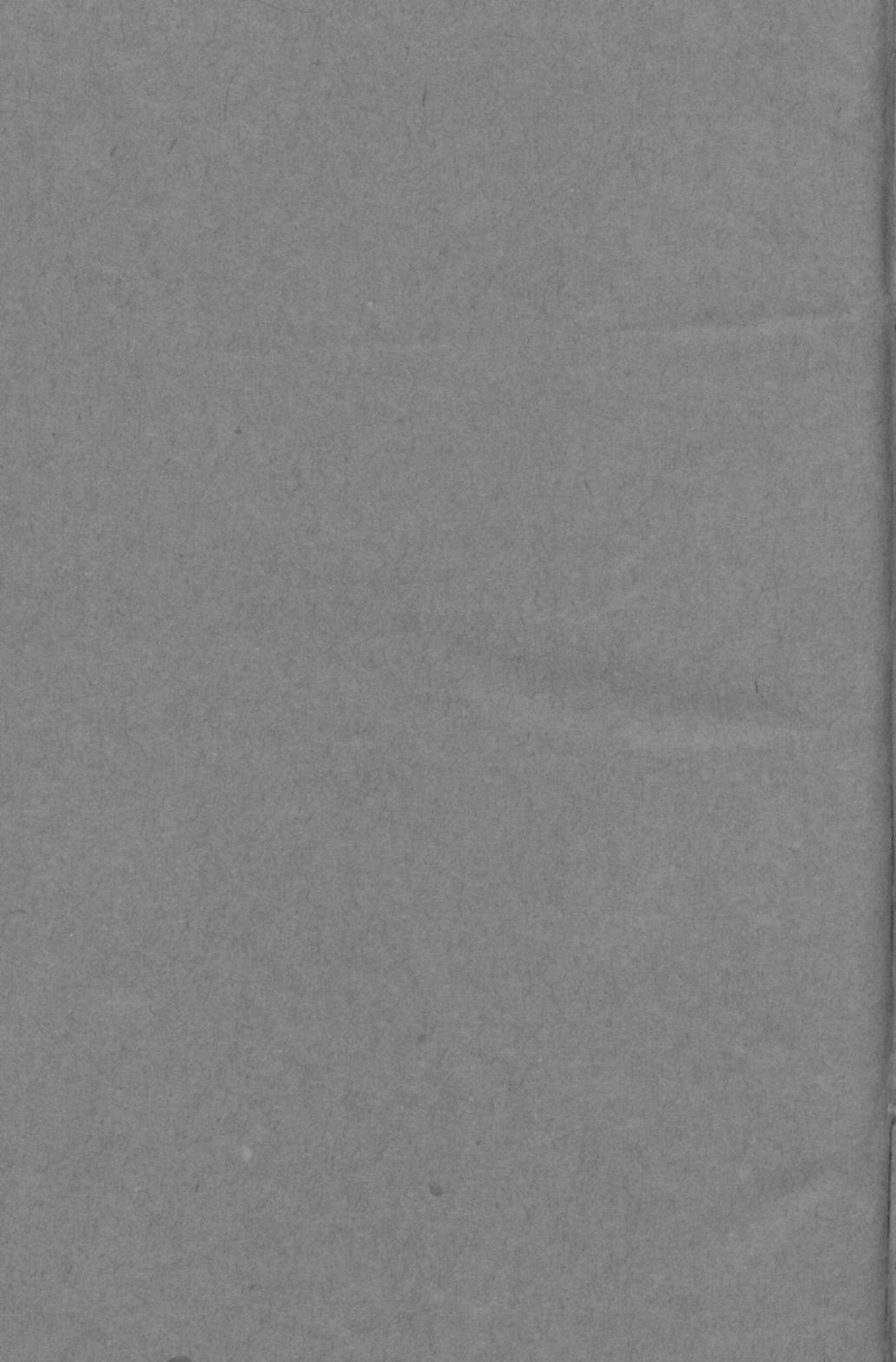
—No, señora, no, señora; no son despropósitos, dijo el doctor; es muy probable y muy verosímil que sea así. Después de lo que ha pasado allá, después de haber visto públicamente llevar en procesión burlesca y quemar en efigie al Santo Padre y otros venerables sacerdotes, como en los bellos tiempos de la reforma, sin que el más *ilustrado* y *tolerante* de los gobiernos y el más ilimitado en la libertad de cultos, pusiese obstáculos á esas anticultas

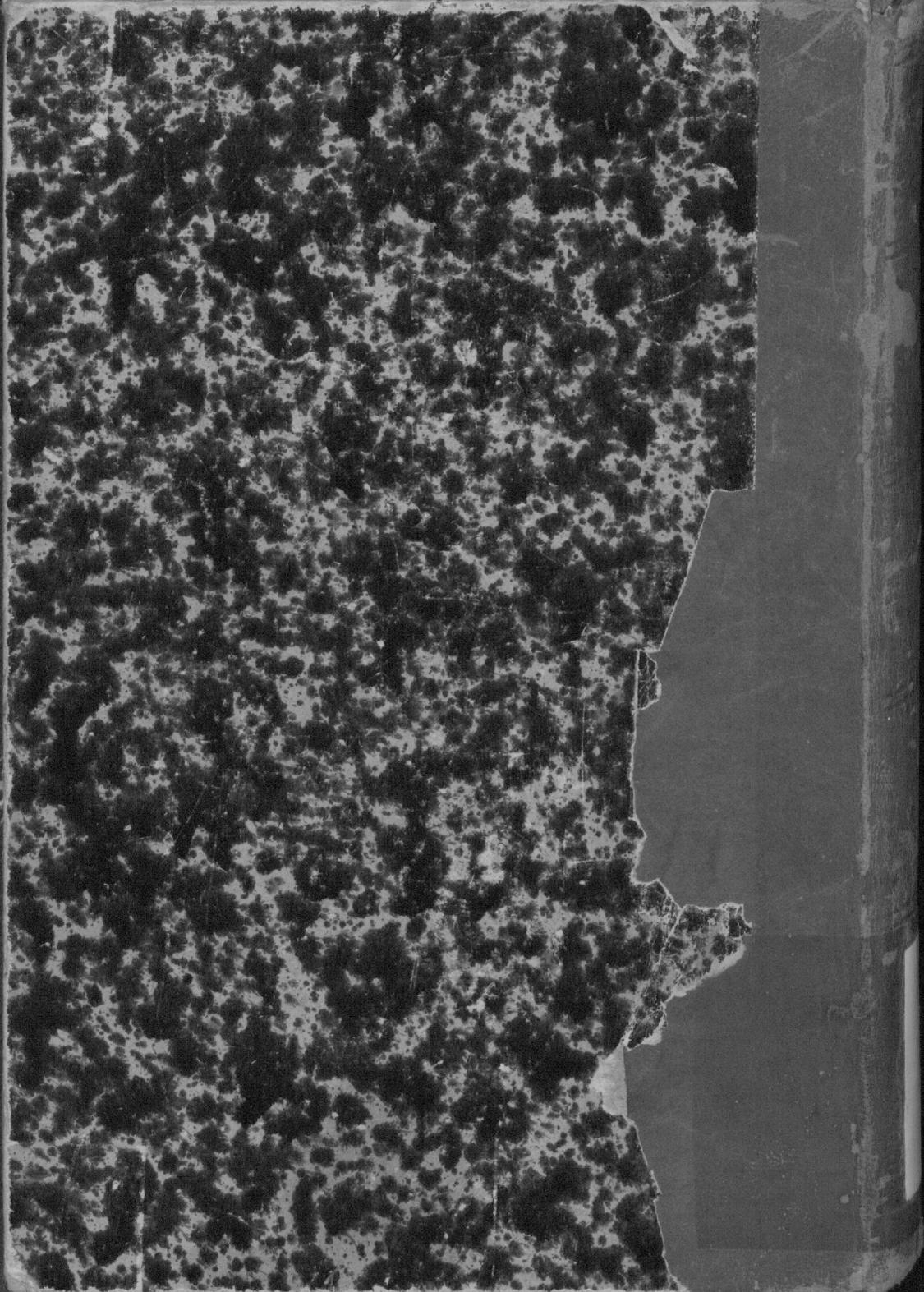
bacanales, á esas orgías anglicanas, ¿qué se podrá dudar?

Veamos el pulso, señora, añadió poniéndose en pié para marchase. Siempre en caja! dijo después de pulsar á Clemencia: señora, vuestro pulso es como vuestra alma; señor D. Pablo, cuando este verano cojáis esas hermosas cosechas con que parece Dios bendecir vuestra casa, será el más bello fruto con que os favorezca un hijo tan hermoso como su madre, tan bien constituido como su padres tan bueno como ambos.

FIN







G 59710

CLEMENCE

1812